Número suelto ($5) Cinco pesos. Suscripción mensual $20.

LA ACTUALIDAD

GUATEMALA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

MARROQUIN HNOS. EDITORES

INTERNATIONAL RAILWAYS OF CENTRAL AMERICA

Itinerario en vigor desde el día 1º de octubre de 1916.

GUATEMALA A AYUTLA

DIARIAMENTE

Sale de	Guatemala	7.15 a. m.
„ „	Morán	8.05 „
„ „	Laguna	8.15 „
„ „	Amatitlán	8.38 „
„ „	Palin	9.03 „
„ „	San Fernando	9.35 „
„ „	Escuintla	10.15 „
„ „	Santa María	10.40 „
„ „	Obispo	11.16 „
„ „	Pantaleón	11.31 „
„ „	Santa Lucia	11.40 „
„ „	Buena Vista	12.05 p. m.
Llega a	Patulul	12.40 „
Sale de	„	1.10 „
„ „	Guatalón	1.35 „
„ „	Nahualate	2.00 „
„ „	Palo Gordo	2.20 „
„ „	Mazatenango	2.55 „
„ „	Cuyotenango	3.15 „
„ „	Muluá	3.33 „
„ „	San Sebastián	3.38 „
„ „	Retalhuleu	3.51 „
„ „	Las Cruces	4.1[illegible] „
„ „	San Miguelito	4.41 „
„ „	Santa Joaquina	5.06 „
„ „	Coatepeque	5.36 „
„ „	Pajapita	6.26 „
Llega a	Ayutla	7.00 „

AYUTLA A GUATEMALA

DIARIAMENTE

Sale de	Ayutla	6.00 a. m.
„ „	Pajapita	6.30 „
„ „	Coatepeque	7.20 „
„ „	Santa Joaquina	7.45 „
„ „	San Miguelito	8.10 „
„ „	Las Cruces	8.35 „
„ „	Retalhuleu	9.05 „
„ „	San Sebastián	9.13 „
„ „	Muluá	9.23 „
„ „	Cuyotenango	9.38 „
„ „	Mazatenango	10.08 „
„ „	Palo Gordo	10.33 „
„ „	Nahualate	10.53 „
„ „	Guatalón	11.18 „
Llega a	Patulul	11.43 „
Sale de	„	12.10 p. m.
„ „	Buena Vista	12.45 „
„ „	Santa Lucía	1.10 „
„ „	Pantaleón	1.20 „
„ „	Obispo	1.37 „
„ „	Santa Maria	2.15 „
„ „	Escuintla	2.45 „
„ „	San Fernando	3.15 „
„ „	Palin	3.48 „
„ „	Amatitlán	4.13 „
„ „	Laguna	4.36 „
„ „	Morán	4.46 „
Llega a	Guatemala	5.45 „

GUATEMALA A SAN JOSE

DIARIAMENTE

Sale de	Guatemala	7.15 a. m.
Llega a	Escuintla	10.10 „
Sale de	„	1.40 p. m.
„ „	Santa María	2.15 „
„ „	Naranjo	2.41 „
„ „	Obero	3.05 „
Llega a	San José	3.30 „

SAN JOSE A GUATEMALA

DIARIAMENTE

Sale de	San José	9.15 a. m.
„ „	Obero	9.45 „
„ „	Naranjo	10.10 „
„ „	Santa María	10.40 „
Llega a	Escuintla	11.10 „
Sale de	„	2.45 p. m.
Llega a	Guatemala	5.45 „

GUATEMALA A ESCUINTLA

DIARIAMENTE

Sale de	Guatemala	7.15 a. m.	2.00 p. m.
„ „	Morán	8.05 „	3.10 „
„ „	Laguna	8.15 „	3.30 „
„ „	Amatitlán	8.38 „	4.13 „
„ „	Palin	9.03 „	4.45 „
„ „	San Fernando	9.35 „	5.23 „
Llega a	Escuintla	10.10 „	5.55 „

ESCUINTLA A GUATEMALA

DIARIAMENTE

Sale de	Escuintla	6.00 a. m.	2.45 p. m.
„ „	San Fernando	6.40 „	3.15 „
„ „	Palin	7.25 „	3.48 „
„ „	Amatitlán	8.10 „	4.13 „
„ „	Laguna	8.45 „	4.36 „
„ „	Morán	9.00 „	4.46 „
Llega a	Guatemala	10.20 „	5.45 „

SAN ANTONIO A RETALHULEU

DIARIAMENTE EXCEPTO LOS LUNES

Sale de	San Antonio	6.00 a. m.
„ „	Palo Gordo	6.25 „
„ „	Mazatenango	7.10 „
„ „	Cuyotenango	7.32 „
„ „	Muluá	7.56 „
„ „	San Sebastián	8.03 „
Llega a	Retalhuleu	8.10 „

RETALHULEU A SAN ANTONIO

DIARIAMENTE EXCEPTO LOS LUNES

Sale de	Retalhuleu	2.30 p. m.
„ „	San Sebastián	2.38 „
„ „	Muluá	2.48 „
„ „	Cuyotenango	3.15 „
„ „	Mazatenango	4.05 „
„ „	Palo Gordo	4.30 „
Llega a	San Antonio	4.50 „

RETALHULEU A CHAMPERICO

SOLO LOS MARTES, JUEVES, SABADOS Y DOMINGOS

Sale de	Retalhuleu	8.20 a. m.
„ „	Las Cruces	8.51 „
„ „	Caballo Blanco	9.06 „
Llega a	Champerico	10.15 „

CHAMPERICO A RETALHULEU

SOLO LOS MARTES, JUEVES, SABADOS Y DOMINGOS

Sale de	Champerico	11.30 a. m.
„ „	Caballo Blanco	12.35 p. m.
„ „	Las Cruces	12.50 „
Llega a	Retalhuleu	1.25 „

SAN FELIPE A MULUA

DIARIAMENTE EXCEPTO LOS LUNES

Sale de	San Felipe	7.00 a. m.	1.30 p. m.
„ „	Casa Blanca	7.12 „	1.42 „
„ „	San Andrés	7.25 „	1.55 „
Llega a	Muluá	7.50 „	2.20 „

MULUA A SAN FELIPE

DIARIAMENTE EXCEPTO LOS LUNES

Sale de	Muluá	9.30 a. m.	3.45 p. m.
„ „	San Andrés	10.00 „	4.15 „
„ „	Casa Blanca	10.20 „	4.35 „
Llega a	San Felipe	10.35 „	4.50 „

AYUTLA A OCOS

SOLO LOS MARTES, VIERNES Y DOMINGOS

Sale de	Ayutla	7.10 p. m.
Llega a	Ocós	7.50 „

OCOS A AYUTLA

SOLO LOS MARTES, VIERNES Y DOMINGOS

Sale de	Ocós	5.10 a. m.
Llega a	Ayutla	5.50 „

GUATEMALA A CIUDAD ESTRADA C.

Salen de Guatemala, diariamente a las 7.20 a. m., 12.75 p. m., 1.45 p. m. y 5.15 p. m. Salen de Ciudad Estrada C., diariamente a las 7.35 a. m., 12.30 p. m., 1.30 p. m. y 6.30 p. m.

Itinerario de Trenes en la División del Atlántico que regirá desde el 15 de marzo de 1917

De Guatemala a Puerto Barrios

Sale de	Guatemala	7.00 a.m.
„ „	Fiscal	7.59 „
„ „	Agua Caliente	8.26 „
„ „	Sanarate	9.37 „
„ „	Estrada C.	10.02 „
„ „	Progreso	10.32 „
„ „	Rancho	11.02 „
„ „	Jícaro	11.25 „
„ „	Cabañas	11.47 „
„ „	Reforma	12.06 p.m.
Llega a	Zacapa	12.41 „
Sale de	Zacapa	1.06 „
„ „	Gualán	2.20 „
„ „	Santa Inés	3.10 „
„ „	Los Amates	3.30 „
„ „	Quiriguá	3.41 „
„ „	Montúfar	4.16 „
„ „	Virginia	4.33 „
„ „	Morales	5.01 „
„ „	Darmouth	5.17 „
„ „	Cayuga	5.34 „
„ „	Tenedores	5.51 „
Llega a	Puerto Barrios	6.40 „

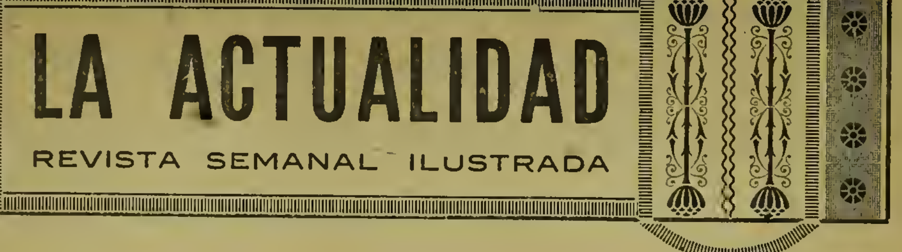
De Puerto Barrios a Guatemala

Sale de	Puerto Barrios	6.40 a.m.
„ „	Tenedores	7.29 „
„ „	Cayuga	7.46 „
„ „	Dartmouth	8.05 „
„ „	Morales	8.23 „
„ „	Virginia	8.50 „
„ „	Montúfar	9.06 „
„ „	Quiriguá	9.45 „
„ „	Los Amates	9.55 „
„ „	Santa Inés	10.14 „
„ „	Gualán	11.07 „
Llega a	Zacapa	12.16 p.m.
Sale de	Zacapa	12.41 „
„ „	Reforma	1.15 „
„ „	Cabañas	1.34 „
„ „	Jícaro	1.56 „
„ „	Rancho	2.25 „
„ „	Progreso	2.57 „
„ „	Estrada C.	3.27 „
„ „	Sanarate	3.54 „
„ „	Agua Caliente	5.05 „
„ „	Fiscal	5.37 „
Llega a	Guatemala	6.40 „

J. H. CLEGG,
Superintendente de Transportes.

R. M. LEECH,
Superintendente General.

A. CLARK.
Gerente General.

No. 207 Guatemala, 10 de agosto de 1918. Año VI.



PATRIOTISMO EN ACCION

Mucho hemos hablado de la obra reconstructora y, sin embargo, aún nos queda por tratar lo más importante, lo que se refiere a la acción moral que debe tomar parte activa en esa labor. Sin el faro del ideal, todo trabajo que se emprenda resultará incompleto, no llegará nunca a cristalizar en una hermosa realidad. "El ideal es el gesto del espíritu hacia alguna perfección," ha dicho el gran psicólogo argentino Ingegnieros.

El hecho de construir o reconstruir en el momento actual es el producto de la necesidad que se impone. Se hace necesario un techo para cubrirse, un lugar donde guarecerse de los rigores del tiempo, un recinto donde guardar nuestros objetos, o bien tenemos solares improducentes y deseamos hacerlos productivos y para esto es preciso construir, hacerse una vivienda propia o una para dar a los demás. Todo esto es la obra del instinto, es la obra del pájaro que hace su nido, del topo que abre su agujero, del castor que fabrica su casa, es la obra hija del empuje de la defensa física. Pero nosotros no debemos ser aves, ni castores, ni siquiera trigloditas que se acomodan a una caverna. En la obra de reconstrucción que nos está destinado llevar a término debemos poner contingente espiritual, soñar con una ciudad bella, más bella mil veces que la que nos arrebatara el aciago destino.

Muchos habitantes de la ciudad, en los primeros momentos, con justa razón por lo terrible del siniestro, la dejaron, buscando seguro amparo en otras poblaciones y tan era justificado su proceder, que fue el Primer Magistrado de la República quien gestionó con el gerente de los ferrocarriles para que diera toda clase de facilidades y al propio tiempo, por medio del Comité respectivo, hizo que se proporcionaran pases francos que permitieron a multitud de gente apartarse del centro amenazado.

De aquellos que dejaron la ciudad, una considerable mayoría han regresado y siguen regresando a medida que se proporcionan viviendas. Pero es preciso que todos vuelvan, porque todos en una o en otra esfera pueden contribuir a la noble y grande tarea emprendida. No se crea que porque se trata de una obra material de gigantescas proporciones, sólo hacen falta carpinteros y albañiles y mecánicos y arquitectos. No, de la vida en todas sus manifestaciones, reunidas y encauzadas, es que surgen las grandes ciudades, las metrópolis poderosas y activas.

Tampoco se debe creer que la restauración debe ser resultado del trabajo de los habitantes de la ciudad únicamente. Se trata del cerebro, del corazón del país y todo el organismo de la Nación debe empeñarse en darle vida, energía y aliento. Deben pensar que hoy son ellos los que dan, pero que mañana, cuando esto sea un emporio de actividad y riqueza, como tiene que llegar a serlo, vendrán a recoger centuplicado el óbolo con que contribuyeron a los patrióticos fines que se persiguen.

El Banco Nacional es una importante disposición que muy en breve veremos trocada en hecho positivo, pues el Jefe de la República, no desmaya un solo momento en su empeño por llevar pronto a cabo institución que hoy más que nunca reclaman las necesidades del país y ese ariete poderoso vendrá, como por obra de magia, a transformar la situación y ofrecer nuevos y amplios horizontes a las actividades de los guatemaltecos.

Por lo mismo es hora ya de que no sólo pensemos en hacer habitaciones por hacerlas, sin cuidado de la estética y del arte. Es una mentira y una gran mentira que lo bello requiere más costo que lo útil. No, el buen gusto sustituye en ocasiones al gasto fuerte. Hay derroches estériles. Esto es lo que debemos pensar y sin necesidad de ser forzados por los encargados del ornato público, procuremos ir llevando a cabo nuestra obra bajo un plan armónico, en

lo que permiten las circunstancias, pero siempre buscando lo atractivo, lo grato.

Ya mano poderosa del Gobierno se encargará de los grandes edificios, de la ciudad monumental. A los particulares nos toca la labor pequeña que no es menos importante que la grande. Ya se ve en ciertas obras la tendencia a lo que dejamos apuntado y sobre todo complace cómo el ingenio aguzado por la necesidad, va llevando a término verdaderos trabajos dignos de aplauso. ¿Por qué no imitar esos trabajos? ¿Por qúé no poner todo nuestro contingente en lo que más tarde ha de ser nuestro orgullo?

Es preciso que nos impongamos este deber como un deber patriótico. Los que han pensado en sentar reales en otras poblaciones y llevar fuera el contingente que pudieran emplear aquí, deben tener entendido que faltan al cumplimiento de una obligación sagrada. Si gozaron de los beneficios y encantos de la ciudad en sus días mejores, ¿no es más que justo que contribuyan a su reconstrucción y su embellecimiento?

Y todos y cada uno, debemos imponernos ese deber, santo y noble deber.

LA CIUDAD DE GUATEMALA

Hemos querido conservar en las páginas de este libro, el recuerdo de lo que Guatemala fue antes de la trágica noche en que se inició aquella serie de terribles conmociones terráqueas que derribaron la mayor parte de sus monumentos; y, a la vez, conservar también el recuerdo del estado en que los fenómenos sísmicos dejaron esos mismos monumentos, cuya restauración se inicia ya. Más que para la generación presente, que fue testigo de la catástrofe y conoció Guatemala antes de esa catástrofe, nuestra obra es para los hombres del mañana, para los que vengan a la vida o al país y deseen saber cómo era la capital de la Patria en los días pasados, cuánta era la riqueza arquitectónica en ella existente y de qué manera tan laboriosa y constante habían trabajado Gobiernos e Instituciones en pro del embellecimiento de Guatemala. Adelantos modernos como la fotografía y el fotograbado nos suministran valiosísima ayuda para la realización de nuestros propósitos, adelantos con los que no contaban los que presenciaron la ruina de la antigua capital, ruina cuyos efectos tan sólo pueden ser apreciados a través de los relatos de los cronistas de la época y por la contemplación de los arruinados monumentos que quedaron en la ciudad silenciosa que el Pensativo baña con sus aguas. Trasladada la capital a este valle de la Ermita, casi abandonada la Antigua por los elementos que pudieran transformar y reconstruir aquella ciudad, su aspecto actual es con muy poca diferencia el que ofrecía al día siguiente del terremoto de Santa Marta que trajo al suelo sus monumentos arquitectónicos. La Antigua es, pues, por sí misma el mejor álbum de recuerdos de lo que fue la capital arruinada entonces. En sus calles silenciosas, en sus ruinas seculares ya, y poéticas siempre, el turista encuentra la misma ciudad, famosa entonces en América; y nosotros los que pertenecemos a generación venida muchos años después de la catástrofe, podemos tener una completa idea de cómo fue aquella urbe colonial en la que resonaron triunfantes las espuelas caballerescas de Rodrigo de Arias Maldonado, y que supo del fuego sacro de caritativo amor que ardía en el alma de Pedro de Bethancourt.

Pero afortunadamente a la nueva capital de Guatemala que en el último mes del año pasado y en el primero del año presente sufrió catástrofe igual, si no es más grande, que la que arruinó la Antigua, no le está reservada la misma suerte de quedar de ciudad legendaria, en la que el viajero encuentre tan sólo ruinas. La vida que pareció durante unos días iba a faltar para siempre a esta sultana de la América Central ha tornado a ella con nuevo vigor. Lejos de pensar en el abandono y en la huida de esta ciudad por tantos títulos amada, sus hijos no sueñan sino con verla de nuevo otra vez reconstruida y hermosa, brillando al sol la majestad de sus monumentos y siendo saludada desde lo alto de las torres por las campanas que canten el himno de la resurrección de la que fue, es y será siempre reina del Centro de la América, amada como a una madre por todo centro-americano bien nacido, y orgullo de todos los que vieron la luz en cualquiera de estos cinco países del istmo.

Restaurada Guatemala en la parte que restaurarse pueda, construida de nuevo en otra parte mucho mayor, ya la capital no tornará a ser igual a la población que conocimos antes de diciembre de 1917. Los deseos del ilustre Gobernante del país, los esfuerzos de los hijos todos de Guatemala están acordes en hacer surgir una

MISION FRANCESA

QUE SE ENCUENTRA ACTUALMENTE ENTRE NOSOTROS



En la parte superior Comandante de Artillería Mr. Gaston Contresty, Jefe de la Misión; de derecha a izquierda: Capitán Mr. Louis Roche, Jefe de Música, Capitán piloto aviador Mr. René de Eynde y Capitán de Infantería Mr. Camile Chartier.

capital más bella, más amplia, construida con sujección a los principios científicos que hoy dominan con respecto al trazo y edificación de las urbes modernas. La Guatemala del futuro no puede, no debe ser igual a la Guatemala del pasado. La experiencia nos ha dado una trágica y terrible lección y la prueba de que ha sido ésta bien aprovechada es que hoy todas las construcciones públicas y privadas que se inician obedecen a nuevos planes y tienen muy diversa orientación arquitectónica.

Y no debiendo ser ya la Guatemala del futuro semejante a la del pasado y habiendo ya entre ambas un siglo de distancia, puesto que la capital de ayer fue trazada y en su mayor parte construida con vistas a España y con tendencias y resabios coloniales, nuestros hijos solamente podrán darse cuenta de cómo era antes esta ciudad y de cómo quedó después de la catástrofe sísmica por la contemplación de las fotografias de sus monumentos y por la lectura de las descripciones de los mismos. Ambas cosas hemos tratado de unir en esta obra destinada principalmente a ser leída por los hombres del mañana, pobladores de esta Guatemala convertida ya entonces en una de las urbes más modernas de la América Latina.

Guatemala, agosto de 1918.

Los Editores de
"LA ACTUALIDAD".




TOPICOS CENTRO-AMERICANOS

COSTA-RICA

Lo del envenenamiento del presidente panameño doctor Valdés. — Ocupación militar de Panamá y Colón por fuerzas americanas de la Zona del Canal. — Cuestión electoral panameña. — Un discurso Contra José Astúa Aguilar, presidente de la cámara de representantes de Costa-Rica. — El malhadado asunto petrolero. — Los enredos y los líos de Lincoln G. Valentine. — Reorganización e instrucción del ejército. — ¿Mandará Costa-Rica contingente de fuerza efectiva a los campos de Europa?

Aunque políticamente—esta es la opinión de altos pensadores—no es mucha la afinidad entre panameños y centro-americanos, damos a continuación dos importantes notas que se refieren a la nación que ayudará a crear el célebra Bancau-Varilla.

Francamente en Panamá creyeron que el presidente de la república había muerto envenenado, porque unos días antes del fallecimiento, don Alberto Antonio Valdés recibió un anónimo en que le decian que don Ramón Valdés, su primo, moriría de este modo. Don Antonio imaginó que estaba en la obligación de participar lo del anónimo a las autoridades, y así lo hizo. Según la "Estrella de Panamá" no hubo motivo para dar crédito a la sospecha, como puede verse de la nota que sigue, tomada del diario de la referencia:

Con motivo de los rumores callejeros que circularon durante la mañana y parte de la tarde de ayer, acerca de que el doctor Ramón M. Valdés había sido muerto a causa de envenenamiento, y que su cadáver, con anuencia de la familia, había sido solicitado por las autoridades americanas con el fin de practicarle un detenido análisis, uno de nuestros repórteros se entrevistó ayer en la tarde con don Juan Valdés, cuñado el primero y primo Antonio Guizado y don Antonio Alberto Valdés, cuñado el primero y primo hermano el segundo del extinto y obtuvo de ellos algunos datos acerca de los rumores que corrían:

El señor Guizado nos manifestó que ayer en la mañana estuvo él en compañía de los señores Juan Brin, Charles Stockelberg y Amadeo Mastellari en el Cementerio Amador, donde visitaron la tumba del doctor Valdés con el fin de hacer el cambio de las argollas de hierro que existen sobre la lápida, por unas de bronce, pero que a causa de que dicha lápida se encontraba rellenada, habían desistido de su intento, hasta tanto obtuvieran una orden de la Oficina de Sanidad, que les permitiera levantar dicha lápida.

A su vez, el señor Antonio Alberto Valdés nos manifestó que él había presentado denuncio criminal ante el Juez Primero del Circuito sobre la amenaza de muerte hecha a su primo el doctor Valdés, en un anónimo que recibió el doctor Valdés el día primero de febrero del año actual. El deséo de don Antonio Alberto es que se practiquen las averiguaciones del caso y si es posible, conocer quien fuera el anonimista. También hemos tenido conocimiento de que el Juez Primero del Circuito acogió el denuncio presentado por el señor Antonio Alberto Valdés y que en la tarde de ayer fueron llamados a declarar, bajo juramento, los doctores Alfonso Preciado y Augusto S. Boyd, médicos éstos que intervinieron en la autopsia que se le practicó al cadáver del doctor Valdés y que dichos médicos en su declaración manifestaron lo mismo que habían manifestado al proferir su dictamen médico legal, o sea, el que el doctor Valdés había muerto de afección cardiaca.

Queda, pues, de esta manera esclarecida la verdad de los hechos y desmentidos así los rumores callejeros".

—Las fuerzas americanas de la

Zona del Canal ocupan militarmente las ciudades de Panamá y Colón a fin de evitar trastornos originados por la excitación política.

Valdés, desde el sillón presidencial, apoyaba decidida y eficazmente, la candidatura del doctor Eusebio Morales para que le sucediera en el mando. Contra la pretensión del ya fallecido presidente, surgió el elemento liberal apoyado por Guillermo Andreve, quien dejó una cartera del gabinete del gobierno de Valdés, para hacer la oposición.

Ciro Urriola, sucesor legal de Valdés, del grupo de oposición, naturalmente ha barrido con todos los que de algún modo simpaticen con la candidatura impuesta. Y ha suspendidó la elección de consejeros municipales y de diputados. Y el doctor Morales contemplará melancólicamente la distante presidencia, ayer tan cercana, en vida de Valdés. El cable anunciando la ocupación militar de Panamá y Colón, de fecha 29 de junio, dice:

Washington, 29.—Hoy se ha anunciado en ésta que el Gobierno de la República de Panamá ha informado al Gobierno de los Estados Unidos que se teme se efectúen desórdenes politicos internos debido a la gitación pública que se nota por la proximación de las elecciones, cuya fecha fue determinada por las respectivas leyes. El tratado entre Panamá y Estados Unidos de 1904, dice que el Gobierno no prevé el caso de conmociones internas y autoriza a los Estados Unidos para tomar a su cargo las ciudades terminales de Panamá y Colón para resguardar el orden público y tomar otras medidas necesarias conducentes al mismo fin, y en consecuencia el Secretario de Guerra ha dado instrucciones al Comandante de las fuerzas norte-americanas estacionadas en la Zona del Canal para que tomen posesión militarmente de las ciudades de Panamá y Colón con el objeto de mantener el orden público. Esta acción está basada en el tratado mismo y además de conservar el orden en las ciudades civiles terminales, protege más eficazmente las cercanias del Canal en estos mmentos de disturbios internos.

—Por malhadadas cuestiones petrolíferas ha habido agrias discusiones en el Congreso. El representante Astúa Aguilar, derrotado en un incidente parlamentario, renunció la presidencia de la cámara de diputados. El representante Carlos Diaz, quien más atacó a Astúa Aguilar, pronunció el discurso que sigue:

Haré manifestaciones de importancia.

Deber de caballero impóneme guardar secretos y así lo haria si otro deber superior, el de Diputado, no me exigiera, como me exige en estas solemnes circunstancias, ser claro, explicito y franco.

Y lo seré ¿por qué no? Si la honradez, la franqueza y la claridad han sido siempre mi método de conducta en esta Cámara.

No hay malicia en mis palabras ni perfidia; pienso a conciencia, y lo que digo es el exponente de intimas y honradas convicciones.

Entro, pues, al fondo del asunto.

Oídas aquí en esta Cámara, las graves manifestaciones que hiciera el señor Ministro de Relaciones Exteriores, que dijo y probó que elementos perturbadores laboraban a la sombra del misterio contra la soberanía nacional, cómo es posible—pregunto yo—que todavía haya en este Alto Cuerpo Diputados que defiendan los intereses de esos individuos?

Esto, señores Diputados, háceme entrar en un mundo de tristes y desagradables reflexiones! Y seguir defendiendo los intereses de Greulich!

Sabe el señor Astúa por qué he sido yo decidido partidario del contrato Amory? Sencillamente, señor Astúa, por contribuir a establecer la competencia entre dos Compañías, onerosas a cual más a los intereses de la República, para que de esa competencia suran las dificultades y ambas hayan por último de verse compelidas a la caducidad por incumplimiento en sus contratos, y vuelvan esos derechos a poder del Estado.

Es decir, yo sí laboro y laboro a conciencia en pro de los intereses de la Patria; no fuí nunca partidario del contrato Greulich; tampoco me gusta éste, como no me gusta ningún contrato por el que se adquieran obligaciones con extranjeros.

Yo en esto soy un radical extremista, porque considero que cada contrato de esos representa y significa un peligro a la soberanía nacional.

Al señor Astúa se le ha dicho: usted, señor, cambia de opiniones.

El ha contestado a gritos: es falso.

Yo ratifico aquel cargo; cierto es que el señor Astúa cambia fácilmente de opinión.

El votó a favor de la declaratoria de guerra a Alemania y defendió su tesis: y me consta, señores Diputados, que el día anterior a aquel en que se dió el famoso decreto, él no opinaba porque el Congreso diera ese paso; me consta a mí esa circunstancia; les consta también a todos los señores Diputados; le consta ya, por último, a todo el país. No dudo de la honorabilidad del señor Astúa, a quien conceptúo perfecto caballero y legislador de intenciones sanas y limpias.

Pero el señor Astúa siéntese en estas circunstancias, hondamente conmovido por una derrota parlamentaria sufrida; él, político sagaz y hábil; él, orador convincente; él, abogado listo y activo, acostumbrado a triunfos y más triunfos, tiene hasta cierto punto razón de sentirse herido y hasta humillado por la derrota parlamentaria que ha sufrido.

De ahi, esas arrogancias frenéticas del señor Astúa; son las arrogancias de la pasión vanidosa del hombre superior vencido; esta es la verdad de las cosas.

No está el señor Astúa acostumbrado a las derrotas parlamentarias, por ejemplo, como lo estoy yo, que las sufro a cada rato; y ya me ve el señor Astúa cuán resignadamente sufro esos embates de la suerte impía, con razón o sin ella, dentro o fuera de la justicia; derrotas esas, señor Astúa, que no logran en definitiva vencer mi espíritu de buen patriota y aquí me tiene usted luchando, siempre luchando por los intereses de la República.

Cuantas mociones de las que hago me pasan aquí, a mí? Ninguna; si acaso, aquellas que en algunas ocasiones hago para dar pésames a compañeros por duelos de familia. Y sería insólito que ni siquiera me pasaran esas mociones!

Fue vencido, pues, el señor Astúa y al anunciarse su derrota, el señor Astúa abandonó su curul y al marchar de esta Cámara, dijo: "Queden aqui los Diputados que no cumplen con su deber".

Y consideré entonces que el señor Astúa no regresaría más a esta Cámara, pero al día siguiente ocupaba de

nuevo el puesto de honor de la Cámara.

Astúa: (Interrumpiendo a Díaz). He venido a sentar mi protesta. Tenga el orador buen cuidado de proferir ofensas y mídase en sus palabras el señor Díaz....

Díaz: No amo la vida; no temo los balazos; mis temores estriban en que mañana, al descender a la tumba, por malos pasos en esta vida como los han dado tantos hombres de importancia, se me califique entonces de elemento funesto a los intereses de la Patria.

Astúa: (Interrumpiendo de nuevo al orador). ¿Podría personalizar el señor Diputado?

Díaz: No me refiero a usted en esta alusión, señor Astúa y muy lejos de mi intención hacerlo. A propósito de la presencia del señor Astúa entre los Diputados que no sabemos cumplir con nuestro deber, allá va un cuentecito del bien recordado e inspirado poeta nacional Aquileo:

Ocurrió en Heredia el caso, en ocasión en que, el brillante poeta, radicaba en aquella ciudad, por él bautizada "De las flores".

En medio de su divina inspiración, vínole un día al leído poeta la idea de dárselas de bravo, disponiendo abofetear a todas las personas de sus antipatías y al efecto levantó una larga lista de aquellos que debían recibir en sus carrillos la señal de sus iras.

El poeta—hombre poco reservado, como son por lo general todos los poetas—dió a conocer a algunos de sus amigos aquella lista de "candidatos" a ser abofeteados y, claro, presto fueron públicas las bélicas intenciones del inspiradísimo cantor de nuestras costumbres criollas, y fue conocida la lista de aquellos "candidatos" al "suplicio" de sus bofetadas.

Uno de esos "candidatos," hombre bravo y de pocas pulgas, tomó a serio el caso y cuando se enteró de la circunstancia, se apresuró a buscar a Aquileo para entendérselas con él.

Lo encontró y le preguntó:

—Hombre, Aquileo, es cierto que tú me tienes en una lista de personas a quienes habrás de abofetear?

—Sí, — contestó el poeta cándidamente.

—Pues aquí me tienes; principia tus furias bélicas en mí; anda, hombre, atrévete....

Aquileo comprendió que la cosa se ponía fea, y exclamó:

—Por Dios, hombre, no te enojes, que las cosas tienen fácil arreglo; te suprimiré de la lista, e incidente terminado.

Así exclamo yo también en estas circunstancias: Se retiró don José de la Cámara dejando en ella a los Diputados que no sabemos cumplir con nuestro deber; lo colocamos en la lista de los buenos; pero ahora regresa bravo, molesto, irritado; ¿a qué esos enojos?; no les veo razón; suprimamos, pues, de la lista de los buenos el nombre del señor Astúa Aguilar y, como dijo el poeta, "el incidente está terminado."

Sometida a votación la renuncia, no fue aceptada. Astúa Aguilar continúa, pues, de presidente de la cámara de representantes.

—Vida de "líos y enredos," de actividad y empresas al mismo tiempo, es la de Lincoln G. Valentine, un joven millonario yanqui dispuesto a monopolizar todo el petróleo que pueda haber en la América Central. En Costa-Rica obtuvo una gran concesión en tierras de Talamanca. Fue a Nicaragua, y allí riñó con todo el mundo: con moros y cristianos. Y un día que estaba enojado, soltó esta frase: "En Nicaragua más fácilmente se compra un diputado que una mula," y eso que en regiones oficiales abundan las tales. Intentaron procesarlo por la frasesita; pero el oro.... Ahora, Valentine está con otro lío, en Costa-Rica. Léase la nota, publicada en la prensa, que dice:

Reunidos en la Legación Americana hoy 2 de julio de 1918 los infrascritos miembros de la Colonia Americana, en virtud de una convocatoria de Mr. John M. Keith, y considerando en qué forma debe expresarse el sentimiento de reprobación que han de inspirar a todos los hombres honrados y a nosotros en calidad de Colonia, los actos que según recientes rumores públicos se atribuyen a nuestro compatriota Lincoln G. Valentine, resuelven hacer público lo siguiente:

Manifestamos del modo más terminante que nuestra opinión es que dicho Valentine debe ser juzgado públicamente, para que los graves hechos que según el rumor público han sido cometidos por él, y que en caso de ser ciertos nos afectarían en nuestra condición de Colonia, sean investigados en juicio público, a fin de que si resulta inocente se le vindique y si es culpable se le castigue.

Se resolvió ingualmente que se entreguen copias de esta acta a Mr. Johnson, Encargado de Negocios Americano, y a Mr. John M. Keith, con ruego de que procedan a informar a las autoridades y al público del modo que lo tengan a bien.

En testimonio de lo cual firmamos aquí. — (f) H. T. Purdy. — (f) T. E. Zink. — (f) W. E. Broad. — C. G. Herdman. — (f) A. T. Harrison. — (f) John M. Keith. — (f) M. Fischel. — (f) A. A. Osborne. — (f) S. J. Gest. (f) Manuel Montejo. — (f) Louis Schapiro.

Según la misma prensa tica a Valentine se le formularon los siguientes cargos:

1º—Soborno de empleados del Correo, de alta y baja categoría.

2º—Soborno de empleados del Telégrafo, de alta y baja categoría.

3º—Tentativa de soborno o soborno de miembros del Congreso.

4º—Sustracción de varias cartas de los correos de Costa-Rica.

5º—Envío de cablegramas evadiendo las reglas de la censura local.

6º—Tentativa de provocar la intervención de los Estados Unidos en Costa-Rica.

7º—Tentativa de comprometer al Gobierno de Tinoco en dificultades internacionales.

Veremos — y nuestros lectores lo sabrán — en que pára este lío de Valentine.

—En el país están organizando el ejército y dándole adecuada y necesaria instrucción. Con fecha 1º de julio, el general José Joaquín Tinoco, ministro de la guerra, dirigió al comandante en jefe del ejército, la nota que dice:

Señor Comandante del Ejército. S. D. Ruego a usted comunicar por Orden General a las Comandancias de Plaza y dependencias militares, para que lo hagan saber a todos los milicianos e individuos aptos para el servicio en su jurisdicción, "que a partir del domingo próximo 8 de los corrientes se aplicarán severamente las penas de la ley a los que dejen de presentarse a las academias militares establecidas,"

"LA ACTUALIDAD"

Es la Revista de mayor circulación en Centro-América, por el abundante y escogido material de lectura que inserta y por tener un servicio especial de fotograbados de actualidad.

Dirección y Administración: "Casa Colorada," 9ª Calle Oriente, Nº 2.— Guatemala, C. A.

sin tener par ello un motivo satisfactorio a juicio del Alto Mando Militar. El país se encuentra en estado de guerra y es obligación forzosa del ciudadano cumplir las órdenes militares que reciba, por lo cual el hecho de no asistir a los ejercicios dominicales será considerado como "delito de deserción y castigado conforme al Código de Justicia Militar" que, en su artículo 213 sobre Faltas Graves, dice en su inciso 3º: "Comete las faltas de primera diserción el individuo de las clases de tropa que citado legalmente para el servicio militar no acatare la orden superior de presentarse o que ausentándose, evadiere el servicio, etc." Esta falta se castiga "en tiempo de guerra" "con reclusión en celda o bien con presidio" (artículo 234 del mismo Código) los cuales pueden durar de "seis meses a diez años" según el artículo 114.

"Todo aquel que induzca a un soldado a no concurrir a las filas sufrirá la pena de reclusión en celda" que pueda variar entre uno y seis meses y que se descuenta (artículo 115) "en los calabozos destinados al afecto". También el articulo 235 especifica que "se castigará con prisión militar de tres a seis meses a quienes auxilien la deserción," y con "arresto de uno a tres meses a los que la encubran". Tanto los Comandantes de Plaza como todas las autoridades militares están en el deber de poner todos los medios a su alcance para que la presente Orden tenga debido cumplimiento y para que sea conocida por todos los milicianos de su localidad.

Con toda consideración soy de usted muy atento y seguro servidor, **J. J. Tinoco.**

NICARAGUA

Por aquí,.... ahora nada.

De este país, cuya dicha o desventura depende de ese río San Juan — magnifico, incomparable, para canal interoceánico — y del Golfo de Fonseca, tan bello y tan deseado, no hablaremos en esta sección.

Uno de los redactores de **"La Actualidad"** entrevistó al doctor Francisco Torres Fuentes, encargado de negocios de Nicaragua.

Y allá veremos lo que diga, no quiera decir o eluda, el diplomático del país de los lagos.

HONDURAS

¿Quién o quienes construyen el puerto de Zacate Grande? — La línea interoceánica hondureña, ¿quién la construirá? — "Policarpistas" y "manuelistas" se pondrán de frente.—¿Surgirán Dionisio Gutiérrez, Juan Angel Arias q Carlos Alberto Uclés, apoyados por el "policarpismo"?—Los "manuelistas": Mejía o Reyna?... o el que surja de más lejos. — La cuestión de límites entre Honduras y Nicaragua. — Guerrero Montalván, plenipotenciario nicaragüense, presentará bases a la cancillería hondureña.

En la isla de Zacate Grande una compañía extranjera ha principiado los trabajos de localización de un puerto. ¿Por cuenta de quién? ¿Por los de la compañía? Es el caso que hasta el presente no se sabe quienes la componen, ni donde tenga su domicilio; si en Nueva York, en París, en Berlín, en Constantinopla o en Ojojona, pueblecito hondureño. Desde Zacate Grande se domina gran parte del Golfo de Fonseca, y Amapala queda en la posición de un niño arrodillado ante un coloso.

Barcos rapidísimos de extraña construcción, quizás caza-torpederos, van y vienen de Zacate Grande quien sabe a dónde.

Se opina que la persona que está al frente de los tales trabajos ha dicho que el puerto de Zacate Grande será el extremo de una línea ferroviaria interoceánica que cruzará el territorio hondureño, y que arancará de las cercanías de Puerto Cortés o de Tela, en el Atlántico.

Lo que sea sonará.

—Se dice que el partido "policarpista," el que sostuvo en la presidencia al doctor Policarpo Bonilla—llevado allí por las bayonetas del ex-gobernante nicaragüense José Santos Zelaya — lanzará en las elecciones presidenciales, la candidatura de uno de sus hombres. ¿Quién será éste? No es posible que el doctor Dionisio Gutiérrez, caudillo prestigiado, queridísimo del pueblo tegucigalpino, porque al presente lo separa infranqueable abismo del doctor Bonilla; mientras éste entró en componendas con Bertrand y hoy, en Washington, lucha por los intereses hondureños, Gutiérrez ha permanecido, decorosamente, lejos de toda actuación gubernamental. Tampoco es posible que sea el doctor Juan Angel Arias, liberal de estirpe, porque debe darse por terminado su papel en la política hondureña, lo mismo que el del doctor Carlos Alberto Uclés. ¿Quien será? ¿Don Policarpo Bonilla y los suyos, procediendo mejor, lanzarán y apoyarán la candidatura de alguno de los liberales jóvenes?

Por su parte el partido "manuelista"—el que sostuviera al general Manuel Bonilla en la presidencia, tiene, en este instante, dos candidatos: Jerónimo J. Reyna, ministro de la guerra, y Francisco J. Mejía, ministro de gobernación. En definitiva, ¿será uno de estos dos? Quien sabe; a última hora, y allá lejos, aparece, surge lo inesperado. Y en las repúblicas de

la América del Centro, siempre es así.

—Salvador Guerrero Montalvan, plenipotenciario nicaragüense en misión especial, obtuvo promesa de arreglo de la cuestión de límites entre Honduras y Nicaragua. El gobierno de este país acaba de notificar al de Honduras que ya terminó la confección de las bases del arreglo y que dentro de poco las enviará al plenipotenciario Guerrero Montalván para que las presente a la cancillería hondureña.

Esta vieja cuestión de límites fue causa en otra ocasión de la guerra que se hicieran los gobiernos de ambos países.

EL SALVADOR

Zûñiga Montúfar vuelve a Costa-Rica y es llamado a la secretaría de Estado en el despacho de gobernación y justicia. — Cuestión electoral. — Después de las de Quiñónes Molina y Palomo, puede surgir la candidatura de Rafael Zaldívar.

El licenciado don Tobías Zúñiga Montúfar, que durante algún tiempo fue encargado de negocios de Costa-Rica, regresó a su país, donde le nombraron secretario de Estado en el despacho de gobernación y justicia.

—La cuestión electoral continúa en efervescencia. Quiñonistas y palomistas tienen fe en el triunfo. Unos y otros ya imaginan llevar a sus caudillos a la Casa Blanca.

Quiñónes Molina, como ya lo dijéramos; cuenta con la simpatía popular. Es el ídolo de la gente humilde y de muchos poderosos; cuando va por calles y plazas, o transita por lugares concurridos, la multitud lo aclama frenéticamente. Su presencia provoca indecible entusiasmo.

El oro de unos cuantos conocidos banqueros, sirve de apoyo y sostén al doctor Tomás G. Palomo en sus aspiraciones presidenciales.

Algunos opinan que su competencia de cirujano, indiscutible, no corre parejas con su competencia de hombre político. Aquélla, naturalmente, es mayor, muchísimo mayor, que ésta. Intransigente, con procedimientos para ser siempre de pocos amigos, otro candidato, en competencia con Quiñónes, habría tenido mayores probabilidades.

Dan en decir que a última hora, y como de transacción, surgirá la candidatura del doctor don Rafael Zaldívar, plenipotenciario salvadoreño en Washington. Nó tiene muchas probabilidades.

Más la habría tenido la del doctor Francisco Dueñas, esquivo, por no decir huraño, en estas andanzas.

En Martínez Suárez, ministro de relaciones exteriores, nadie tiene fe.... ni esperanza.... ni caridad.

Don Carlos Meléndez ha declarado enfáticamente que no se reeligirá, ni podría hacerlo sin reformar antes la Constitución.

Y no hay más noticias salvadoreñas, porque han faltado los canjes en estos últimos días.

Andrés de CERECEDA.





INFORMACION MUNDIAL

EL CAMINO A ITALIA



Los valerosos soldados de Francia pasan por París para embarcarse para el frente italiano donde su arribo ha sido aclamado con gran júbilo por los ejércitos de Victor Manuel.

LA ARMADA DE LOS ESTADOS UNIDOS

Como nuestra primera línea de defensa marítima se ha desarrollado desde el servicio de paz al pie de guerra

por el HON. JOSEPHUS DANIELS

Secretario de Marina de los Estados Unidos.

Lo único que quedaba por poner a prueba en esta guerra era la preparación de la Armada norteamericana para todo servicio esperado e inesperado, habiendo sido preciso aguardar a que el actual conflicto pusiera también a prueba el espíritu de su personal y su celo y actividad, para que nosotros nos diéramos cuenta de la seguridad conque se puede confiar en el valor de nuestros compatriotas. La prueba definitiva llegó el 6 de abril de 1917. Es un legítimo orgullo para todo miembro de la Armada que en el momento del peligro la Nación entera volviera a ellos sus ojos, confiándoles la primer defensiva y la primer ofensiva y pudiendo convencerse de que disponía de un gran núcleo de hombres y de cientos de barcos, seguros y dispuestos para todo evento.

Nadie en el país hubiera jamás soñado, en los pasados años, que la Armada pudiera ser llamada para servir en los barcos mercantes y para proporcionar expertos artilleros que protegieran a los barcos citados contra los submarinos. Y, sin embargo, este fue el primer deber que el Comandante en Jefe asignó a la Marina Nacional. Todos sus miembros se hallaban adiestrados en el manejo de los grandes cañones para poder hacer blanco en los barcos a larga distancia. Y esto era, de momento, lo más necesario, aunque lo más difícil también, ya que para hacer blanco a una distancia de diez o quince millas, en un plano movedizo, se necesita una asombrosa puntería. Al principio, el **Mayflower** y el **Dolphin**, con algunos otros pequeños barcos, fueron despojados de sus artilleros

más hábiles, a los que les fue encomendado este arriesgadísimo, y, hasta ahora, inesperado deber. Es un dolor que llena de orgullo a los hombres del **Dolphin**, llamado en tiempos de paz "el buque de los Secretarios," que uno de sus valientes artilleros, John Eopolucci, fuera el primero que dió su vida protegiendo la resolución de Norte-América de mantener "la libertad de los mares".

Inmediatamente los acorazados fueron convertidos en campamentos de instrucción; se abrieron escuelas de tiro, y, tan pronto como el deber les llamó, los más adiestrados artilleros se hallaron dispuestos, llenos de valor y de entusiasmo, a lanzarse a los peligros que supone el dejar libre el camino de los mares. Los cañones más pequeños de los barcos de guerra fueron desmontados para armar con ellos a los barcos mercantes y se dió comienzo a la construcción de nuevos cañones con inusitada rapidez. Oficiales y marinos que, entusiásticamente, prestaban sus servicios en la Armada, no han vacilado en trasladarse a los barcos mercantes, ahogando todo sentimiento de vanidad, solamente pensando que sus servicios pueden ser de gran utilidad a su nación, y arriesgándose a arrostrar los más graves peligros por el beneficio de sus compatriotas y de sus aliados, a los que es preciso que no falten ni víveres ni municiones en los campos de batalla de Europa, donde luchan por la democracia. Aunque la Armada no hubiera hecho otra cosa que responder a este llamamiento ya tendría suficiente para hacerse acreedora a la admiración y al respeto de toda Norte-América.

Pero todo el mundo conoce el valor demostrado por los tripulantes de los **destroyers** en su peligrosa labor. Por más que nadie pueda darse cuenta del afán con que nuestros marinos solicitan los puestos de más riesgo y responsabilidad. Ellos han capturado varios submarinos con sus tripulaciones; han hundido otros submarinos; han salvado barcos mercantes y miles de vidas de hombres y mujeres, exponiendo las suyas; y han hecho todas estas cosas y muchas más que serían innumerables, con temperaturas glaciales, de unos cuantos grados bajo cero, y en medio de trabajos y penalidades de las que los hombres de tierra adentro no pueden darse cuenta, sin un solo momento de desaliento o de abandono. Y no han sido ellos solos. Los que prestan servicios en los submarinos, en los lanza-minas, en los caza-minas, en los remolcadores, y encualquier otra clase de barcos, en medio de terribles temporales o en mares casi polares, siempre acechados por la muerte y sin la menor comodidad, han demostrado poseer todos un análogo valor y un completo olvido de sí mismos. En los mares, en las costas, entre las masas de hielo, donde quiera que pueda encontrarse un enemigo, estos luchadores de los mares, hombres y barcos en armónica unión, han librado sus batallas, con gran heroicidad.

En tierra, los incesantes esfuerzos de soldados y civiles, han tendido, unánimemente, al aumento del poder de combate, construyendo nuevos barcos del tipo más indispensable y poniendo en las mejores condiciones posibles los ya existentes. Este ha sido un trabajo colosal porque la nación se había olvidado ya de construir barcos, dependiendo enteramente de los extranjeros para su comercio. Los pocos constructores aptos para este trabajo, no podían dedicarse a él por entero, porque repentinamente fueron llamados para adiestrar a los profanos en la industria. El número de hombres que se dedican actualmente a esta tarea ha aumentado diez veces en seis meses, y aun siguen necesitándose más trabajadores. Pero los nuevos operarios han aprendido el oficio rápidamente y muy pronto cientos de barcos surcarán los mares, armados unos en pie de guerra para aumentar el poder nacional en los mares, y transportando otros a Francia los hombres, los víveres y las municiones que han de sostenerlos y armarlos en el gigantesco esfuerzo que ha de hacerse si hemos de conseguir que la libertad no desaparezca de la tierra. Desde nuestra entrada en la guera — en un año — ochocientos barcos han sido puestos en activo servicio en la Armada norte-americana y otros 400 están construyéndose.

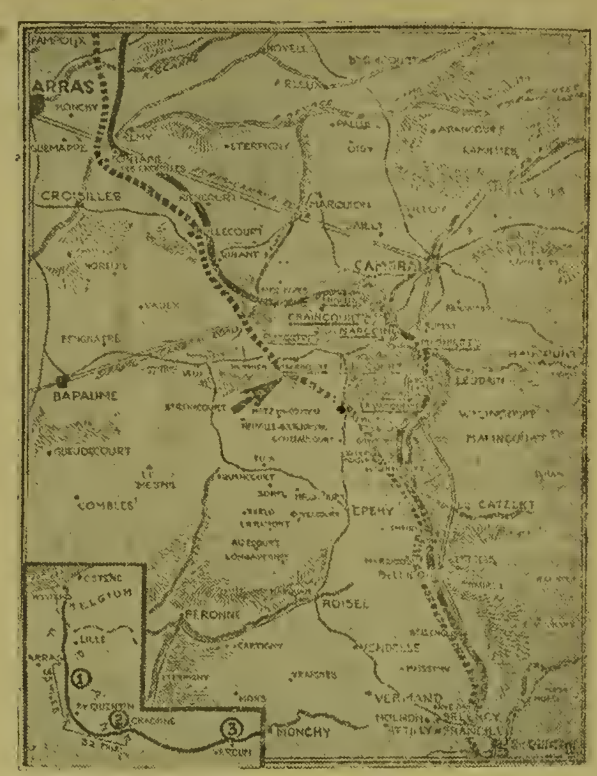
La ciencia y la inventiva han sido llamadas para solucionar el problema de la amenaza submarina, que ha cambiado todos los planes de los expertos navales. Los grandes acorazados son todavía los verdaderos protectores del comercio marítimo, pero para luchar con los submarinos, son preferibles los barcos pequeños, sien-

do entre todos ellos el **destroyer** el más a propósito. Los Estados Unidos construyen actualmente más **destroyers** de los que pudiera haber en otras dos Armadas cualesquiera, antes del 1914, y en adición construyen también, con toda premura, submarinos cazadores y otras clases de barcos análogos.

Todos los genios científicos e inventores del mundo han sido invitados a colaborar en la empresa de la guerra contra los submarinos. En la Armada y fuera de ella la dificultad de solucionarlo hace que este problema sea aun más atrayente para los hombres de acción y para los de ciencia. Ambas clases trabajan sin descanso y con éxito. Y cada una espera que la otra consiga hacer los más rápidos progresos para que los mares se vean pronto libres de los asesinos de bajo el agua. Sir Eric Geddes, Jefe Supremo del Almirantazgo Inglés, recientemente dió ánimos al mundo con la declaración de que los Aliados hundían más submarinos de los que los alemanes podían construir. Pero este progreso, aunque es grato, no satisface por completo la ambición naval. Ha servido para anular las baladronadas alemanas, pero no para terminar la destrucción de hombres y provisiones por los alemanes, aunque ha disminuido los estragos y ha hecho callar a aquellos que temían que Norte-América no podría enviar sus millones de soldados a combatir con las hordas de alemanes en Francia.

Nada hay peor en estos tiempos que el sentirse engreído. El país siente mayor confianza en cualquier pronta victoria sobre los submarinos, que los oficiales navales y los inventores y científicos civiles. Ninguno de ellos espera ganar por los planes anunciados de completa destrucción, ni tiene fe en los remedios extremos. Los expertos navales y los inventores y hombres de ciencia son igualmente modestos en sus pretensiones y afanosos en sus estudios y experimentos. El hombre de práctica espera que el de ciencia desarrolle algún plan que él desconoce, mientras el hombre de ciencia, a su vez, confía en que los prácticos marinos sean los que descubran el modo de terminar la campaña submarina. Ambos no piensan en otra cosa más que en esto y ambos trabajan sin descanso para conseguirlo. Pero ninguno se siente engreído por sus obras.

EL AVANCE MAS GRANDE DEL FRENTE OCCIDENTAL



He aquí el territorio conquistado por los ingleses entre el Scarpe y el Arras. El mapa muestra 1º el empuje británico sobre Cambrai, 2º el ataque glorioso de los franceses en Craonne y 3º el sector Verdun donde se libra lucha sangrienta.

El espíritu sencillo y ajeno a toda vanidad de estos hombres, se puso de manifiesto no hace muchas semanas, cuando la campaña submarina se hallaba en todo su apogeo, en una visita que un distinguido grupo de hombres de ciencia franceses y norte-americanos, que habían estado cambiando impresiones, hizo al Secretario de Marina. Cuando ya se marchaban, yo les dije que la Armada y el país entero esperaba de ellos la más rápida y mejor solución para el problema submarino y les dí las gracias por lo que estaban haciendo y por lo que aún habrían de hacer. Uno de los más eminentes, lleno de modestia hubo de replicarme:

—Señor Secretario, usted puede estar seguro de que los hombres de ciencia harán cuanto esté en su mano hacer, pero yo le ruego que no descanse confiando solamente en lo que la ciencia y los inventos puedan realizar. El éxito depende, en su mayor parte, del práctico e incesante trabajo de los barcos y de los cañones, y más aun de los inteligentes y diestros marinos, estándonos a nosotros reservado tan sólo el demostrarles los resultados de lo que entre todos podamos aprender.

Así, mientras seguimos em-

pleando toda clase de armas y toda clase de medios que la ciencia y la experiencia nos sugieran, para combatir a nuestros enemigos, no cesaremos de buscar lo que pueda resultar más eficaz para conseguir el logro de nuestros afanes. El peligro sería que nosotros creyésemos que ya nada nuevo ni nada mejor podia inventarse. Pero nada hay imposible para el arrojo y la ciencia cuando ambos trabajan unidos.

El progreso naval en un año

Relacionándolos con el precedente artículo del Secretario de Marina, Mr. Daniels, son de indudable interés los datos de lo que, con motivo de la guerra se ha mejorado el servicio naval. No es necesario referirse al número de barcos, sino, sencillamente, a las unidades de Marina, para darse cuenta del aumento importantísimo de esta rama del servicio de guerra. De acuerdo con esto presentamos a nuestros lectores las siguientes elocuentes cifras:

Ultimo resumen de las fuerzas de Marina

Marina Regular. . .	191,709	7,781	199.490
Reservas Navales. .	78,195	10,033*	88,228
Cuerpos de Marina	38,512	1,434	39,946
Voluntarios Nacionales.	15,000	822	15,822
Guarda Costas. . .	4,250	639	4,889
	327,66	20,709	
Total general.		348,375	

Resumen de las fuerzas el 6 de abril de 1917

Marina Regular. . .	64,680	4,366	69,046
Cuerpos de Marina. .	13,266	426	13,692
	77,946	4,792	

Resumen de las Divisiones Auxiliares al tiempo de ser llamadas al servicio en los comienzos de la guerra

Reservas Navales (aproximadamente)	10,000
Voluntarios Nacionales (aproximadamente).	9,000
Guarda Costas.	4,500

Aumento desde que fue declarada la guerra

Reservas Nacionales.	6,800
Voluntarios Nacionales.	6,800
Marina Regular.	130,444
Cuerpos de Marina.	26,254

El Cuerpo de Hospitales ha aumentado de 1,600 a 8,00. El número de mecánicos, empleados en los arsenales, de 35,000 a 66,000. Hay también otros 7.000 empleados civiles en los arsenales. Los empleados civiles en el Departamento de Marina han aumentado de 700 a 1,800, habiendo, además, 1,200 reservistas trabajando en dicho departamento. Hay actualmente 1,397 guarda marinas en la Academia Naval de Annapolis, Md. Y en el servicio naval se hallan, aproximadamente unos... 350,000 entre oficiales y hombres, siendo más de 425,000 las demás personas que se hallan repartidas en las instituciones navales.

El total de los gastos de la Marina, desde 1794 hasta 1916 fue de $3.367,160,591.77. Los gastos navales en conexión con el presente conflicto, comparados con estas cifras, son los siguientes:

Créditos

29 de agosto de 1916. . . .	$ 312.888,060.25
4 de marzo de 1917. . . .	„ 516.491,802.08
15 de junio de 1917. . . .	„ 514.805,033.87
6 de octubre de 1917. . . .	„ 561.436,023.50
	$1,905.620,919.70

Créditos pendientes

Los créditos pendientes asciended a.	$1,371.181,327.04
Total.	$3.276.802,346.74

El total de créditos votados en agosto de 1916, para el año fiscal de 1917, los votados durante el año último, y los pendientes actualmente, es solamente de unos 90 millones menos que el total de los gastos de la misma Armada desde 1794 a 1916 inclusive. Y, como es de suponer, los créditos se seguirán multiplicando.

(*) Están incluidos algunos oficiales de la reserva que no han sido llamados a servicio activo.

LA HISTORIA DE WERNER HORN

Y EL PRIMER RESPLANDOR DE LAS BOMBAS EN LOS BARCOS

EL HOMBRE DE LA LITERA NUMERO 3—VON PAPEN DETRAS DEL TELON—¿SOLDADO O CRIMINAL?—LA CONFESION

La historia de Werne Horn es la de un hombre valiente, demasiado honrado para mentir con el rostro serio, que fue empleado villanamente por Von Bernestorff y Von Papen, después que le hubieron engañado como unos bellacos. El se hallaba dispuesto a luchar contra los enemigos de su país como puede luchar un soldado, y ellos, con el mayor cinismo, le encargaron de una comisión criminal, para desempeñar la cual tendría que convertirse en un asesino. El se exponia ciegamente a morir como un malvado, purgando uno de los muchos inicuos complots que se tramaban contra las vidas de los norte-americanos, mientras ellos vivían en Washington rodeados del fausto y de la consideración de los representantes del pueblo al que estaban traicionando. Ha habido pocos crímenes más infames que este, excepto aquel otro (también forjado por ellos) de la colocación de bombas en los barcos.

La historia de Werner Horn, comienza en Guatemala. Horn era el administrador de una plantación de café en Moka. Había pasado diez años sirviendo en el Ejército Alemán, cuando, en 1909, consiguió una licencia de las autoridades de Colonia permitiéndole marchar a Centro-América por dos años. En esta licencia se le califica como "**oberleutnant on inactive service,**" lo que quiere decir que él era primer teniente del Ejército Alemán, excedente, pero sujeto al servicio militar de su país antes que cualquier otra clase de ciudadanos aptos para los deberes militares.

Estalló la guerra. Y dos horas después de saberse oficialmente la noticia en Moka, Werner Horn preparó su viaje y emprendió su regreso a Alemania. En Belice embarcó para Galveston, donde pasó dos semanas intentando, en vano, conseguir pasaje para Europa. Después pasó otro mes en Nueva York, tratando, también inútilmente, de embarcar. Y, por fin, viendo que esto era imposible, marchó a México, a la capital, donde supo que ya estaba ocupado su puesto en Guatemala. Pudo encontrar otra colocación en una plantación de café norte-americana en Salto de Aguas, en Chiapas, y ya estaba a punto de hacerse cargo de este nuevo destino, cuando recibió una tarjeta en la que se le ordenaba que tratase de nuevo de volver a Alemania. El 26 de diciembre se hallaba de regreso en Nueva Orleans y pocos días después se hospedaba en el Hotel Arietta en Staten Island.

Entonces comenzaron una serie de conferencias entre él y Von Papen. Horn deseaba, con afán, servir honradamente a su patria, y Von Papen, en cambio, no tenía escrúpulo alguno respecto a la forma en que tal servicio pudiera hacerse. Al no serle posible conseguir pasaje para que Horn volviera a Alemania, Von Papen determinó emplear a este gigante rubio (Horn tiene seis pies y dos pulgadas de estatura) en otros menesteres. Y para conseguirlo no vaciló en urdir una serie de mentiras.

* * *

Poco después de la media noche del sábado 20 de diciembre, de 1914, un corpulento alemán, modestamente vestido y con gorra de paño, entró en el **Grand Central Station,** llevando en la mano una maleta oscura de poco precio. Un portero se la cogió sonriente. Pero dejó de sonreir mucho antes de llegar al coche número 34 del tren de la una de Nueva York a Boston. "¡Oh, señor, pesa como plomo!," comentó jadeante, al recibir la propina. El alemán hizo una mueca afirmando y pocos minutos después dejaba la maleta descuidadamente bajo la litera inferior número 3, y se encaramaba en la litera superior. Una maleta llena de dinamita. ¡Y el viajero de la litera inferior número 3, durmiendo sobre ella tan tranquilo!

Varias personas que viajaban en el tren central del Maine que salió de la estación del Norte, de Boston, a las ocho de la mañana siguiente, identificaron después al rubio alemán, que había descendido en Vanceboro, Maine, a las seis de la tarde de aquel dia. Y ninguna de ellas recordaba su equipaje.

Pero no hay nada más seguro que la opinión de la gente de un pueblo del campo para catalogar a un extranjero. Horn se dirigió directamente desde el tren a cumplir su cometido, el cual hubiera podido llevar a cabo con entera libertad a no ser por Mr. Hunter y el chiquillo Armstrong, de doce años de edad. Ellos vieron al alemán marchando difícilmente por entre la nieve y les extrañó el enorme peso de su maleta, del que pudieron darse cuenta por la forma en que aquél la llevaba. Comentaron el caso, y pronto Mr. Hunter corrió a la oficina de inmigración y habló con el inspector acerca del extranjero sospechoso. El inspector se dirigió inmediatamente a la línea férrea y encontró a Horn que regresaba del puente internacional que cruza el río St. Croix, alguuos cientos de pies más allá. Le preguntó dónde iba, y Horn le replicó que a buscar un hotel. Cuando le preguntó cómo se llamaba, dijo que Olaf Hoorn y que era danés. El inspector, entonces, quiso conocer el motivo de su viaje y el alemán le expuso que iba a comprar una granja. Y, por último, al preguntarle que de donde procedía, y contestar él que de Nueva



Estos soldados—bajo la protección de su abrigo—juegan á las cartas.

York, por la vía de Boston, el inspector, procediendo legalmente, decidió que él no tenía potestad alguna sobre el extranjero y le dejó marchar. Efectivamente sus obligaciones sólo se refieren a los inmigrantes que proceden del Canadá, y como el viajero demostraba que venía de un punto del interior de los Estados Unidos, él no podía hacer nada oficialmente por el momento.

Pero a Mr. Hunter no se le escapó el detalle de que el alemán, después de esta **interview**, sacó su maleta de detrás de una pila de maderos, donde la había escondido y se la llevó consigo al Vanceboro Exchange Hotel, de Mr. Tague, donde fue a pasar la noche. El dueño del hotel no se hallaba allí cuando se registró Horn y por lo tanto nunca vió su equipaje, pero su madre tuvo ocasión de entrar, al lunes siguiente, en el cuarto de Horn, durante una ausencia de éste, y viendo la maleta trató de llevarla de un sitio a otro, causándola su peso el mayor asombro. Desde el momento de su llegada al pueblo Horn estaba, pues, señalado.

Evidentemente él se dió perfecta cuenta de que las sospechas contra él aumentaban, porque no trató de llevar a cabo su plan ni aquella noche, ni tampoco a la siguiente. Pero poco antes de las ocho de la noche del lunes, Horn dejó el hotel advirtiendo que iba a tomar el tren de las ocho para Boston. Cogió su maleta y desapareció, sólo que en lugar de dirigirse a la estación se ocultó en en el bosque para esperar a que hubiera pasado el último tren de la noche. A las once fue encontrado en la curva del ferrocarril, más allá del puente, por un empleado del **Maine Central Railroad**, al que extrañaron tanto las raras contestaciones que el alemán dió a algunas de sus preguntas, que estuvo hablando del asunto a un compañero en la casa de máquinas, aunque su conversación no pudiera tener resultado alguno. De este modo Werner Horn marchó solo por el puente ....solo con su cigarro, su maleta, el espíritu de la madre patria alentándole y las mentirosas palabras de Von Papen silbando en sus oídos.

Necesitaba bien, por cierto, del fuego del patriotismo para calentar su sangre y templar sus nervios. Era una oscura noche de invierno. El termómetro marcaba treinta grados bajo cero, el viento soplaba con una fuerza de ochenta millas por hora. Una espesa capa de hielo le hacía resbalar a cada momento y la nieve cortaba la piel de su rostro.

Pero Werner Horn era un patriota y un hombre valiente. Von Papen le había dicho que por aquellos raíles corría una ola de muerte para los alemanes, compuesta no sólo de cañones y explosivos, sino de balas **dumdum**, que hacen horrible la agonía. El debía, pues, poner de su parte todo cuanto pudiera para salvar a sus soldados; debía ayudar a detener aquella ola. Destruiría este puente y por algún tiempo, al menos, las remesas quedarían sin enviar de San Juan y de Halifax. No era muy grande el puente pero era un puente estratégico y accesible. Werner Horn se encaminó a él. Debería colocarse más allá de la mitad. Von Papen no le había pedido esto, pero él había formado su plan desde el principio, y no por falta de valor (él era capaz de ir como soldado al territorio enemigo y allí, solo, pelear contra millones) sino porque no era capaz de cometer un crimen

por nadie, ni siquiera por el Kaiser, ni podia hacerse culpable en el suelo de la hospitalaria Norte-América. Por algo llevaba en cada manga los colores de su patria: tres bandas, una roja, otra blanca y otra negra, con las que Von Papen le habia engañado haciéndole creer que por ellas se transformaba de paisano en militar. Dos veces, mientras marchaba en la oscuridad, resbaló y cayó, salvándose milagrosamente de la muerte. Cada vez se agarraba con más tenacidad a su maleta llena de dinamita.

De repente, un silbido prolongado se oyó detrás de él y en el mismo instante los delumbradores ojos de la locomotora de un tren expreso le iluminaron. Horn, aferrándose con una mano a una de las barras de acero del puente se dejó caer del otro, colgando en el vacío y sosteniendo la maleta detrás de él con la otra mano. El tren pasó con rugido de catarata y él pudo penosamente volver a sentar pie firme en el puente. La segunda mentira de Von Papen había sido comprobada.

Von Papen había asegurado a Horn que el último tren de la noche ya habría pasado a esa hora, porque Horn le había dicho que no haría nada que pusiera una sola vida humana en peligro. Pero, aún entonces, lo único que se le ocurrió pensar a Horn fue que Von Papen podía haberse confundido.

Pocos momentos después de haberse repuesto de esta sacudida, otro agudo silbido, esta vez de la parte del Canadá, hirió su oidos, y apenas si tuvo el tiempo preciso, antes de que pasara el otro tren, para dejarse colgar de nuevo sobre el río, sosteniéndose esta vez con un pie y una mano. Vió que todas las órdenes le habían sido dadas al revés y decidió cambiar sus planes para tener la seguridad de que no iba a poner en peligro la vida de nadie. Para efectuar esto cortó y arrojó lejos de sí la mecha que traía preparada para que tardara en quemarse cincuenta minutos, dejando solamente lo preciso antes de este tiempo y la explosion no podria poner a nadie en peligro.

Al hacer esto, Horn, deliberadamente, se cortaba la retirada. El la tenia planeada, ingeniosamente planeada, por cierto, pero era el suyo un plan con arreglo a un horario de los trenes que cruzan el estado del Maine en invierno, hecho por un alemán recién llegado de los trópicos. El pensaba volver hasta una estación más hacia el Oeste, y, a través de los campos, llegar a uno de los empalmes del ferrocarril y volver a Boston por distinta línea de la que había venido. No estaba mal pensado si hubiera calculado bien todas las posibilidades y pensado en todos los detalles, como, por ejemplo, las treinta millas que tenía que recorrer por entre los bosques; la espesa capa de nieve que cubría todo el campo; la oscuridad de las noches de invierno, y el frío mortal. Pero a pesar de todo, Horn, inocentemente, creía el proyecto practicable, y realizó un acto de valor heroico y de honradez intachable, al echarlo todo a rodar antes que causar la muerte de ningún sér humano.

Colocó la dinamita en una de las jácenas del puente, por la parte del Canadá, ajustó la mecha y la incendió con su cigarro. Una vez hecho esto cruzó el puente a toda prisa y, sin intentar escapar, se dirigió de nuevo al hotel en Vanceboro con las manos, las orejas, los pies y las narices, casi helados. Un momento después de su llegada al hotel la dinamita hizo explosión con una trepidación tan espantosa que la mayor parte de los cristales de las casas del pueblo se rompieron y el puente se quedó intransitable, aunque no completamente destruido.

Todo el mundo se levantó en Vanceboro. Mr. Tague, el dueño del Exchange Hotel, saltó de la cama para mirar por la ventana. Como no viera nada desde allí, encendió una cerilla, miró su reloj que marcaba la una y diez, y salió apresuradamente al pasillo para bajar al sótano creyendo que la caldera del vapor habría explotado. Al pasar por el cuarto de baño sorprendiose al encontrar allí a Werner Horn, que le dió los buenos dias. Tague le devolvió el saludo y se fue a su cuarto a vestir. Sospechó inmediatamente la verdad de lo ocurrido y la conexión que con el suceso tenia Horn. Cuando volvió a salir, después de vestirse, Horn estaba todavía en el cuarto de baño y le dijo: "¡Se me han helado las manos!" La cosa no tenia nada de extraña después de haber pasado cinco horas entre la nieve. Tague abrió la ventana y le dió un poco de nieve para que con ella se frotara los dedos, y en seguida se marchó hacia el puente para ver lo ocurrido, dirigiéndose desde allí a la estación de Vanceboro para dar cuenta del suceso y evitar que los trenes salieran.

Cuando volvió al hotel, Horn le pidió que le diera el cuarto que había dejado por la noche. Tague le contestó que aquel cuarto ya estaba ocupado y le dió otro en el tercer piso, donde se encerró el alemán disponiéndose a dormir.

Mientras tanto la sencillez de la naturaleza humana se ponía de manifiesto en Vanceboro. El principal representante de la ley era John Doe, comisario, alcaide y **detective** del estado de Maine, cuya declaración hubiera hallado un simpatizador en el viajero de la litera número 3, si éste se hubiese enterado. "Yo estaba durmiendo en mi casa—afirmó Mr. Doe—la cual está situada a unos trescientos pies del puente, cuando a eso de la una de la madrugada oí un tremendo ruido, que pensé era un terremoto, un choque de trenes o la explosión de la caldera en la fábrica de gas. De tal manera me trastornó el estruendo que no pude volver a dormirme. (¡Y el hombre de la litera número 3 pudo dormir encima!) Me levanté por la mañana, a las cinco y media y entonces encontré un hombre que me dijo que habían volado el puente.

Pero en tanto que Mr. Doe trataba de averiguar quienes eran

(PASA A LA PAGINA 35).

La única manera como se puede contestar al Canciller von Hertling por ser la más elocuente y conveniente. La Gran Bretaña obra sobre la cuestión de Siberia.

El envío de refuerzos ingleses a Vladivostok para ayudar a los rusos y a los czechoeslóvacos a guardar los almacenes aliados contra la amenaza de los bolshevistas que se han unido con los prisioneros alemanes; el avance hacia el Norte de las victoriosas fuerzas italianas que operan en Alemania; y el envío de más de 90,000 mil soldados americanos en el breve término de una semana: constituyen la mejor contestación que es posible dar al Canciller von Hertling, quien declaró ante el Comité Principal del Reichstag que Alemania no tenía intenciones de conservar a Bélgica en ninguna forma. La contestación que a tales palabras dan los aliados, es directa y clara, sin ambages ni ambigüedades. Tiene el mérito de satisfacer las exigencias de von Kühlmann respecto a que las comunicaciones entre los gobiernos enemigos habían de ser enteramente sinceras, a fin de que el destinatario no tuviera la menor duda de lo que haya querido decir el remitente; como vemos, se invoca la buena fe. Sobre el particular, los aliados le llevan gran ventaja a las Potencias Centrales, o mejor dicho al Canciller de Hierro: sus palabras no significan lo que él quisiera que nosotros creyéramos, o sea que Germania ha abandonado sus principales propósitos. Las seguridades respecto a que Alemania no piensa conservar a Bélgica, carecen de importancia práctica, porque la Entente está en condiciones de sacar de allí a los ejércitos del Kaiser, y no sólo de Bélgica sino también del Norte de Francia; en una palabra, en todo el territorio que los alemanes tienen ahora en su poder, no quedarán más que las osamentas. Por lo demás, la devastación ocasionada por las tropas de la Kultur perdurará como un símbolo inequívoco de lo

PROBABLE FACTOR EN LA FUTURA SITUACION RUSA



El General Korniloff (la figura del centro) y la Guardia de Corps. El realista general ruso aparece con los miembros de la llamada División Campesina.

que significa el espíritu germano, como una advertencia sublime y elocuente para las generaciones venideras, de lo que sería la dominación alemana sobre el mundo.

No podemos creer — dice un periódico norte-americano — que ese viejo bávaro a quien el Kaiser ha hecho su Canciller, sea lo suficientemente necio para suponer que, después de conocer tanto tiempo la superchería alemana, los aliados den crédito a su manifestación de que carece de pretensiones con respecto a Bélgica. Su discurso simplemente significa que, a falta de otra cosa mejor en que ocuparse, Alemania continúa su política descabellada y vaga de lanzar sus "ofensivas de paz," esperando inútilmente que la Entente caiga algún día en la trampa. Sabemos que Alemania estaría dispuesta a renunciar a sus ambiciones sobre Bélgica y también sobre Alsacia-Lorena, con tal que los aliados le permitan conservar sus conquistas en el Oriente. No han de suponer los políticos de Guillermo II que la Entente no ve el triunfo **Kolosal** que busca Alemania, y que equivaldría a que los aliados hubieran perdido la guerra y los teutones la hubieran ganado. ¿Habrá leído el Conde von Hertling el discurso pronunciado por el Presidente Wilson, el 4 de julio, en Mount Vernon? Si no lo ha hecho, habrá perdido sin duda uno de los trozos magistrales de la mejor producción literaria que se ha escrito durante la guerra: ignorará también esta firme declaración de política que opaca las vacilantes observaciones que hiciera el Canciller acerca del futuro de Bélgica:

"La destrucción de cualquier

poder arbitrario que pueda de una manera separada y secreta y por su propia elección, perturbar la paz del mundo; y si no puede ser destruido por de pronto, a lo menos su reducción a la impotencia."

El Tratado de Brest-Litovsk y el de Bucarest pusieron a una gran parte del mundo en absoluta sumisión al Gobierno Imperial, dejando en peligro al resto. En presencia de la política declarada por el Presidente Wilson, que es la política de todos los aliados, "esas infames convenciones no podrán conservarse." El universo no permite que se conserven. Con la ayuda de los bolshevistas mostrado su amistad hacia Alemania y su hostilidad hacia los aliados, se trata de que la sujeción de Rusia sea completa. Es un magnífico augurio que la Gran Bretaña, sin esperar el lento y laborioso procedimiento de llegar a una inteligencia con los demás miembros de la Entente sobre Siberia, haya enviado fuerzas a Vladivostok. La obra de redención ha comenzado en la tierra siberiana; ha sido noblemente empezada por los czechoeslóvacos y por los rusos patriotas que se han reunido bajo las antiguas banderas de los anti-bolshevistas. Tenemos noticia de que el teniente General Horvatch ha recibido tanto aliento de parte de las masas, que se ha proclamado ya Gobernador Provisional de Siberia. El defenderá la renovación de todos los tratados con las Potencias aliadas, siempre que pueda llevar a cabo sus intenciones de restablecer la fidelidad de Rusia a la causa de la Entente.

Aunque el pueblo siberiano se sienta completamente dispuesto a prestarle su apoyo, resulta muy natural "que al perder una de las más grandes oportunidades que ha ofrecido esta guerra, los aliados habrían cometido un crimen contra ellos mismos y contra los rusos, si en el acto no toman medidas para fomentar una revolución en Siberia a fin de destruir el régimen gérmano-bolshevista. Hemos oído mucho de que al enviar una fuerza armada a Siberia pondríamos a Rusia en manos de Alemania. Es evidente que la mayor parte del pueblo moscovita, no desea otra cosa que auxilio para escapar de las garras germánicas. Ya sea mediante una comisión acompañada de fuerza armada, o ya apoyando declaradamente, mediante tropas, la revolución de Siberia contra los bolshevistas y los soviets, los prisioneros austro-alemanes armados, y todos los demás recursos de que se ha valido el Gobierno Imperial para realizar sus propósitos en el Oriente, la adopción y ejecución de una política determinada no puede diferirse, sin correr riesgo, por más tiempo.

La seguridad de Rusia está en peligro; la salvación sólo puede lograrse con inmediata acción. Los alemanes y los bolshevistas están obrando de común acuerdo, y "hemos de reconocer la obra realizada en Moscovia por el Embajador Alemán von Mirbach, quien antes de morir tuvo tiempo de preparar el camino para terminar la conquista de Rusia, propósito de que se vió favorecido y fomentado por la inacción de los aliados." Alemania ya se está intranquilizando por los acontecimientos que ocurren en Siberia. Sabemos que tropas germanas comandadas por oficiales igualmente alemanes, con la ayuda de las quintas bolshevistas que llamarán en su auxilio, marcharán contra los czechoeslóvacos. El éxito será seguro si los aliados no tienden su mano de apoyo. Los czechoeslóvacos son numerosos, pero no es de suponerse que estén bien armados, y "los siberianos que recibirían con beneplácito nuestro auxilio, en su mayor parte carecen de armas. En su desesperación resistirán el avance alemán, pero quedarán vencidos y asesinados."

"Mientras tanto, por alguna razón que pasa desapercibida, los aliados — excepto la Gran Bretaña — no levantan ni un dedo para salvar a Rusia, para alejar de sí la espantosa calamidad de ver que se agota la resistencia rusa

contra los alemanes y los bolshevistas que ayudan a aquéllos y corren parejas en el juego. Ignoramos de dónde reciba sus instrucciones la administración de Washington, o de dónde le llegan los informes tocante a la situación de Rusia. Sólo tenemos noticia de que la Gran Bretaña y Francia están listas para entrar en acción, y que para ello, sólo están esperando nuestro consentimiento. En esta crisis peligrosa, Washington debía ser el leader. Gozamos de la amistad y confianza del pueblo ruso, y al tomar participación con medidas de socorro y protección, alejaríamos toda clase de sospechas. Desde hace varios meses, según comprendemos, el Japón ha estado dispuesto a prestar su ayuda, la cual, por razones de cercanía, sería importante. No es este el momento en que se les ha de permitir a las dificultades técnicas y a las cuestiones diplomáticas ce- cualquiera otra cosa humana, que si no se da eficaz apoyo a los rusos en Siberia, en el acto, los meses traerán para nosotros las consecuencias irreparables y desastrosas de nuestro disparate".

Entrevista concedida a los periodistas de Nueva York. — He aquí los últimos datos sobre la organización militar de las tropas americanas en Francia, suministrados por el General Peyton C. March, Jefe del Estado Mayor General del Ejército de los Estados Unidos. — Han desembarcado en Francia tantas divisiones que se han formado tres cuerpos de ejército que actualmente luchan en el frente occidental. El ejército americano forma hoy un todo homogéneo, con el total de un millón cien mil hombres. Los submarinos no han atrasado ni atrasan el envío de contingentes. — Tenientes generales comandarán los cuerpos de ejército.

Dice así Mr. March:

"Refiriéndome a nuestras tropas en Francia, diré que el Primer Cuerpo de Ejército Americano se compone de dos Divisiones Regulares y cuatro Divisiones de la Guardia Nacional....

"El Segundo Cuerpo incluye dos Divisiones de la Guardia Nacional, una División Regular y tres divisiones más del Ejército Nacional....

"El Tercer Cuerpo se compone de seis divisiones, dos de las cuales son del Ejército Regular, dos del Ejército Nacional y dos de la Guardia Nacional....

"El envío de nuestras tropas continúa sin ninguna interrupción, exactamente de la misma manera que en meses anteriores.

"Podéis decir que un cuerpo de ejército como el que he descrito, consta de 225.000 a 250,000 hombres. El ejército en actual servicio de campaña llega a 1.000,000 de soldados.

"La política del Departamento de Guerra, respecto a los comandantes de cuerpo, es esperar hasta que los Mayores Generales tengan la experiencia necesaria en el manejo de tan respetable número de hombres. Cuando hayan demostrado que pueden dirigir un ejército de semejantes proporciones, se harán los nombramientos de Tenientes Generales."

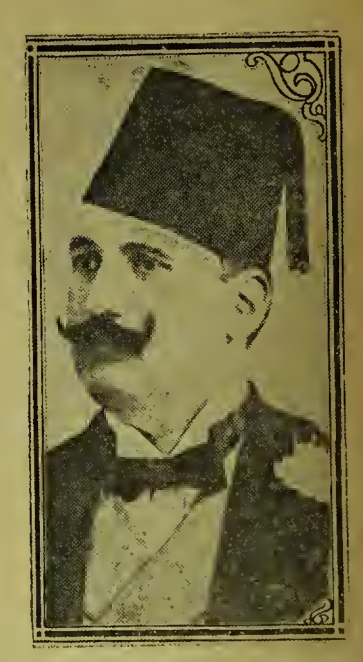
—

El General March concluyó la entrevista dedicando unas cuantas palabras a la situación militar en los demás frentes, y asegurando que la demora que sufrieron los alemanes en lanzar su nueva ofensiva, sirvió para que los americanos aumentaran el número de sus unidades.

El Mayor General Hunter Ligget ha sido nombrado Comandante del Primer Cuerpo; pero hasta la fecha no se han designado los comandantes de los otros dos.

Considerable número de divisiones americanas habían estado prestando sus servicios junto con los veteranos ingleses y franceses. La organización de los tres cuerpos ha hecho que todas esas divisiones se reunan por primera vez, formando un todo compuesto de tres partes homogéneas.

Del 30 de junio del corriente año al 13 de julio fueron transportados a Europa, cien mil soldados americanos, llegando el total de las fuerzas que comanda Pershing, a 1.100,000, según datos oficiales suministrados por el Comité sobre Asuntos Militares del Senado. La palabra de Wilson se ha cumplido, pues el 4 de julio el ejército americano contaba ya más de un millón de unidades. Júzguese de aquí el fracaso de la campaña submarina.



Principe Ahmad Fur, nuevo Sultán de Egipto y segundo hijo del difunto Rey.

Americano que describe la triste escena que se desarrolla en el caos de Rusia. Todo el mecanismo de la vida civilizada se ha paralizado, nos dice el articulista que ha estado diez y seis años en el país del terror. La situación moscovita vista desde un punto interesante.

Está en los Estados Unidos un americano que acaba de regresar de Rusia, que no sólo tiene conocimiento exacto de lo que ha sucedido últimamente en esa nación desintegrada, de sus condiciones económicas y políticas actuales, sino — lo que es más impor-

tante todavía en despertar la incertidumbre que abrigan los aliados acerca de la línea de conducta que han de tomar — que tiene en perspectiva lo que podría suceder: cosas todas que únicamente pueden adquirirse mediante un conocimiento largo e íntimo de la vida y carácter de un pueblo.

Frederick M. Corse, Intendente General en Petrograd de la New York Line Insurance Co., había residido en Rusia diez y seis años, cuando se sobrevino el caos bolshevista hasta tal grado que — para seguridad de los miembros femeninos de su familia — se vió obligado a huir a principios de primavera, haciendo una huida peligrosa por Finlandia. Durante esos diez y seis años se familiarizó con todo el territorio civilizado que, hasta hace poco, componía el gran Imperio Ruso. Todavía el año pasado viajó mucho por la Rusia Europea, y pasó del uno al otro extremo de Siberia.

En vez de una discusión que en su mayor parte se apoye en premisas vagas por su teoría, Mr. Corse presenta hechos verídicos y una opinión que se ha formado a la luz de una prolongada experiencia.

"Como americano imbuido en lo que es, o en lo que por lo menos solió ser, el concepto de los Estados Unidos acerca de la libertad y la justicia, y las formas de gobierno que se han considerado mejores para garantizar tanto la libertad como la justicia individuales, lo que más me sorprendió al regresar a este país fue la simpatía de ciertos círculos hacia el Gobierno Sovietista de Rusia.

"Parece que existe una idea unánime de que es preciso salvar a Rusia de la situación en que actualmente se encuentra; el desacuerdo surge al tratar del problema de cómo se ha de proceder. Al solo principiar cualquier discusión tocante a modos y medios, ha de tenerse presente que el apoyo dado a Rusia para que resulte real y efectivo, costará a los aliados millones de millones de dólares. Empero, no cabe duda de que si ese dinero se invierte eficazmente, resultará — aun en estos momentos de grave tensión financiera — una espléndida inversión para la causa de la Entente.

"En Norte-América me he encontrado con cierta disposición manifiesta de prestar socorro al Gobierno Sovietista en vez de prestárselo al pueblo ruso, a fin de que se junte de nuevo para luchar contra las Potencias Centrales que amenazan su Frente Oriental. Hay quienes insistan en mirar al Gobierno de los soviets sólo a la luz de la nueva libertad; como la voz autorizada de un pueblo que ha sacudido la autocracia medioeval, que ha salido de la servidumbre para entrar en una moderna democracia.

"Pero ha pasado ya el tiempo en que sentaba bien hacer discusiones académicas acerca del Gobierto Sovietista. Ya no es posible dilucidar tocante a su significado, tocante a los efectos de su política legislativa y económica. Ya el tiempo lo ha puesto a prueba durante un lapso suficientemente largo; no obstante sólo los que, como nosotros, hemos vivido bajo ese régimen, podemos apreciar bien lo terrible que ha sido el veredicto del Tiempo.

"Jamás fue Rusia una nación en el verdadero sentido de la palabra, sino únicamente una gran conglomeración de naciones. La fuerza que las mantuvo unidas con una mano de hierro, fue el Gobierno del Zar. Para las masas ese gobierno no era otra cosa que la autocracia y la explotación. Y Rusia está pagando ahora, a crecido precio, las faltas cometidas por el antiguo régimen.

"Con una revolución fácil y maravillosamente súbita, un país inculto e ignorante, acostumbrado a restricciones innúmeras, de repente se vió libre para ir y venir como mejor se le antojase. Las compuertas de la palabra se levantaron. Los mitins se efectuaban día y noche en los salones y en las calles. Las resoluciones aparecían en las columnas de los periódicos. El milenio socialista iba a realizarse de una vez. El Zar y el absolutismo que él apoyaba, derrocados, sólo les queda-
yaba, derrocados, solo les quedaba por extirpar la tiranía del capital.

"Pero en todo lo que se decía, nada se hablaba de la patria ni de su honor. Entre los centenares de banderas que flotaban al viento en las procesiones cívicas, en una — allá cada cuando — se leía: **"Viva Rusia."** Las inscripciones decían siempre: **"Muera esto," "muera aquello," viva esto," "viva aquello,"** jamás **"viva Rusia."** A la bandera y al himno nacionales los hicieron a un lado. El Patriotismo se extinguió. Fácilmente pudo preverse el Tratado de Brest-Litovsk.

"Dadle a este país una multitud de oradores baratos, fogosos, alocados y verbosos (de la clase de

LOS CANALES DE VENECIA LLENOS DE BARCOS QUE CONDUCEN A LOS HABITANTES QUE HUYEN.



Informan que una parte considerable de la población de Venecia abandona la ciudad. El gran Canal está lleno hasta su plenitud de góndolas y otros barcos.

los que conocemos con el nombre de **Obreros Industriales del Mundo)** que prediquen, a los que **nada tienen,** la halagüeña doctrina de que está en su derecho tomar de los que **tienen;** y en seguida inundad el territorio de una inmensa horda de soldados desmoralizados, de hombres que han aprendido la lección de la fuerza que sabe el militar, pero que por su voluntaria desmovilización, en presencia del enemigo, han olvidado el significado espiritual de la lección del soldado; dadle todas estas cosas a un país que súbita e inesperadamente ha sacudido el yugo que la autocracia ha mantenido muchos años, y tendréis los factores que han hecho de la Rusia actual el horror de hoy.

"Casi desde la caída de Kerensky, y aun antes de ella, el gobierno ha sido dirigido por el Consejo de Diputados de Obreros y Soldados; obreros que nunca trabajaron, y soldados que no pelearon jamás. Como ocurre en tiempos como estos, el demagogo va a la cabeza. El Consejo que ahora se llama Soviet, francamente apela a los más primitivos instintos del hombre, al instinto del egoísmo, y por tanto es capaz de animar a las que fueron humilladas clases de obreros y aldeano - soldados. Contando con el apoyo de los militares, el Soviet lleva a sí todo el poder visible que hay en Rusia.

"Nadie que no haya estado en Rusia puede figurarse, aunque sea imaginariamente, los resultados prácticos de esta doctrina de que los que **tengan no tengan,** y de los que **no tengan tengan.** De cuando en vez la transferencia se hacía tras la máscara de una disposición legislativa, como cuando el Soviet expidió un "decreto," declarando que toda la propiedad inmobiliaria de la ciudad quedaba bajo el control del gobierno, y que todas las rentas se pagarían a sus "Comisionados"; o como cuando el Soviet privó de sus pensiones a los obreros de los antiguos sistemas (propiedad del Estado), de ferrocarriles, telégrafos y correos.

"Sin embargo, por lo general la transferencia se hace de manera más rápida y sencilla. Se lleva a cabo por medio del procedimiento que en otro país o en todo el mundo se llamaría pillaje. El más fuerte le quita al más débil. El procedimiento comenzó por los de arriba, a los ricos les quitaron primero sus propiedades, y luego como el número de los que **nada tenían** aumentó a causa de la paralización comercial y de la inercia voluntaria o involuntaria, el procedimiento fue bajando y aplicándose a los miembros de los diferentes círculos económicos; los grandes almacenes y los pequeños fueron saqueados, hasta el punto que ahora anuncian de Moscovia que los aldeanos pobres (es decir los que **no tienen que comer)** han sido ontorizados para organizar y confiscar las provisiones de los aldeanos ricos (es decir los que **tienen que comer.** Cuando salí de Rusia, los campesinos se disputaban la división en parcelas de los terrenos confiscados a los ricos.

Los aldeanos jóvenes andaban a la greña con los viejos, porque mente todo ello significa un desorden de la peor clase, acompañado de asesinatos y violencias que ocurren a menudo.

"Cuando se acepta la doctrina de que los que **nada tienen** gozan del derecho de tomar las cosas de los que **tienen**, los que en tiempos normales hayan sido industriosos, tendrán miedo de sembrar por la simple razón de que ignoran quién cosechará. Digo esto en el sentido más amplio. Se aplica no sólo al agricultor, sino también a todos y a cada uno de los que producen algo, o cuya disposición es de ahorrar alguna cosa.

"En Rusia todo el mecanismo de la vida civilizada se ha paralizado. El comercio se estancó. Los bancos se cerraron y los banqueros se escondieron. El crédito desapareció. Las fábricas están en manos de los comités de obreros; muchas han sido cerradas, y las otras lo están siendo también por falta de crédito, por escasez de materia prima y por el costo exorbitante de la producción. El Banco del Estado sólo da dinero para el pago de trabajo. Los ferrocarriles están a cargo de un comité de empleados, y se hallan en un estado de decaimiento; nos dicen que el 60% de las locomotoras y carros se hallan fuera de servicio. Todos los trenes que corren van llenos de soldados que regresan a sus casas a participar de la distribución de tierras, o a pasear a los grandes centros. Echan a los pasajeros y prácticamente toman el mando de los trenes.

"Centenares de millar de hombres armados se encuentran en Petrograd y en Moscovia, robando, pillando, aterrorizando. La crisis en materia de alimentos es espantosa. Las provisiones son escasas aun en los distritos agrícolas. Sólo remesas intermitentes llegan a las ciudades, y los soldados y los obreros son los que reciben la primera parte.

"Los obreros han formado la **"Guardía Roja"**. Patrullan las calles con el pretexto de tratar de mantener el orden, pero sus principales actividades se dirigen a espiar a las clases acomodadas, en busca de alimento, a frustrar los complots de contra - revoluciones, a encarcelar a prominentes ciudadanos o a miembros de la burguesía por la más ligera sospecha.

"Han sido abolidas las cortes. En su lugar se establecieron los **"Tribunales del Pueblo"**. Las funciones de esos tribunales se han limitado a conocer de los casos de personas acusadas de fraguar complots contra el orden existente de gobierno. A nadie se le ha hecho justicia por ofensas contra la vida o la propiedad. El grande y único crimen en la Rusia revolucionaria es ser contrarevolucionarista.

"Para las clases intelectuales, acomodadas y comerciantes no hay libertad de reunión, ni de palabra ni de la prensa. No se tolera la crítica ni la oposición. Sólo existe el bolshevismo, el bolshevismo y nada más que el **bolshevismo**.

"El reconocimiento que hicieran los Estados Unidos del Soviet —bajo el actual régimen—equivaldría a tratar con un gobierno organizado para la destrucción, para la eliminación del derecho a la vida, a la libertad de ir y venir, derechos que constituyen la posesión fundamental de un pueblo libre. Equivaldría a que nosotros entráramos en arreglos con una clase de hombres que por su negociación del Tratado de Brest-Litovsk y por el hecho de repudiar su deuda pública han demostrado que no comprenden sus obligaciones internacionales o su integridad nacional. Entre ellos y nosotros no puede haber un punto de contacto.

"Exigen algunos que reconozcamos, o por lo menos tratemos con el Soviet, por ser la única forma de autoridad gubernativa que aparece hoy en Rusia. Sin embargo, debemos recordar que ese monopolio de autoridad sólo se ejerce en la Rusia Europea, que hasta la fecha no ha podido extenderse a Siberia, y que en la mencionada Rusia, únicamente se sostiene recurriendo al arma del terrorismo. No sabemos cuál va ser la voz de la Rusia libre; Rusia está amordazada; y lo que oímos es la voz de los que la amordazan. Intentar prestarle ayuda a Rusia por medio del Soviet sería lo mismo que intentar darle auxilio a alguien que le hubieran robado su casa, socoriendo al bandido que le ha atado de pies y manos, y le ha cerrado la boca.

"El Soviet del que he estado hablando es, por supuesto, el Soviet Enteramente Ruso, que se reune en Moscovia. Se crée que es una asamblea nacional compuesta de representantes enviados por los Soviets locales. Muchos de éstos no son tan radicales como el Enteramente Ruso. Se hallan en contacto inmediato con sus representados, los agricultores y mecánicos, y hasta cierto punto con los aldeanos. Muchos de ellos están deseosos de renunciar al milenio prometido para

acc· la primera oportunidad de tral ·, y c· que v· ·van las condiciones normales de la vida industrial.

"Pero cuando se envía un representante del Soviet local al Enteramente Ruso, pasa a una asamblea que defiende el radicalismo más extremo, asamblea que está dominada por hombres de la misma calidad mental y moral que Lenine y Trotsky. Aunque la sicología del pueblo no tuviera su efecto sobre estos labriegos y aldeanos súbitamente llevados a ejercer su cargo, los terroristas que recorren Rusia tienen tan poca tolerancia para la oposición que surge dentro del Soviet como para la que dimana de fuera.

"Este espíritu de intolerancia hacia toda idea contraria, ha culminado según los recientes despachos, al expulsar del Soviet a aquellos miembros que representaban a los socialistas - revolucionaristas, la Derecha, el Centro y los menshevistas. En todos los soviets locales se ha dicho que se expulsen a los representantes de los mismos partidos; en otros términos, los bolshevistas tratan de apoyar su autoridad haciendo que los cuerpos que se suponen representativos no sean otra cosa que bolshevistas. A mi modo de ver, esto parece ser un acto de desesperación que presagia el fin.

"Pero, a pesar de la dominación bolshevista sobre el Soviet, el tratado de Brest-Litovsk fue ratificado por una mayoría de solo seis, con un total de votos de cerca de doscientos El voto de desconocimiento de la deuda pública no había sido publicado todavía cuando yo salí de Rusia, y no he sabido desde entonces que lo haya sido.

"Sobre el particular, no ha de olvidarse que en épocas recientes el Embajador Ruso en Washington presentó al Departamento de Estado, secretamente enviada de Rusia vía París, una resolución que fue adoptada unanimemente por el Comité Central del Partido Constitucional, en que se pedía con urgencia la intervención aliada en aquel país mal gobernado.

LOS CAÑONES DE CAMPAÑA BRITANICOS AVANZAN



La fotografía muestra la compañía de un cañón británico de campaña ayudando a consolidar una nueva posición tomada en el avance sobre Cambrai, que por cierto fue rápido y puso en gran movimiento a la artillería.

Los bolshevistas, según se declara, no son los representantes de la democracia rusa, pues su régimen es "un despotismo que por lo pronto sólo confía en la fuerza física, y diariamente se vuelve para las masas populares más adioso." También hay revueltas, la última hizo los suficientes progresos para que de ella tuviera noticia el mundo exterior: los cosacos se levantaron en la región del Don.

"Menciono estas cosas no únicamente con el objeto de indicar que el Soviet no es la voz de la libre Rusia. No cabe duda que, por el momento, los bolshevistas han agarrado a la Rusia Europea por el cuello. Rusia sabrá deshacerse de ellos, pero no creo que haya llegado el instante de que eso suceda. Su asimiento no desaparecerá hasta que Rusia llegue al fondo. El hambre y la desesperación vendrán antes de que las masas del pueblo se den cuenta de que han seguido a falsos leaders, y que la tierra prometida de los bolshevistas es simplemente un espejismo.

"Cuando llegue ese día, los Soviets locales dejarán de ser los órganos por los cuales Rusia exprese sus aspiraciones democráticas. La unión de los zemstvos y de las sociedades cooperativas, que representan a la Rusia conservadora, tal vez desempeñen aún su papel en la regeneración del país, que es lo que hace tiempo se espera de ellos. En la actualidad, los jefes de esos dos grupos se hallan o en la cárcel, u ocultos o vigilados por sospechosos. Intentar cualquier actividad política, aun vocear una oposición, sería

igual a llevar sobre ellos la mano del terror.

"Algo que no puede traerse a la patria y presentarse con claridad suficiente al pueblo que vive aquí en América gozando de tranquilidad y seguridad, es que cada día que se agrega al reinado del terror en Rusia, con el futuro aún no iluminado por un rayo de esperanza salvadora, significa precisamente la más elocuente propaganda en favor de Alemania. Las clases intelectual y acomodada de Rusia vacilan ahora entre la esperanza de ver una nueva Rusia y la necesidad de dirigirse a Alemania para pedirle protección de vidas y haciendas. Se hallan como un hombre que ha caído en manos de la muchedumbre: prefiere que lo encarcele el jerife a que lo dejen a merced de la muchedumbre.

"Mientras tanto ¿qué se hará para ayudar a Rusia, para salvarla de la mano del Kaiser, que se alarga?

"Creo no hay más que un plan que produzca resultados: una intervención desinteresada que de manera manifiesta no tenga más que el objeto único de realizar la rehabilitación económica del país, y la conservación de su integridad nacional. Esa intervención la han de efectuar los aliados, cumpliéndola una comisión civil apoyada por fuerza militar. (1)

"Hasta la fecha sólo hay dos puntos por donde se puede llegar a Rusia: el uno es Puerto Arcángel y el otro Vladivostok. Entrar en Rusia por Puerto Arcángel significa que los aliados se pondrán inmediatamente en contacto con los bolshevistas. Habría oposición y conflicto. La intervención de la Entente se vería obligada a convertirse en agresión armada, antes de que tuviera oportunidad de mostrar su carácter amistoso y desinteresado. Sus propósitos quedarían frustrados casi en el acto mismo de desembarcar.

"Efectuando el desembarque por Vladivostok se encontraría un campo mucho más favorable para llevar a cabo la obra. Los bolshevistas no son tan numerosos y poderosos en el gobierno dentro de los amplios limites de Siberia, como lo son en la Rusia Europea. La población siberiana es de una clase superior a la de Rusia. En gran parte aquélla se compone de desterados o de descendientes de desterrados de Rusia, hombres que fueron los suficientemente firmes de carácter para rebelarse contra el antiguo régimen del zarismo. Además, hay muchos emigrantes, en su mayoría de Rusia, pero también los hay de varios países europeos. En las cercanías de Tomsk, por ejemplo, existe una colonia grande y próspera de daneses que se dedican a la industria lechera.

"Todavía en febrero del corriente año, una delegación de ciudadanos de Tomsk visitaron a nuestro Embajador en Petrograd para cerciorarse de si se les podría procurar ayuda económica. Le aseguraron que tan pronto como la soldadesca rusa saliera de Siberia, el elemento conservador controlaría la situación y podría dar garantías de seguridad comercial.

"Otro factor favorable que no ha de perderse de vista, es el de que en un gran grupo de hombres que les fueron hechos prisioneros a las Potencias Centrales, hay un considerable número de czechoeslóvacos, hermanos de sangre de los que ahora amenaza al Austria-Hungría con una guerra intestina. Estos prisioneros czechoeslóvacos no tienen simpatías por las Potencias Centrales ni tampoco las tienen por el Gobierno de Soviets: ya han ocurrido choques a mano armada. Están distribuidos a lo largo de la línea del Ferrocarril de Siberia, y según las últimas noticias estaban en posesión de todas las poblaciones de la vía férrea de Tcheliabinsk (en la Región Ural) hasta Tomsk (cubriendo una distancia de más de 1,250 millas). En la Rusia Europea llegaron a ser una amenaza, pues se apoderaron del puente tendido sobre el Río Volga, cerca de Syzram, y bloquearon el tráfico en la gran vía fluvial. Otra arenilla en el zapato de los bolshevistas siberianos es Semenoff y sus cosacos, que están luchando en las altas regiones de Transbaikalia.

"La comisión civil debía ir encabezada por un americano, pues a pesar de la propaganda alemana y bolshevista, los siberianos guardan gran respeto y amistad hacia América. Ha de ser un hombre de tacto, de imponente personalidad, de preferencia que sea favorablemente conocido en Siberia. El resto de la comisión se compondría de especialistas competentes en todas las ramas de la industria. Algunos de estos individuos han de tener un conocimiento de primera clase de las condiciones con las cuales tendrán que ponerse en contacto. La comisión ha de llevar consigo efectos de los cuales el pueblo necesita con urgencia, instrumentos



General Allenby, jefe de las tropas inglesas que han atravesado rápidamente la Palestina.

(1) La Gran Bretaña ha tomado la iniciativa, enviando fuerzas considerables a Vladivostok. Francia también está dispuesta a cooperar.—N. del T.

de labranza, calzado, botas, cueros, hierro, zarazas, etc.

"La fuerza militar se ha de componer de tropas de todos los aliados. Sería muy bueno que fueran incluidos algunos rusos, siempre que hubiera seguridad de que ni ellos ni sus oficiales intentarían tomar participación o influenciar la política de Siberia o de Rusia. Es de imperiosa necesidad que la intervención aliada se mantenga alejada de la política local. No habría inconveniente, bajo la garantía americana, en usar tropas chinas y japonesas.

"Si la comisión civil llega a una de las provincias, demuestra lo que puede hacer y alivia las necesidades locales, la noticia se extenderá inmediatamente por todas las provincias vecinas, y no hay duda que habrá un aumento siempre constante de territorio amigo.

"Es casi cierto que se encontraría la oposición armada de los alemanes y los bolshevistas. Tendría que llamarse el auxilio de las fuerzas para sofocar esa oposición. Salvo que vayan acompañadas de tropas, la comisión civil sería rechazada, y en envío de ellas no pasaría de ser un gasto de tiempo y de dinero.

"He tratado de exponer claro que la autoridad de los bolshevistas descansa únicamente en las bayonetas de una muchedumbre de soldados desmoralizados. La chusma jamás ha sido, y nunca será, capaz de resistir el empuje de fuerzas organizadas de la autoridad. Carece de cohesión. Es un matón que solo necesita una lección bien dada, o dos, para que comprenda que a pesar de su tamaño, es débil y sin nervios. No vacilo en predecir que los bolshevistas no cambiarán la tradición de la chusma. Unos cuantos encuentros con las fueras aliadas bastarían para mostrarles lo que han menester.

"Puede suceder que ni estos pocos encuentros sean necesarios. Dejad que la Comisión Civil dé pruebas de que los aliados llevan auxilio desinteresado; dejad que comprendan que hay una gran fuerza armada que viene a salvar a los que deseen que de ese caos surja de nuevo el orden, y no es de dudarse que los que defiendan la ley se levanten y se cercioren de la realidad, y entonces la chusma bolshevista se dividirá en los átomos infinitamente pequeños que la componen.

"Empero, al formar un plan para el socorro de Rusia, no olvidéis que el matón bolshevista está todavía en posesión de ella; que enviar auxilio no acompañado de una gran fuerza armada sólo serviría para hacer que el rufián se resistiese y entrara en nuevas actividades."

George MacADAM.

LA CIUDAD DE

GUATEMALA

DESCRIPCION GRAFICA Y RESEÑA HISTORICA DESDE SU FUNDACION HASTA LOS TERREMOTOS DE

1917 -- 18



PUBLICADA EN LA REVISTA

"LA ACTUALIDAD"



EDITADA POR
MARROQUIN HERMANOS
GUATEMALA, A. C.



LA CIUDAD DE GUATEMALA

SU FUNDACION Y DIVERSAS TRASLACIONES

1524 -- 1917

Pocas ciudades en el mundo han corrido los azares que la suerte reservó a la capital del antiguo Reino de Guatemala. Infausto destino ha presidido a las diversas fundaciones que de ella hicieron los españoles y de esta manera, la metrópoli centroamericana, que pudo haber crecido a la par de México y de Lima, nunca pudo alcanzar el desarrollo y prosperidad de sus émulas del Nuevo Mundo y ha perecido una y otra vez, arrastrando consigo, entre las ruinas de sus palacios y monumentos, el fruto paciente del trabajo de su moradores y atrasando el progreso del país entero.

Pronto hará cuatrocientos años que Pedro de Alvarado, acogido a la hospitalidad de sus amigos los indios cachiqueles, pensó en dotar a la incipiente colonia española de un asiento formal y seguro. Al efecto escogió la capital indiana de Iximché, creyéndola el lugar más acomodado a sus propósitos de fijar su cuartel general y el gobierno civil de la colonia en sitio colocado a poca distancia de las comarcas sometidas por su brazo a la obediencia del Rey de España.

Nominalmente, la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala quedó fundada el 25 de julio de 1524 en Iximché, capital de los cachiqueles, que los indios mexicanos que hacían con los españoles la campaña como ejército auxiliar, denominaron con palabras de su lengua Tecpan-Quautemallán, de donde se deriva el nombre de la ciudad y de toda la nación. La sublevación general de los indios y las vicisitudes consiguientes de la vida de los invasores, hicieron imposible el establecimiento formal de la ciudad, que se mudó continuamente hasta que Jorge de Alvarado, hermano de don Pedro y Teniente de Gobernador y Capitán General, asentó y pobló la ciudad de Santiago, el 22 de noviembre de 1527, día de Santa Cecilia, en las faldas del volcán de Agua, en el lugar conocido con el nombre de Almolonga, donde desde el mes de octubre anterior estaban establecidos provisionalmente los castellanos y sus auxiliares mexicanos. Sitio de templado temperamento, abundantemente abastecido de recursos para la vida, fértil y delicioso paraje regado por innumerables fuentes y adornado de las galas de una naturaleza en perpetua primavera, el valle escogido por Jorge de Alvarado parecía naturalmente destinado a servir de asiento a una ciudad encantadora.

Catorce años más tarde,—cuando la ciudad comenzaba a adquirir proporciones de metrópoli y se concluían los primeros palacios, una catedral que todavía existe, y numerosas viviendas cómodas y elegantes,—una tormenta tropical que duró tres días y tres noches, y reunió en las barrancas y espesuras del volcán gran copia de agua y de lodo, destruyó la capital en pocas horas, el 10 de septiembre de 1541, poco después de anochecido, causando total ruina y pérdidas considerables de vidas, entre las cuales se contaron la Gobernadora doña Beatriz de la Cueva, viuda inconsolable de don Pedro de Alvarado, y las damas nobles de su compañía. Allí, en la poética falda del majestuoso volcán de Agua, en torno a la ceiba añosa que sombrea la desierta plaza de la que desde entonces se llama Ciudad Vieja, se contemplan todavía los vestigios venerables de la primera urbe formal que se construyó en el Reino y se distinguen, entre el polvo y la maleza, los restos del palacio de la primera y única Gobernadora que tuvo Guatemala.

A poca distancia de la ciudad y en sitio más extenso y seguro, se dilataba el ameno valle que los indios llamaban "Pancán" o "Panchoy".



La Ciudad de Guatemala, vista general, antes de los terremotos de Diciembre de 1917 y Enero de 1918.

Ahí se trasladó la ciudad por consejos del Ingeniero Juan Bautista Antoneli, plantándose y alineándose con júbilo del pueblo, el 21 y 22 de noviembre de 1542, aniversario de la fundación de la Ciudad Vieja.

Próspera y opulenta creció en el valle de Panchoy la ciudad de Guatemala. Describiéndola en 1689 el cronista don Francisco de Fuentes y Guzmán, pinta con entusiasmo el espectáculo magnífico de sus 24 templos, el Palacio de la Real Audiencia, las Casas Consistoriales, el Palacio Arzobispal, la Real y Pontificia Universidad, el Colegio Seminario, los 6 Hospitales, los paseos y alamedas, las fuentes, los jardines en que florecían las especies más variadas de Europa y de Castilla, las huertas abundantes en riquísimas frutas, los molinos, los obrajes y talleres; la aristocrática calle del Arco por donde discurría y atronaba atareada muchedumbre y entraban los mercaderes de las provincias; la no menos concurrida y popular de Jocotenango, entrada de México y de los cuatro corregimientos de la sierra; la amena salida de San Lázaro, donde apacentaba el ganado de las ferias y pasaba el camino de Ciudad Vieja, atestado de caballos, armas y vistosos arcos de plumas el día de Santa Cecilia; y la soberbia alameda del Calvario, el paseo favorito de la nobleza y teatro de las aventuras galantes de la Corte.

Los terremotos de San Miguel causaron destrozos el año 1717 en la suntuosa villa. Pero cincuenta años más tarde estaba aun más próspera y poblada, cuando sobrevino la ruina de 1773, que derribó la mayor parte de los templos y edificios y arrasó barrios enteros como los de Candelaria, Santo Domingo, Chipilapa y San Sebastián. Testigos de la catástrofe, como el historiador Juarros, acreditan, sin embargo, que la destrucción no fue tan grande como ingenieros y escribanos la pintaron: aparte de los barrios apuntados, el centro y sur de la ciudad no sufrieron daños tan graves que no fueran reparables en poco tiempo. Pero la



La Ciudad de Guatemala, vista general, después de los terremotos de Diciembre de 1917 y Enero de 1918.

frecuencia de los terremotos y el temor de nuevas calamidades movieron al Gobierno a llevar adelante la traslación de la ciudad como ya se había proyectado en 1717 y hasta se había consultado al Virrey de México, quien tomando en cuenta las circunstancias, había aprobado desde entonces el designio de las autoridades de Guatemala.

El 4 y 5 de agosto de 1773, reunidos el Gobierno y el vecindario en junta pública para acordar lo que conviniera, se decretó la traslación, si el Rey venía en aprobarla. Y obtenida su autorización, se escogió para fundar la nueva ciudad, el valle de Las Vacas. El Rey aprobó la elección por cédula de 21 de julio de 1775 y el 1º de enero de 1776 el Ayuntamiento se estableció oficialmente en este lugar.

El valle de Las Vacas había comenzado a poblarse de españoles a raíz de la Conquista. Héctor de la Barreda y sus descendientes fijaron su residencia en el lugar y fundaron las primeras haciendas con ganado que trajeron de la isla de Cuba. El valle tomó su nombre de esta industria, nueva en el país. Posteriormente, otros pobladores formaron en el lugar numerosas haciendas donde apacentaban productivos rebaños y cultivaban trigo candeal que, a juicio del Padre Tomás Gage, superaba al de México.

A principios del siglo XVI un peregrino genovés trajo de España una imagen de la virgen del Carmen. Alojado en una cueva cerca del pueblo de Las Vacas, hacía vida de ermitaño adorando a la Virgen que en breve fue objeto de la devoción de todos los vecinos, con cuyo concurso se construyó poco después la Ermita del Cerro del Carmen y empezó a formarse, en lo que hoy es barrio de la Parroquia, el pueblo de la Ascensión, con indios de la sierra de Canales. El Valle comenzó a llamarse de la Ermita y el Obispo don Juan Gómez de la Parada lo dotó de agua potable en 1736, trayendo el precioso líquido desde 4 leguas de distancia. La iglesia del pueblo de la Ascensión quedó terminada el año 1725.

La intención del Gobierno de la Colonia era que la antigua Guatemala quedara desierta y todos los habitantes se trasladaran a La Ermita, donde se les adjudicaría terreno para sus viviendas. Empleando el rigor y la fuerza, las autoridades obligaron a los habitantes a abandonar la ciudad arruinada; pero a pesar de las órdenes terminantes de no ocuparla de nuevo, los que quisieron aceptar vecindad en la Ermita, fueron volviendo poco a poco y lograron al fin establecerse otra vez en sus hogares, salvando de esta manera de la completa ruina y desolación a la histórica ciudad que había visto el sol de tantos días de gloria y había de gozar aún de épocas de prosperidad y de nuevos e inmarcesibles prestigios.

La Nueva Guatemala fue trazada en lo general sobre un plan semejante al que tenía en el valle de Panchoy. Fueron señalados amplios

solares para las iglesias y Conventos y para los edificios reales y se procuró compensar con terreno suficiente, a los vecinos que poseían sus propiedades en la antigua ciudad. Junto con los habitantes de la capital, se trasladaron también los descendientes de mexicanos que poblaban la Ciudad Vieja y los utatlecos de Jocotenango, señalándoles al efecto los lugares donde hasta hace poco tiempo existían independientes los pueblecitos de Jocotenango y Ciudad Vieja, al N. y S. de esta ciudad.

El 25 de julio de 1782 se puso la primera piedra de la Catedral y el templo fue estrenado el 16 de marzo de 1815. En 1809 la Plaza de Armas estaba ya circunvalada de pórticos; el palacio Arzobispal y el Colegio de Infantes se levantaban a ambos lados de la Catedral; hacia el poniente, frente a aquellos edificios, se erigió el Palacio Real, Sala de Audiencia, Contaduría General, Casa de Moneda y otras oficinas públicas; al norte las Casas del Ayuntamiento, cárceles, carnicerías, Alóndiga, etc.; y al sur, la Aduana y el Marquesado de Aycinena. En medio de la plaza se levantaba una fuente monumental, toda de piedra, trabajada con arte, y abundantemente surtida de agua. Los demás templos, el Colegio de Jesuitas y los conventos, fueron construyéndose al mismo tiempo y se concluyeron poco después.

El padrón de 1795 asignaba a la Nueva Guatemala 24,434 habitantes. Pasaban de 30,000 los que había el día de la proclamación de la Independencia, el 15 de septiembre de 1821.



La 9a. Calle Oriente, tomada desde la 6a. Avenida Sur, antes de los terremotos; esta calle fue una de las que menos sufrió.

A mediados del siglo XIX la ciudad de Guatemala ocupaba una vasta extensión del valle de la Ermita y ostentaba soberbios monumentos y cómodas viviendas particulares, si bien los acontecimientos políticos y el empobrecimiento general de sus habitantes había perjudicado su desarrollo, impidiendo aquellas obras costosas que sólo una comunidad próspera puede emprender y realizar. El aspecto de Gua-

temala era triste y sombrío. Stephens y García Granados han trazado en sus narraciones de la época un cuadro desconsolador de la vida provinciana de la que un tiempo fuera soberbia capital de todo un Reino. Las noches lúgubres de 1840, la obscuridad y el riesgo de la vida aparecen pintados en esas obras con colores de realidad que todavía despiertan pavor en el ánimo de los lectores modernos.

El viajero francés Morelet que visitó Guatemala en 1847 se expresa de la siguiente manera: "El aspecto de Guatemala es triste: la uniformidad de las construcciones, la ausencia de carruajes, el silencio y abandono de las calles, penetran al extranjero con un sentimiento de tedio mortal desde que ya no siente el estímulo de la curiosidad.... Pero si el ruido de los vehículos y el movimiento del tráfico no interrumpen la quietud de los habitantes, en cambio ensordece su oído el sonido melancólico de las campanas, que se propaga de convento en convento y de iglesia en iglesia durante el día entero. La ciudad se despierta tarde y se acuesta temprano; a las 8 de la mañana las tiendas todavía están desiertas, tan sólo a las 10 comienza a animarse el mercado: desde que caen las sombras todas las ventas desaparecen, todas las puertas se cierran herméticamente; después de las ocho de la noche no se encuentra por las calles más que a los serenos que acuden a su puesto".

La ciudad tuvo servicio de "serenos" y de alumbrado público desde 1841.

Con el transcurso de los años, el aspecto meláncólico de la ciudad fue transformándose y el cambio de régimen de 1871, dando al país nuevo impulso de progreso, influyó favorablemente en el desarrollo y prosperidad de la metrópoli. Suprimidas las asociaciones monásticas, el pueblo comenzó a cuidarse más de las cosas materiales de este mundo que de las divinas que habían absorbido hasta entonces todas las energías; la enseñanza popular y el espíritu del siglo infiltraron nuevas y más amplias ideas y naturalmente, la fisonomía de Guatemala se volvió más risueña y alegre. Los progresos materiales, el ferrocarril, el telégrafo, el alumbrado eléctrico, el desarrollo de ciertas industrias, la prosperidad que primero la grana y después el café proporcionaron a la nación, y la atracción creciente que la capital ejercía sobre las ciudades de los departamentos y sobre aquellos de sus moradores que, disfrutando de algún desahogo económico, hallaban en la metrópoli mayores medios de comodidad y de lujo: todo influyó para dar a la ciudad aspecto



Vista tomada en la 1a. Calle Oriente después de los terremotos.

nuevo y moderno y para que, desde las postrimerías del pasado siglo, fuera ya una urbe populosa y provista de cuanto la vida contemporánea reclama en comodidad y en adorno.

Así se hallaba Guatemala en diciembre de 1917, cuando por tercera vez en su historia los terremotos destruyeron en días y noches de angustia y horror la obra de ciento cincuenta años de continuo y patriótico trabajo. Quede para otras plumas la descripción de la catástrofe que apenas empezamos a comprender en su inmensa significación. Nuestros ojos, que siguiendo una propensión natural del alma que los anima, miran con más gusto las cosas que fueron, se siguen recreando en el paisaje encantador de Guatemala, siguen—como anotaba otro viajero, el alemán Stoll—viendo en el valle, rodeado de cordilleras y volcanes, esmaltado de flores, poblado de vasto caserío y adornado de cúpulas y torres, una reproducción viva y feliz de la acuarela de Jerusalén de Eduardo Hildebrandt. Para nosotros, Guatemala sigue viviendo como en sus mejores días, llena de luz y de juvenil alegría, no ya en la realidad, que los ojos no pueden ver sin lágrimas, sino en el recuerdo interior, que es también el recuerdo de los años más felices de nuestra vida.

Adrián RECINOS.



La 8a. Av. Sur, antes de la catástrofe, en primer término a la izquierda, se ven los edificios que antes de los terremotos ocupaban el Club Americano y el Banco de Guatemala, los cuales fueron trasladados a otro lugar.

EL FANTASMA DEL MAR DEL NORTE

MAS PROFECIAS SINIESTRAS POR DIEGO LOPEZ MOYA

El "E-11".—Orgullo de la flotilla de submarinos.—A tal buque, tal capitán.—Quién era Mr. Friehaven.—Rasgos de alto valor y de hermosa bondad.—¡A la guerra!

Era aquel sumergible, el "E-11," el orgullo de la poderosa y brillante flota de submarinos británicos.

Recién salido de los famosos astilleros Chathan, precisamente botado en los días primeros de la gran guerra, contaba con los últimos adelantos conseguidos en Inglaterra.

Así, llevaba seis tubos lanzatorpederos, cuyos proyectiles poseían una nueva carga explosiva de terribles efectos destructores.

También iba armado con artillería de tiro rápido, dotada de un maravilloso montaje "eclipse," todo lo que hacía que justamente se le llamase sumergible destructor.

En punto a comodidades era imposible que un submarino pudiese reunir más, pues disponía de un espacioso alojamiento para la tripulación, un gran puente sobre cubierta, habiéndose aumentado la cantidad de aire comprimido a bordo.

Era admirable las condiciones en que estaba para el salvamento, con soberbios aparatos individuales y colectivos, entre los últimos un nuevo modelo de cajones desprendibles.

Bien podía envanecerse Inglaterra de este submarino de 800 toneladas, que llegaba a desarrollar una velocidad de 16 millas en superficie y 12 sumergido.

Una joya así no podía ponerse en manos de cualquiera, entregándole el Almirantazgo a la pericia y al valor del joven capitán Friehaven.

Al estallar la guerra figuraba este marino como ayudante de otro no menos ilustre, del famoso inventor del barco de salvamento de submarinos "Maidstone," sir Philip Walts, que con tanto acierto ocupaba el alto puesto de director general de construcciones navales del Almirantazgo.

Para juzgar de la valentía y del talento del joven y ya célebre capitán, baste decir que bajo su dirección realizó un submarino de la serie "D" la más admirable prueba de resistencia.

Con un mar alborotado, imponente, cuyas olas rompían con furia y se alzaban de un modo incalculable, dicho sumergible recorrió 40 millas a la velocidad ordinaria con las máquinas de gasolina, consiguiendo guardar siempre el rumbo.

Lo más curioso es que durante todo el tiempo, el capitán se mantuvo en la toldilla de popa, desde donde dirigía las difíciles y afortunadas maniobras.

En otra ocasión, perteneciendo a la oficialidad de un acorazado, tuvo que mandar una columna de desembarco en Africa del Sur, en los días de la guerra anglo-boer. Llevaba ya media hora de camino por un frondoso bosque, cuando de pronto se vieron sorprendidos por un enjambre de orangistas, diríase que detrás de cada árbol se escondía un centenar de ellos a juzgar por su enorme número. La pobre columna, que apenas si contaba con 200 hombres, se vió inmediatamente atacada, rodeada por aquella avalancha de enemigos. Los soldados ingleses tuvieron un primer momento de vacilación, que el capitán comprendió que se convertiría en vergonzoso miedo si él no lograba prestarles ánimos y entusiasmo. Entonces se le vió avanzar solo hacia los boers, gritando lleno de sagrado fuego: "¡Viva Inglaterra!" Era tan hermoso, tan admirable el ejemplo de aquel hombre, que, sin ayuda alguna, iba derecho al sacrificio, a inmolarse él mismo por el honor y la gloria de su patria, que los marinos británicos reaccionaron briosa, intensamente. Se les vió lanzarse, en una brillante carga a la bayoneta, sobre los enemigos, que, a pesar de constituir una verdadera muralla humana, no tardaron en flaquear, iniciando un retroceso, que no se convirtió en innoble fuga por el número limitadísimo de sus contrarios. Cuando lord Roberts conoció esta hazaña, hizo lanzar al bravo oficial, al que premió como se merecía, otorgándole una preciosa condecoración.

No sólo era un excelente oficial de Marina, de gran talento y probado pundonor, sino que poseía un carácter bondadoso, efusivo, que le granjeaba todas las simpatías.

Sobre todo sus subordinados, ahora los tripulantes del submarino, como antes los otros marinos que sirvieran a sus órdenes, le profesaban una verdadera adoración.

En los actos del servicio, era el jefe que exigía lo debido, sólo lo debido, sin indulgencia más o menos disculpable ni molesta severidad.

Pero ya en los otros actos de la conveniencia social, en aquel pequeño buque particularmente, tan estrecho, era el capitán un verdadero padre, el mejor de los amigos de los tripulantes.

Se contaban muchas anécdotas, que demostraban este encanto de su carácter.

En una ocasión, estando a las órdenes de sir Philip Walts, supo que un ordenanza de la Dirección General de Construcciones Navales del Almirantazgo había tenido la desgracia de perder una regular suma, que le había sido por él encomendada.

Se enteró por casualidad, gracias a otro ordenanza, porque el desventurado no quería aparecer ante su presencia, y avergonzado, lleno de tristeza, sólo esperaba una ocasión propicia para dispararse un tiro.

Pero no contaba con su jefe, que, al saberlo, se llegó a él y, con voz imperiosa, le dijo:

—¡Qué iba usted a hacer, infeliz! ¡Un hombre no debe acobardarse así! Me consta que es usted un hombre honrado, digno, por lo que no tendrá usted que dar cuentas de ese dinero que ha perdido.

—Señor; ¿pero eso podrá hacerse?

—Sí; porque si es preciso diré que he sido yo quien lo ha perdido; mi fortuna me permitirá reponerlo; de suerte que todo lo sucedido es un incidente más de la vida vulgar, que carece de importancia.

Con aquel acto tan hermoso, tan ejemplar, desde aquel día se ganó el más leal de los servidores, un perro fiel, que por él hubiese dado la vida.

¿Pero qué otra cosa hubieran hecho, aunque sin iguales motivos de gratitud, los demás tripulantes de "E-11"?

Con ellos ya podían ir rebosando confianza, atesorando entusiasmo a la guerra, que todos colaborarían en su anhelo vehemente y firme de buscar la gloria.

En pleno mar del Norte. — Niebla densísima. — A pocos metros de un crucero.—Ejemplo hermoso de dos marineros.—El asombro y el terror de unos pescadores.—Cuerpo de niño y alma de gigante.—Santo perdón.—La nobleza y el heroísmo.

El submarino, sobre la superficie, navegaba en pleno Mar del Norte.

Era una mañana de invierno, fría y triste, en la que una niebla densísima hacía difícil y peligrosa la navegación.

En el submarino hablaban el capitán Friehaven y su segundo, con calor y entusiasmo, del historial que ya poseía en esta guerra el "E-11".

Recordaba el capitán cómo lanzaron a pique a un yate de recreo, propiedad de un acaudalado burgués, el cual lo había convertido en un soberbio crucero auxiliar, dotándolo de poderosa artillería y regalándoselo al Estado.

Marchaba el submarino, bien ajeno a aquel encuentro, en una mañana como la actual, en la quc también reinaba una niebla impenetrable.

Con mar gruesa, llevaba el "E-11" una velocidad regular, cuando de repente, instantáneamente, se encontró a unos cientos de metros del gran buque.

El momento era terrible, decisivo.

Otro cualquiera que no hubiese sido el capitán Friehaven, se hubiese considerado descubierto, dispuesto sólo a entregarse. Pero eran muchos sus ánimos, de suerte que, multiplicándose, comenzó a dar órdenes.

—Pronto, que se paren esas máquinas de gasolina.

Después, volviéndose a los marineros, que le rodeaban anhelantes y algo amedrentados, les dijo con voz indesobedecible:

—Vosotros, ¿qué hacéis?; a cerrar completamente el submarino.

El mismo corrió hacia los motores eléctricos, acoplándolos como era debido, mientras que el barco, que también acababa de embarcar agua, empezaba a descender.

Conseguido esto, no respiró todavía tranquilo, con satisfacción; esperó a que los cañones enemigos, con sus disparos, le advirtiesen que había sido descubierto.

Pero no; pasó el tiempo y el crucero seguía mudo, sin dar señales de haberle descubierto, sin prepararse para el ataque.

Mr. Friehaven se volvió, gozoso y entusiasmado, a los suyos:

—Ya que nos han perdonado la vida, con no vernos, agradezcámosles su "inopia," regalándoles unos torpedos.

Pronto explotó uno de éstos, provocando el naufragio del orgulloso buque, que antes llamó la atención por su riqueza y últimamente por su poder.

La tripulación del crucero, sobrecogida por el estupor, no hacía más que mirar hacia el sitio de donde procedía la explosión, con los ojos mal abiertos por la zozobra, ardorosos también como queriendo con su fuego anodadar al misterioso enemigo.

Empezaron a bordo las faenas del salvamento, cuando el donante del buque, oficial voluntario, viendo que aquél irremisiblemente se perdía y que se escapaba triunfante el adversario, hizo un esfuerzo supremo:

—Los que quieran salvarse, que lo hagan en buena hora; pero si algunos, sobre todo vosotros los artilleros, queréis cumplir con vuestro deber de sacrificaros por la patria, esperad aquí la muertc, disparando, en tanto llega, contra el submarino.

Este todavía no estaba muy lejos; podrían alcanzarle sobradamente los disparos, si a éstos los guiaba un poco de suerte.

Buscáronle, ansiosos y desesperados, algunos de aquellos tripulantes, que permanecieron a bordo disparando cañonazos, en tanto que les fuese posible y mientras que el barco se hundía con lentitud, con cierta triste solemnidad.

Cuando ya no podía disparar, el submarino volvió a salir a la superficie, presenciando el capitán y los suyos cómo terminaba de irse a pique el crucero.

En su cubierta, el ex-propietario y algunos de los suyos se habían hincado de rodillas, elevando al cielo sus últimas oraciones.

Era un espectáculo doloroso y bello, digno de todo respeto y admiración el de aquellos valientes, y comprendiéndolo así el capitán del submarino, se descubrió, ordenando que hicieran lo mismo los que servían a sus órdenes.

Era un contraste cautivador el de ambas marinerías: la una, derrotando, haciendo alarde de una ejemplar resignación, y la otra victoriosa, dando pruebas de saber hacer justicia al valor y la nobleza desgraciados.

Fluía el anterior relato, de labios de los dos marinos, sobrio, vigoroso, rebosando interés.

—Fue desde aquel combate—siguió diciendo el segundo—que se ha llamado a nuestro submarino el "Fantasma del Mar del Norte".

—Título—afirmó el capitán—que se ha ido popularizando y haciendo famoso gracias a nuestras nuevas empresas, en las que siempre la fortuna nos ha sido tan propicia.

—¿No se os habrá olvidado—interrogó el segundo—el accidente de los pescadores?

—Lo tengo y tendré siempre grabado en mi memoria. Fue admirable, indescriptible, la actitud de pánico de aquellos pobres hombres al vernos emerger como por ensalmo.

—Yo también lo recuerdo bien. Temiendo por aquellos contornos encontrarnos con la no muy agradable visita de cualquier buque de guerra, íbamos navegando en inmersión completa cuando nos encontramos con aquellos arriesgados pescadores alemanes. Quisimos hacerles pagar cara su valentía, empezando por salir a la superficie, dando motivo entre ellos a ese asombro y temor de que antes hablábais.

—Tengo presente hasta el menor detalle. Aquel patrón que le vimos ponerse pálido y entristecido, oyéndosele sólo decir "¡los ingleses!", con una voz emocionadísima, al par que se arrojaba a las aguas, prefiriendo aquella muerte a la que de nosotros esperaba.

—Pues los demás no dieron un ejemplo menos vergonzoso, doblando sus rodillas, suplicándonos, entre lágrimas y con tono lastimero, que les perdonásemos su innoble vida.

—Yo no les hubiese hecho merced de su salvación si no es porque entre aquellas mujerzuelas descubrí un hombre, mejor dicho, un niño, que, ante la cruel desventura y el sumo apuro, supo reunir energías, viéndosele permanecer altivamente enhiesto, dejando escapar de su pecho esforzadísimo un grito de sagrado patriotismo, de puro valor: "¡Viva Alemania!" ¡Quien así gritaba merecía el indulto; pues aunque mañana podrá ser un enemigo temible, como entonces demostró valentía, siempre probará que es noble¡ ¡Yo creo firmemente que el heroísmo y la lealtad son virtudes hermanas!

La pintoresca y simpática conversación fue interumpida bruscamente por un marino, que, dirigiéndose a sus jefes, les avisaba con voz firme:

—¡Buque a la vista!

A la palabra sucedió la acción.

!Un trasatlántico!—Su hundimiento.—El miedo todopoderoso—Ni amigos, ni padres.—El castigo de una ingratitud.—La blasfemia santa.—Dolor sin límites.

Hacia el submarino avanzaba un espléndido buque, marchando altivo y majestuoso, como seguro de que necesitaba ser muy importante casi sobrehumano, el obstáculo que osase oponerse a su orgulloso paso.

No era ningún barco de guerra: se trataba de un gran trasatlántico de Bremen, que, sorprendido por la guerra en puerto extranjero, había cometido la loca audacia de seguir su ruta, mejor dicho, una ruta rarísima, enorme, como hecha para evitarse encuentros molestos.

Pero de nada le iba a servir su anterior ventura, porque frente a él, a unos cientos de metros, estaba el "E-11," el nunca bastante temido "Fantasma del Mar del Norte".

Le fue a éste fácil sorprender a su enemigo con un torpedo, que hizo blanco, causando el fatal hundimiento del trasatlántico.

Entonces, a bordo del buque alemán, ocurrió algo que parecía insólito y absurdo, dado que en el trasatlántico sólo debían quedar ya los viajeros arriesgados, conscientes de lo que se exponían con sólo intentar aquella travesía, que despreciaban su existencia o la tenían en menor estima que el negocio que los impulsaba a embarcarse.

Pero no fue así; muy por el contrario: al explotar el torpedo, todos ellos salieron a cubierta, con terror y asombro.

Al percatarse de la gravedad de la catástrofe se les vió lanzarse los unos sobre los otros, queriendo sólo ser los primeros en coger los botes de salvamento, que, en su locura, no se acordaban en dónde estaban.

Aquello avergonzaba, horripilaba, producía verdadera desesperación.

Un padre, desvalido e impotente para moverse, pedía con súplica ardiente, invocando el cariño, exigiéndolo por su autoridad, que su hijo le socorriese, le salvase, no le permitiese morir de aquella manera tan horrorosa, dándose perfecta cuenta de cómo las aguas subían, se tragaban el barco, le hacían a él su juguete y luego su víctima. Pero el hijo, atento sólo al delirio de su propia conservación, olvidándolo todo, despreció a su padre, le dejaba allí, expuesto a la muerte, mientras que él buscaba un aparato salvavidas. El padre, desde su asiento de dolor, quizá de la muerte, pensaba en maldecirle, y, por último, exclamaba, vencido por el afecto de progenitor: "¡Que tus hijos no te paguen en la misma moneda!"

Ante un chaleco salvavidas se encontraban dos hombres, amigos desde la infancia, considerados por todos como hermanos, hasta el punto de que ellos mismos confesaban que jamás se habían guardado un secreto ni habían tenido interés que no fuese común. Pues aquellos amigos, por vez primera en su vida se miraron odiándose, oyéndose a ambos decir con voz ronca: "El salvavidas será para mí". Y poseídos de un furor bárbaro, despiadado, se lanzaron sobre el chaleco, y fue tal su lucha, que los dos cayeron en tierra, desgarrándose las carnes a puñetazos, arañándose, entre patadas, hasta que, por fin, uno de ellos, que poseía un revólver, lo sacó y disparó un tiro a su antiguo íntimo, que ya dejó de combatir, terminando de desembarazarse pesadamente. .El triunfador no gozó de su victoria; quiso levantarse y no pudo; volvió a hacer otro esfuerzo sobrehumano y, entonces, al convencerse de que le resultó fallido, el pánico más horrendo se apoderó de su persona. Vió que las aguas ascendían, le envolvían en su torbellino, produciéndole una muerte angustiosa. Entonces, sin saber ya lo que hacía, perdida toda realidad, volvió a coger el arma homicida, que se llevó a la frente, disparándose a sí mismo un tiro que le hizo revolcarse unos segundos después en un charco de sangre. Y fue lo más cruento que tampoco entonces murió, teniendo una agonía larga, terrible, que parecía poseer por única razón la de entregarle a la otra muerte, a la que él tanto temía y tanto odiaba, a la de las aguas inclementes. Y la angustia, el remordimiento quizá, acaso también la envidia de ver cómo otros se salvarían, hizo que sus ojos despidiesen llamas, llamas de desesperación, que le daban un aspecto demoníaco.

En tierra yacían algunos niños y más de una mujer, derribados y piso-

teados por la avalancha de cobardes, quizás por sus propios padres o maridos.

Una señora, una dama aristocrática y acaudaladísima, de belleza excepcional y de lozana juventud, en la que adoraba frenéticamente su esposo, ya sobrecogida por la sorpresa cruel, más aterrorizada, después por el espectáculo vergonzoso y terrible, no pudo resistir a tantas emociones y cayó muerta entre los brazos de su esposo, que no quería abandonarla, que pedía que le arrojasen con ella al mar.

El salvamento había sido regularizado; algunos, los menos miedosos, habían podido ocupar los botes de salvamento.

En uno de ellos, apiadados unos marinos, hicieron entrar al pobre viudo, teniendo para ello que hacer esfuerzos sobrehumanos, porque el desgraciado no quería separarse de su esposa, deseaba que la muerte le sorprendiese en aquel abrazo.

Ya en el bote, al desventurado, que no podía llorar, sufrir de una manera tan cruel, tan infinita, deseando consolarle, le dijo uno de los náufragos:

—¿Por qué no reza usted?

Al fin pudo hablar; de su garganta se escapó la más horrenda y brutal blasfemia, seguida de un lamento sentido, hermoso, que hizo llorar a los que le oían:

—¡Si no me acuerdo de cómo se reza!

Aquella blasfemia debió perdonarla el Señor, porque no era una injuria a su clemente Majestad, sino un poema de dolor y de impotencia, la sinceridad de una desesperación de desvarío. Cuantos le "oían" creyeron volverse locos de la emoción, viéndose a un viejo lobo de mar, que ni temió al combate ni tuvo pánico durante los más horrendos temporales, dejar que lágrimas corriesen por su atezado rostro.

El submarino se alejó lentamente del lugar adonde había llevado la muerte, mientras que sus marinos comentaban aquel espectáculo de degradación y tristeza que habían visto, produciéndoles una extraña impresión de asco y vergüenza.

El capitán sólo tenía palabras de amargura, de lástima, hablando con el segundo, para juzgar la horrenda situación de aquel millonario, que había perdido la única fortuna que estimaba: su joven y linda esposa.

De aquellas aguas, entonces de desolación y tragedia, se alejaba cada vez más el "Fantasma del Mar del Norte".

Un proyecto sublime.—Rivalizando con la gloria del combate de Cuxhaven. —En las cercanías de la isla de Heligoland. — Guarda-costa a la vista.—Un buque a pique y su Capitán elevado a la gloria.—La triste belleza de una agonía.—Hacia el nido de las águilas de la marina alemana.

El capitán Friehaven no sólo llamó a su segundo, sino que reunió a todos los marinos antes de realizar un proyecto gigantesco, sublime, que hacía algunos días había concebido.

Cuando no faltaban ni el último marinero, á excepción de los que necesariamente tenían que estar en sus puestos, el capitán habló con voz velada por la emoción:

—Inglaterra, amigos míos, ha realizado la proeza del combate de Cuxhaven, que tanto asombró y atemorizó a toda Alemania; pero necesita consolidar ese triunfo, llevando a cabo una empresa no menos arriesgada, aunque llamada a producir un efecto moral aun más importante.

Todos aquellos hombres, cuyo encanto era la vida guerrera del mar y que adoraban en el sagrado recuerdo de Nelson, miraban a su jefe con los ojos esperanzados, ardorosos....

—Mi propósito—seguía diciendo el capitán—es, si deseáis colaborar conmigo, hacer que el submarino salve ese semillero de peligros, en el que Alemania tiene su máxima defensa naval, llegando hasta el corazón del aludido canal de Kiel.

No se oyó ni una palabra; pero en los semblantes de todos se advertía perfectamente el vehemente anhelo de acometer ya la hazaña, en la que confiaban ciegamente, en parte por dejarse arrastrar de su gran entusiasmo y mucho porque sabían que les dirigía un hombre valiente e inteligentísimo, incapaz de propornerles un plan descabellado o suicida.

Volvió a oirse, exaltando aún más la fe de su gente, la voz de Mr. Friehaven.

—¡Llegaremos a Kiel; abatiremos el orgullo de esa "Reina del Báltico" que se cree inaccesible!

No pudo decir más: los hurras de la tripulación lo impidieron, dominándolo todo con su alegre y efusiva algarabía.

Cuando sucedía todo esto el submarino iba navegando sobre la superficie, aunque estaban cerca de la temible isla de Heligoland.

Es ésta el centinela avanzado del famoso canal de Kiel.

Inglaterra no se perdonará nunca de su torpeza y de su error al cedérsela a Alemania a cambio de esa colonia de ningún valor, Zanzíbar.

Claro es que los diplomáticos británicos lo hicieron porque Heligoland eran unas rocas de 1,600 metros de largo por 500 de ancho y 60 de altura, las cuales perdían cada año que pasaba unos 90 centímetros en todo el contorno, con lo que había el fundado temor de que pronto se redujese a un islote pequeñísimo.

Pero el imperio alemán, al posesionarse de la isla, comprendiendo su altísimo valor estratégico, empezó a gastar en ella millones, recubriéndola de cemento yacero, con lo que se ha

convertido en un soberbio fuerte blindado.

Pero ha hecho más Alemania, ya que no sólo ha evitado que disminuya, sino que hasta là ha aumentado. Para ello han vuelto a unir la isla con su islote, del que estaba separado hace cerca de doscientos años, al cual también le han defendido admirablemente de los ataques de los vientos y de las corrientes marítimas.

De esta manera Heligoland es un magnífico puerto artificial, que por todos conceptos merece admiración, ya que, naturalmente, le defienden los medios más modernos y temibles sobre la tierra, en el mar y en el aire.

El submarino se iba acercando lenta, tranquilamente, a la formidable posición.

Unicamente, obedeciendo al lógico temor de verse desagradablemente sorprendido por algún crucero ligero alemán, el submarino dejó de navegar sobre la superficie.

En aquellos instantes las olas adquirían fuerza y se tornaban en imponentes, como anunciando la proximidad de los inmensos peligros del paso por cerca de Heligoland.

La previsión del capitán no pudo ser más uiciosa y acertada, no sólo porque navegando de la forma que ahora lo hacía el submarino resistiría mejor aquella mar gruesa, sino porque allá en la lejanía, resultando todavia casi imperceptible, se acercaba la presencia de un buque.

Era éste, según se comprobó cuando se fue aproximando al submarino, un pequeño guarda-costas, artillado de forma espléndida y con una velocidad soberbia, dotes que hacían de él un enemigo terrible.

El capitán del submarino sostuvo consigo mismo un verdadero combate de ideas, pues unas le aconsejaban intentar la destrucción de aquel buque y otras le imponían cierta reserva por aquellos parajes, donde se estaba siempre bajo la amenaza de correr un riesgo, de dar pretexto con la más nimia causa a una fatal sorpresa.

Pero a su espíritu audaz la misma contradicción de ideas le molestaba y ofendía, triunfando pronto las que le guiaban a atacar al guardacostas, buscando el lanzarlo a pique.

Pronto dió para ello las órdenes, saliendo un torpedo bien dirigido, que al explotar, dañando el casco del guarda-costas, hizo que éste empezase a hundirse con aterradora lentitud, sin noble grandeza.

La sorpresa de los tripulantes del guarda-costas fue tan inmensa como dolorosa, viéndoseles correr de un lado a otro en busca de los botes de salvamento, ansioso solemente cada cual de encontrar el modo de no perecer.

Entonces se oyó la palabra del capitán, queriendo hacer renacer los ánimos en deseperado esfuerzo, invocando para ello los sentimientos del honor y del patriotismo.

—¡Muchachos! — gritaba. — ¡Un enemigo invisible echa a pique nuestro querido buque y ante el periscopio de su jefe, quizá vosotros dais un lamentable y vergonzoso espectáculo de indisciplina y de pánico! En vez de eso, debíais recobrar vuestros alientos hasta por el egoísmo de la conservación, realizando las maniobras del salvamento con método, con fe, con el espíritu levantado, como corresponde a buenos alemanes.

Aquella voz grave y austera, que sonaba como la del deber, no podía ser desobedecida ni menospreciada. Los marinos alemanes olvidaron sus frenéticas ansias, de solo pensar en la salvación inmediata, dedicándose con orden a las faenas de descolgar los botes, de ponerse los salvavidas, de preparar todo para abandonar al desventurado guarda-costas.

Este, en tanto, se hundia por la proa con abrumadora tardanza, falto de toda solemnidad.

El capitán seguía dando oportunas y acertadas órdenes para que los marineros se instalasen con regularidad en los botes que rodeaban al buque como un enjambre de pequeños que asiste al padre agonizante en los momentos más crueles y definitivos.

Cuando se colocaron todos, incluso el segundo de a bordo, éste interpeló al capitán:

—Mi capitán, bajad cuanto antes; habéis cumplido con la sagrada obligación y el barco está ya casi hundido.

El capitán respondió con un viva a Alemania, que entonces sonoba lleno de dolorosa resignación, de noble vergüenza.

El viva fue contestado por todos los que ocupaban los botes, que para ello se habían descubierto, en prueba de mayor solemnidad y respeto.

Pero el capitán no descendía, dejaba caer su blanca cabeza sobre su pecho nobilísimo, en señal de un cruento abatimiento, que contrastaba con los alientos de que se mostró tan pródigo hasta que el salvamento de todos sus subordinados fue un hecho.

El segundo y el resto de la oficialidad volvieron a preguntarle, ahora en tono de triste súplica, como presagiando un heroico martirio:

—¡Bajad, bajad, capitán!

El capitán siguió sin descender, oyéndosele unas últimas palabras, que despertaron en los corazones de los suyos una gran amargura y una admiración sin límites:

—He tenido la desventura de que mi barco sea sorprendido y echado a pique. Bien sabe el Señor que de ello no tuve la culpa; pero para que se enteren los enemigos de cómo muere un capitán de buque alemán, yo no abndonaré a éste en su hundimiento, con él me iré a las aguas, que su desgracia es la mía propia.

Y los botes empezaban a alejarse, que los marinos, llorando como débiles criaturas, no se atrevían a presenciar la destrucción de aquel barco que fue su morada y su orgullo, ni la muerte de aquel jefe, glorioso como un héroe de leyenda, que hasta en su trágico fin tuvo para ellos la luz y la caricia del ejemplo.

El guarda-costas continuaba hundiéndose, mejor dicho, ya casi lo estaba, con igual lamentable lentitud, con la misma triste falta de grandeza, y en su cubierta se alzaba la estatua de dolor y de heroísmo del capitán, que presenciaba su propio sacrificio con sencilla solemnidad, con unción patriótica.

Una ola audaz y avasalladora, que fue la primera en salvar la cubierta, se llevó consigo al valiente capitán, como sirviéndole de mortaja gloriosa.

Del guarda-costas hacía ya tiempo que se había alejado el submarino, dispuesto a llevar su misteriosa amenaza al nido de las águilas de la escuadra alemana, al mismo Kiel.

Y el submarino avanzaba rauda y confiadamente, como orgulloso del triunfo que acaba de obtener.

El capitán, sin dejar el cuidado del periscopio, ultimaba en su imaginación los detalles del audacísimo paso del canal a que se preparaba, así como del ataque a las formidables defensas de Kiel, donde al menos esperaba encontrar una muerte con honor y gloria.

Y mientras Mr. Friehaven meditaba y redondeaba el plan, sus marinos trabajaban animosamente, confiados, ansiando que llegase el instante de entrar en la temible aventura, que podría darles fama imperecedera haciéndoles dignos sucesores del más puro prestigio de la sin rival marina británica.

En el aparato óptico se reflejaba un sol de oro, que parecía grato presagio de venturas y glorias.

Aproximándose al Canal de Kiel.—Una sorpresa fatídica.—Círculo de terribles obstáculos.—Saltando la esclusa de Holtenan.—Catástrofe horrorosa.—La locura de una madre.—La inactividad de la escuadra alemana.

El submarino, a medida que se aproximaba al Canal iba disminuyendo en velocidad, ganando en previsión, porque en aquellos alrededores todas las precauciones eran pocas.

Iba a entrar en la desembocadura del Elba, defensa natural de suma importancia, como pronto comprobó, aunque, afortunadamente, sin sufrir un daño irreparable.

Aquel extremo estaba lleno de bancos de arena movediza, que constituían otros tantos guardianes traidores del Canal, en uno de los cuales, por milagro, no encalló, pues el capitán advirtió desde la torre de mando, en el momento crítico, el peligro y lo avisó cuando un segundo después hubiese resultado fatal la desgracia, siendo salvado gracias a una operación desesperada y llena de audacia.

No es que el capitán olvidase la vigilancia, sino que ésta tenía que reconcentrarla en la orilla contraria, en la que se alzaba fiera e imponente la plaza fuerte marítima de Cuxhaven. Si allí hubiese sido descubierto el submarino, pronto hubiese quedado reducido a la nada, porque en el puerto se guarecían el "Posen," con sus 18,900 toneladas, el "Helgolad" y el "Kaiser," que se acercaban al gigantesco "Koening," monstruo marítimo de 25,000 toneladas, alrededor de todos los cuales se apiñaban otros muchos buques de inferior desplazamiento. ¡Pobre y desgraciado submarino, si hubiese tenido la desgracia de ser sorprendido, porque cualquiera de aquellos grandes acorazados le hubiese podido destrozar, hacerle víctima de su heroica audacia!

Pero, con ser muy temibles aquellas grandes fortalezas marítimas, no lo eran menos las soberbias edificaciones guerreras de Kügelbaake, Dose y Grimerhorn, cuyos enormes cañones parecían sólo preparados para dispararle, para echarle a pique, poniendo un lamentable epílogo a su intento gloriosísimo.

El submarino tenía que ir con todo cuidado, haciendo milagros por conservarse oculto a toda vigilancia, que por aquellas aguas no podía ser más exquisita ni humanamente perfecta.

Ya en el centro del Canal, sobre el submarino, muy por encima de él, se alzaba altivo y excelso el famoso puente de Grünethal, por donde pasa el ferrocarril del Schleswig oriental. A la sazón, por el puente marchaba a toda velocidad un tren de soldados.

El capitán, que, como celoso vigía, iba todo esto observando, casi lloró al ver su inutilidad para destruir aquella soberbia obra, sobre todo en el momento que se aprovechaban de ella los que, quizá pocos días después, en el campo de batalla llevarían el dolor y el duelo a sus hermanos. ¡Oh —pensaba—, con cuánto placer hubiese ordenado, de ser factible, el derrumbamiento del puente, llevando la muerte a tantos adversarios, dejando obstruído el maravilloso Canal! ¡Interrumpir el paso por el Canal, que tantos años y tantos millones había costado, ese era su sueño de oro, su deseo más sentido! ¡Ver cómo aquella flota, tan grandiosa, tan brillante tenía que dejar de maniobrar! ¡Admirar cómo influía en los célebres astilleros de Germania, de la Casa Krupp y en el magnífico Arsenal Imperial de Kiel, donde un ejército de cerca de 20,000 obreros preparaba los estupendos acorazados con que Alemania pensaba aumentar su flota, reponía las mejores unidades de ésta y en una palabra, donde se formaba ese terrible enemigo marítimo que intenta luchar con el poder máximo de Inglaterra, ya que no con armas iguales, al menos con las de la traicionera sorpresa del cobarde engaño!

Súbitamente, de improviso, el corazón del capitán inglés dió un salto. Abrió Mr. Friehaven desmesuradamente los oos con doloroso asombro, porque acaba de oir un cañonazo.

Fue un momento de cruel incertidumbre, de angustioso temor.

—¿Seremos descubiertos, Señor—se le oyó balbucear con tono tembloroso y dolorido—, sin haber podido herir al lobo marino alemán en su soberbia guarida?

Los tripulantes también habían oído el alarmante disparo; el segundo se presentó ante el jefe para recibir órdenes, creyendo ya que había llegado un instante fatal.

Pero el capitán, aunque no estaba tan seguro como parecía dar a entender con su voz reposada y tranquila, le respondió con maravillosa sencillez:

—Son ejercicios de tiro.

Se volvió a oir otro cañonazo, luego uno más casi a continuación, escuchando algo después bastantes más.

Por la trayectoria de los disparos se vió que el capitán no se había equivocado en su augurio, hecho sólo para inspirar en su subordinado una confianza que él mismo no sentía.

—De todos modos—añadió el capitán, no sólo en la apariencia ya más sereno—conviene forzar un poquito la máquina, salir de esta parte del Canal, que es la más desguarnecida y menos vigilada, a pesar de que ahora nos resulta también erizadísima de peligros.

Observó el segundo:

—Mi capitán: ¡qué bien defienden este admirable refugio los alemanes, qué serie de poderosísimas fortificaciones, cuánto pasar de buques vigilantes, qué de soldados en las orillas!

—Como que son millares de torpedos, estacadas flotantes y redes de mallas de acero, los que rodean de Heligoland a Brunsbüttel y de Alsen a Holteneau el soberbio Canal. ¡Esto sin contar los poderosos recursos defensivos que usted ha enumerado!

El submarino se iba aproximando a Kiel.

Ya se veía la inmensa ciudad, con sus potentes fortificaciones, sus vastos astilleros y sus célebres "docks".

La población presentaba un aspecto triste, como si estuviese desierta, falta del encanto de los días de paz.

¡Los días de paz, sobre todo los de la Gran Semana de Kiel, cuando con motivo de las regatas internacionales se veía aparecer por allí la tan decorativa figura del Kaiser, las más ilustres personalidades del Imperio y los extranjeros más acaudalados!

El submarino estaba ya cerca de la salida del Canal, en ese sitio todo peligroso, donde por cualquier lado tenía le temible amenaza de los fuertes de Holtenau, de Pries y de Roebsdorf; de las soberbias baterías y de una grandiosa red de minas eléctricas o automáticas.

Estaban frente a Holtenau, donde una placa de mármol negro recuerda a todos que la obra grandiosa del Canal ha sido debida a la feliz iniciativa del actual Kaiser.

Allí también se encuentra la doble esclusa monstruo. Para darse cuenta de su importancia bastará recordar sus gigantescas proporciones siendo su largo de 330 metros, su ancho de 45 y desciende a 13,77 metros bajo el nivel medio de las aguas.

Este era el proyecto titánesco, magnífico, que maduraba el capitán: hacer saltar la esclusa, causando el mayor de los daños a la que pudiéramos llamar obra personal del Kaiser, por lo que más le quería y admiraba su pueblo.

El intento no podía ser más difícil y atrevido, porque en aquellos lugares la comprobación del rumbo era tanto como ponerse voluntariamente fuera de combate, entregándose al enemigo, porque éste era casi imposible que no lo descubriese.

Mr. Friehaven, desde la torre de mando, ordenó que el barco siguiese, hasta que él, no de forma perfecta, creyó que debían estar a unos 200 metros de la esclusa, es decir, el sitio conveniente y mejor para empezar el ataque.

El capitán bajó al compartimento de los tubos lanzatorpedos.

Ya allí, ordenó que se descubriese la escotilla del tubo, disparando el primer torpedo.

No tuvo éste fortuna, lográndola el segundo, a cuya explosión siguió el salto de la esclusa.

Fue aquello horroroso, indescriptible.

Hizo irrupción violenta, instantáneamente, un caudal avasallador, infinito, de agua.

Todo fue inundado, muriendo cientos de hombres, principalmente los soldados que cuidaban de las orillas de aquella parte del Canal.

Los soberbios astilleros del Estado y de Germania vieron cómo sobre ellos se cernía aquella avalancha de agua, de tal fuerza que arrastraba pesadísimas piezas, útiles del trabajo, cuanto se refería a los buques en construcción.

El Ayuntamiento de Kiel, su antigua y la moderna Universidad, la residencia del príncipe Enrique de Prusia, el Museo de Bellas Artes y tantos otros hermosos edificios de la ciudad, sufrieron daños importantísimos.

Mayores fueron los del Yacht-Club-Imperial que resultó completamente destrozado, para que ya no quedase ni el menor vestigio de aquellas fiestas de Kiel, tan hermosas y brillantes, de las que justamente se vanagloriaba el Emperador y todo su pueblo.

Escenas de terror pudieran narrarse a cientos, algunas tan conmovedoras y crueles como la siguiente, que no nos resistimos a la tentación de referir:

En el lindo pueblecito de Labae, de aquellas cercanías, vivía una viuda con dos hijitas, al cuidado de uno de los elegantes chalets que en verano eran residencia de aristocráticas familias.

Hasta allí llegó el agua con su formidable empuje, que no perdonaba, y en todos los sitios producía víctimas.

La mujer, angustiada, loca, con los ojos extraviados por el pánico, se apoderó como una leona de una de las pequeñuelas, necesitadas de socorro, subió al piso alto, la dejó en lugar que era difícil, casi imposible, que llegase la inundación, y luego, ya algo más serena, corriendo mejor dicho, volando, para poder salvar a la otra, volvió al piso donde la sorprendió la desgracia.

Pero cuando estrechaba en sus brazos a la criatura, el ímpetu de la inundación rompió la puerta del cuarto, arrojando sobre ellas un verdadero diluvio.

La madre, sin el precioso peso, comprendía que aún podía salvarse. Pero sin librarse de la carga que tanto idolatraba, resultaba imposible sólo pensar en conservar la vida.

Entonces, por su mente, con rapidez de rayo, pasó el fragor de una cruenta disputa.

¿Debía ella dejar que muriese una de sus hijitas, no por el egoísmo de defender su existencia, sino porque ésta era necesaria a la otra?

¿Era, por el contrario, su obligación morir al lado de su nena, unidas ambas en abrazo estrechísimo?

Y estas angustiosas ideas en pugna la hicieron que no sólo mirase con el extravío del delirio, sino que la llevaron a la propia locura.

Arrojó a su niña, dando un salto que parecía imposible, subiendo con vertiginosa rapidez la escalera, hasta que llegó donde estaba la otra criatura sonriendo feliz, porque en su inocencia no comprendía nada de lo trágico que a su alrededor pasaba.

Volvió a cogerla, la estrechó ardorosa y frenéticamente entre sus brazos, bajando con ella nuevamente.

Allí las esperaba la inundación, cruel e inclemente, que no las libraría de la muerte.

Pero la loca no podía ya comprenderlo; con rara alegría y reflejando en su rostro una absurda felicidad, se lanzó con el fruto de sus entrañas en medio de las aguas, que, como a la otra pequeña, se las llevaron, ahogándose rápidamente, sin conseguir que se separasen en aquel abrazo desesperado.

Rasgos como el que acabamos de describir repetimos que abundaron en aquel caos, cuyos terribles efectos tardaron largo tiempo en poder ser remediados.

Días despusé, a pesar del esfuerzo sobrehumano de los ingenieros alemanes, todavía flotaban por el Canal cadáveres de ahogados, restos de las construcciones hundidas y otros mil objetos destrozados.

Con ser este mal lamentable, lo fue aún tanto que la orgullosa escuadra alemana no pudo realizar sus maniobras en bastante tiempo, sufriendo un valioso y terrible perjuicio.

La catástrofe del Canal de Kiel fue un golpe violento, desconsolador, que llenó de amargura y luto a toda Alemania.

¿Y del submarino, autor de tan magna destrucción, qué se había hecho?

..Su inmejorable fortuna le había permitido ganar el Mar Báltico, refugiándose pronto en un relativamente próximo puerto ruso, en el muy célebre de Libau.

Pronto se supo que dicha serie de grandiosas proezas, como correspondía a su fama, habían sido llevadas a cabo por el audacísimo submarino, que con tanta justicia se había ya ganado el áureo sobre-nombre de "Fantasma del Mar del Norte".

A modo de epílogo.—La triste nueva en Berlín.—La anarquía del escepticismo.—Estallido de odios y refutaciones.—Un símbolo funesto.

La noticia en Berlín circuló con rapidez extraordinaria.

A pesar de la reserva que se guardó en los centros oficiales, no se pudo ocultar la catástrofe de Kiel, que a todos conmovió e indignó.

El Kaiser, que se encontraba en Berlín, reunió a toda prisa al Gabinete y al Estado Mayor de la Marina.

Como primera providencia acordaron que S. A. I. el príncipe Enrique de Prusia, inspector general de la Armada, y el almirante De Tirpitz, ministro de Marina, salieran para Kiel llevando los socorros y elementos necesarios para que fuesen lo antes posible reparados todos los daños, acerca de cuya responsabilidad tenían también la delicada misión de abrir una información.

Con estos acuerdos se realizó un verdadero esfuerzo para que también fuesen rápidamente conocidos, buscándose así que a la impresión primera de la noticia de la catástrofe siguiese instantáneamente el consolador efecto de ver que iba a ser remediada y castigados los verdaderos autores, por torpeza o negligencia, de ella.

Pero el pueblo no se dejó seducir, se llamó a engaño, produciéndole aquello aún mayor repulsión y odio.

Un estado así de cosas no podía durar, tenía fatalmente que conducir a una explosión de indignaciones, que brotó en la tarde de propagarse la tan desgraciada nueva.

La fuerza pública se lanzó sobre los revolucionarios, mujeres en su mayoría, que se defendían estoicamente, dejándose matar entre gritos de ¡Abajo la guerra!

La catástrofe de Kiel había derrumbado el último pilar de la fe del pueblo berlinés.

Este, hasta conocer la cruel noticia, sólo creía en la obra personal del Kaiser, en el grandioso Canal, en el que creía seguras a sus magníficas escuadras.

Pero, al encontrarse con que no era así, que también sus buques, los que les habían costado tantos millones, los que les habían casi arruinado y los que quizá harían que aquella guerra terminase tristemente para ellos por causas económicas, estaban a merced del todopoderoso esfuerzo de la escuadra inglesa, mejor aún, de la audacia de los submarinos, la gran cantidad de la pólvora de odios y ascos que se venía almacenando cada día, encontró con tal motivo una propicia mecha y explotó; explotó con tal violencia y tanto ardor, que el Gobierno temió fundadamente.

Claro es que consiguió contener el movimiento, que se redujo a los partes oficiales a señalar unas cuantas víctimas, siendo así que lo importante en él era lo que significaba, lo que ocultaba en su fondo, lo que constituía su esencia.

Y para gobernantes y gobernados, como un símbolo funesto de sus temores y de sus tristezas, pesaba el recuerdo y la amenaza siempre palpitante del "Fantasma del Mar del Norte".

En el Mar del Norte nuevamente.—Despreocupación que se trueca en inquietud, en pánico.—Triste final del crucero germánico.—Horrible explosión del buque porta-minas.—Hacia las costas inglesas.—¡Gloria al "Fantasma del Mar del Norte"!

Desde el puerto ruso, en que primero hizo escala el "E-11," después de su triunfo y glorioso "raid" por el canal de Kiel, el submarino inglés se dirigió hacia las costas de su patria.

Fue aquel un viaje largo, peligrosísimo, que estuvo erizado de aventuras, de las que siempre salió con éxito el hermoso buque, al que sólo parecía prodigar favores la Fortuna.

Siguiendo los campos de ruinas del Sund, el Kattegat y el Skpelatz, volvió al Mar del Norte, a su mar predilecto, donde con tanto honor había ganado el título de su "fantasma".

En uno de aquellos días de la travesía, un día limpio y hermoso, vió el submarino que en el claro horizonte se destacaba un punto fijo.

Al divisarlo el capitán, que iba en el puente, empezó por ordenar la inmersión del buque, retirándose, luego de dar para ello las oportunas órdenes, a la torre de mando.

Entre el segundo y el capitán se cruzó el siguiente diálogo:

—¿Tenemos esperanza de una nueva aventura?

—Así parece; a pesar de la distancia, yo creo que aquel punto es un buque de guerra, siendo lo más extraño que se encuentre detenido.

—¿Le habrá sucedido alguna avería?

—¡Tantas cosas pueden haberle pasado!

Mientras que el submarino, seguía su ruta, a toda la velocidad posible, en busca del otro barco, los interlocutores cambiaban de conversación:

—¡Oh—decía el capitán—, tanto hablar y envanecerse de ese fantástico bloqueo de nuestras islas, para que después resulte un fracaso completo, una derrota aplastante! "¡Gracias a dichas operaciones navales—gritaban los alemanes—se conseguirá paralizar en absoluto el comercio inglés; sitiaremos por hambre a Inglaterra, destruiremos su orgullosa escuadra!" Ha pasado el tiempo: la Marina mercante de nuestro país, al contrario de la suya, sigue circulando libremente y en relativa confianza, y toda la eficacia del bloqueo ah quedado reducida a que de cuando en cuando hacen naufragar a uno de nuestros barcos, en menor número que las minas, a cuyo peligro no se concedió tanta importancia.

—No es extraño ese fracaso—aseguró el segundo—porque también se vanagloriaron los alemanes de que sus submarinos, sus Zeppelines y sus "taubes" realizarían, unidos, una empresa gigantesca y gloriosa, como era la de bombardear uno de nuestros grandes puertos. A pesar de los pomposos anuncios, nada hicieron. ¡Como no sea aquel cobarde ataque a la costa inglesa indefensa!

—Mientras tanto, nuestros hidroaviones en Cuxhaven, sin necesidad de enfáticos avisos, efectuaron un "raid" que quedará grabado con letras de oro en la historia de la guerra moderna.

—Ese "raid" sí que causó sensación en Inglaterra. El pueblo alemán se hallaba convencido, tanto se lo habían repetido, de que el litoral germánico estaba defendido de cualquier agresión enemiga, no sólo por la vigilancia de su flota, sino por un cinturón infranqueable de minas submarinas. Pero la presencia ante su hermoso puerto militar de toda una escuadra inglesa le demostró lo falso de sus ilusiones, el engaño en que le querían hacer vivir.

—¡Pero no importa—comentó jocosamente el capitán—, ya se vengarían de ese "raid" con el muy anunciado contra Londres, del que no dejarían piedra sobre piedra!

Soltó la carcajada el segundo, y poco después se le veía tornarse serio, grave, como sujeto a una honda preocupación.

Tenía sobrado motivo para ello.

En los submarinos ingleses, desde que se usaban los motores de gasolina, hay tres ratas blancas, animales provistos de un olfato fino y delicado, muy superior al del hombre, que

en cuanto el aire empieza a viciarse, se descubre en ellos una rara y particular agitación.

El segundo había notado que una de las ratas daba señales de esa agitación característica, precursora de la explosión de algún gas que ya comenzaba a viciar el aire.

Por fortuna, acudió a tiempo, logrando evitar una terrible catástrofe.

El capitán, luego de convencerse de que gracias al celo de su subordinado, el peligro había abortado, volvió al periscopio, del que ya no se apartó, porque el buque a la vista estaba próximo.

Debía ser un crucero alemán que protegía las maniobras de otro buque, un porta-minas, que estaba llenando aquellas aguas de los temibles enemigos misteriosos.

Pero frente a su casco, enorme y orgulloso, se encontraba, pequeño y escondido, el del "E-11," del glorioso submarino.

A bordo del crucero alemán reinaba la mayor tranquilidad, la más despreocupada animación; diríase que no sólo no se sospechaba la proximidad del submarino, sino la de ningún otro peligro de esos en que tan pródiga es la guerra. Sobre cubierta hablaban y discutían unos oficiales, formando la más curiosa y pintoresca tertulia.

Precisamente comentaban la hazaña del "E-11," su nunca bien elogiado "raid" por el canal de Kiel, que ellos, en su odio de adversario, creían únicamente fruto de una loca e ilimitada suerte.

Lo comparaban, creyéndolo algo muy inferior a la proeza de uno de sus submarinos, cuando echó a pique a tres cruceros ingleses: "Cressy," "Aboukir" y "Hogue," también en estas aguas del mar del Norte.

Hablaban también—¡siempre ilusionados!—de los trabajos de un sabio ingeniero naval para conseguir una mayor velocidad de los submarinos, que les permite acompañar al grueso de las fuerzas navales y entrar en acción en un combate de escuadra.

De pronto, como por ensalmo, cesaron todas las conversaciones: a la tranquilidad de los alemanes siguió en la mayoría una enorme agitación, en algunos un miedo vergonzoso.

Se había oído una explosión. Algo muy grave, fatalmente terrible, ocurría al crucero. Había sido tristemente sorprendido por un certero torpedo.

Este ¿quién lo había disparado?.... El submarino inglés, que se había ido acercando al crucero, rauda, misteriosamente, hasta tenerle a tiro, y después había aprovechado, con fortuna, la ocasión, consiguiendo hacer blanco al primer torpedo.

El crucero alemán se hundió rápida, completamente.

Parecía imposible que aquella enorme mole pudiera desaparecer en tan poco tiempo, ser así tragada por las aguas de la mar.

En la tripulación, como ya hemos dicho, hubo quienes hicieron hermosos alardes de valor sereno y quienes se dejaron arrastrar por un pánico de mujerzuelas.

Los primeros rodearon a su capitán, que daba instrucciones para un ordenado salvamento, que resultó ineficaz por el pronto hundimiento del buque.

Los otros, poseídos de ese miedo que no razona y que hace perder al hombre toda noción de su dignidad, se agredían entre sí ante un aparato de salvamento, del que querían tener, anhelantes y desesperados, el exclusivo uso, y otros, más deminados aún por la locura del temor, se arrojaban por la borda, buscando en el mar su salvación, porque consideraban ya al buque el instrumento maldito de su desgracia.

Empezaba a botarse por los menos pusilánimes, que necesitaron defenderle de los cobardes, convertidos en fieras ante un bote salvavidas, el primero de éstos, cuando el agua lo invadió todo, acelerando prodigiosamente el hundimiento del crucero, en cuya cubierta se encontraba el capitán, firme y solemne, esperando con gesto de hermosa resignación la muerte.

Alrededor del buque, que terminaba de hundirse, se veía el espectáculo más doloroso e imponente. Hombres que luchaban, que se mataban por apoderarse de una tabla, en la que luego confiaban para su salvación. Otros que hacían esfuerzos inmensos, desesperados, por poder seguir nadando, resistiendo hasta que alguien pasase por allí, y a la sazón muy problemático, y les socorriese. Algunos, subidos en los palos del buque, miraban con los ojos extraviados por el dolor y el miedo, cómo el agua subía, les mojaba ya, dentro de algunos minutos les sumergería en su traicionero seno, proporcionándoles la muerte, la muerte más cruel y horripilante.

El capitán permaneció en su puesto hasta el último momento, siendo arrastrado por una ola que debió de servirle de sudario.

Esta agonía del monstruo marítimo no fue presenciada por el submarino, que siguió su ruta en busca del buque porta-minas que no lejos de allí se encontraba.

Dos torpedos necesitó para destruir el citado barco, siendo seguida la explosión del segundo por la de las infinitas materias explosivas que a bordo llevaba el buque sembrador de la destrucción y de la muerte.

Esta explosión fue terrible, produciendo el ruido más horrísono, viéndose por un momento subir hacia el cielo llamas de todos los colores.

Entre esas llamas se distinguían miembros de tripulantes, maderos del buque, todo lo que la explosión hizo saltar en mil pedazos.

La belleza de las llamas polícromas y el horror del resto de la catástrofe producían la más contradictoria impresión, quedando pronto la idea de belleza por la crueldad y amargura.

Un momento, sobre las aguas, enrojeciéndolas, se vió flotar una cabeza, de ojos extraviados, como queriendo saltar.

No lejos de aquella ya piltrafa inerte, un gran trozo de la máquina del buque, que parecía imposible que hubiese podido ser elevado por la explosión, se hundía con pasmosa celeridad.

Pronto del buque no quedó nada; si acaso, delataría su antigua grandeza algún madero, que se alejaba penosa, tardíamente.

La explosión fue tan rápida e inmensa que el torbellino de agua que levantó al canzó al buque, a pesar de que se retiraba a toda máquina.

El capitán, que desde el periscopio había presenciado la angustiosa tragedia, tuvo que retirar la mirada de aquel cuadro de desolación y ruina.

El submarino, cuando llevó a cabo dos nuevas empresas, que unía a su larga lista de actos heroicos, continuó su camino con rumbo a las costas inglesas.

El capitán y el segundo elogiaban la sangre fría demostrada por el jefe del crucero alemán, que con bella nobleza, la creían digna de parangonarse con la demostrada por su paisano y compañero el capitán Loxley cuando la catástrofe del "Formidable".

Una madrugada, estando no lejos de Stymouth, el viejo acorazado inglés "Formidable," fue torpedeado por la proa y la popa por uno o varios submarinos alemanes.

El acorazado se hundió rápidamente, no logrando salvarse más que 200 hombres de su tripulación, los cuales deben la vida al arrojo del pundonoroso capitán Loxley.

Este, que mandaba el buque, permaneció el último sobre su puente, no dejando de dar las instrucciones necesarias para el buen orden del salvamento, ordenando, además, que se disparasen cohetes e hiciesen otras señales para la atracción de socorros.

Por su comportamiento noble y valeroso de marino que supo conservar las tradiciones de su gloriosa patria, mereció de ésta admiración y gratitud sin límites.

Después de este homenaje a los dos capitanes, el segundo dijo, no sin cierta ironía:

—La tripulación es la que no ha estado en el crucero alemán a la altura de la de nuestro acorazado.

—Algunos marinos cumplieron bravamente con su deber—dijo, todo justiciero, el capitán—; pero los otros, sin pasión de enemigo, hay que reco-

nocer que se dejaron invadir por el más vergonzoso miedo.

—Eso, en lo poco que nosotros pudimos verlo, con retirarnos tan pronto del teatro del hundimiento del crucero, que después, como parecía indicar el pánico que tan fuertemente se iniciaba, debió haber escenas abyectas, tristes, de deshonroso miedo.

—Es que, no obstante lo que ambicionaba su Kaiser, para pasar a la Historia con el sobrenombre del Marino, pudo fabricar soberbios buques; pero no logró obtener una buena materia firme, los marinos, que éstos no se improvisan, vienen de raza, como nos sucede a nosotros los ingleses.

Hablando de esta suerte ambos jefes, iban haciendo menos aburrida aquella parte de la excursión, en la que no descubrieron ni un enemigo con el cual probar que nada se opone al "E-11," al célebre "Fantasma del Mar del Norte".

El submarino se aproximaba a las costas inglesas.

Estaba ya cerca del soberbio puerto de Ramsgate.

A medida que iban llegando a los alrededores de dicho puerto, una gran alegría invadía a todos aquellos marinos, que bajo la dirección del capitán habían realizado un tan largo y tan glorioso "raid".

Dedicaron los últimos momentos de la travesía, en original y conmovedor homenaje, a felicitar y aplaudir a su ilustre jefe.

Cuando el submarino hizo su entrada en el puerto inglés, como ya habían llegado las noticias de sus grandes hazañas, los buques que allí estaban también surtos fueron engalanados con banderitas británicas.

Un buque de guerra saludó su entrada, como se merecía el "Fantasma del Mar del Norte," con varios cañonazos.

Ya amarrado el submarino, su capitán fue cumplimentado por las autoridades de Marina, así como por las civiles.

Además, el pueblo se asoció al homenaje, que por todo inglés corre sangre de marino, particularmente cuando el capitán fue al Ayuntamiento para devolver la visita que le habían hecho las autoridades locales, quienes le felicitaron entusiásticamente.

En el Ayuntamiento, como en una recepción improvisada, lo esperaban todas las autoridades y los personajes de la población.

La primera autoridad local pronunció un elocuente discurso elogiando al gran marino que con su soberbio "raid" había dado nuevos días de gloria a la Marina inglesa, a esa Marina que posée el nombre maravilloso y único de Nelson.

Le dió las gracias, llorando por la intensa emoción, el bravo capitán, declinando todo el mérito de la empresa en la colaboración decidida y eficaz que siempre encontró en sus subordinados, en sus "queridos hermanos del submarino," y también a la ayuda de la Providencia, que en toda ocasión veló por ellos, no proporcionándoles más que ocasiones de servir con honra y fortuna a Inglaterra.

Cuando terminó de hablar estalló una ovación frenética y unánime, en la que se oían entusiastas vivas al capitán del "Fantasma del Mar del Norte".

En aquellos instantes, instantes de hermoso júbilo, llegaba a manos del capitán un despacho que coronaba su felicidad, pues en él le anunciaba el ministro de Marina que le había sido concedida la más alta recompensa de la Marina de guerra, y que tanto él como las autoridades del Almirantazgo, le felicitaban calurosamente por sus épicas proezas.

Cuando, de vuelta al submarino, el capitán se encontró entre los suyos, no pudo menos de confesar:

—¡Tanta honra me conmueve más que la proximidad de un peligro y que el anuncio de un combate!

....Y volvió a verter lágrimas, ¡lágrimas de sincero agradecimiento, de efusivo afecto!

(VIENE DE LA PAGINA 15).

los culpables, el superintendente del **Maine Central Railroad,** efectuaba un rápido viaje durante la noche, en tren especial, desde Mattawamkeag, a cincuenta millas más allá, trayendo consigo un agente judicial, para que se cargo de los perjuicios sufridos. Apenas llegaron ambos a la estación de Vanceboro enviaron a buscar a Mr. Doe, y cuando este llegó a las siete en punto, el Canadá se hallaba también representado por dos representantes de la ley, vestidos de uniforme. Siendo el ocurrido un caso perteneciente a la Ley y no al Comercio, Mr. Doe se hizo cargo del asunto, exponiendo a los demás que lo primero que había que hacer era dar aviso a todas las estaciones por telégrafo y detener a todos los sospechosos. Inmediatamente después se dirigieron todos al hotel.

Una vez allí Mr. Tague les habló del alemán que tranquilamente dormía en el piso tercero, y les condujo hasta el cuarto que ocupaba. Mr. Doe llamó a la puerta.

—¿Qué es lo que desean? —interrogó, desde dentro, Werner Horn.

—Abra usted la puerta—intimó Mr. Doe.

El corpulento alemán abrió la puerta y al ver los uniformes canadienses dió un salto para llegar hasta donde estaba su abrigo. Mr. Doe le detuvo y uno de los alguaciles cogió el abrigo y el revólver que se hallaba en un bolsillo. Cuando Mr. Doe le dijo a Horn que él era un funcionario norte-americano, aquél cesó de hacer resistencia diciendo:

—Eso es otra cosa. Creí que todos eran canadienses. Pero yo no puedo hacer daño alguno a ningún ciudadano de Norte-América.

Mr. Doe esposó a Horn, atándole a su propio brazo y le condujo al Departamento de Inmigración para interrogarle. Una vez allí Horn relató una sincera historia de lo ocurrido, añadiéndole un detalle falso, que intrigó a la opinión más que todo el resto y que más tarde reveló claramente el verdadero carácter de Horn.

Este falso detalle que el de que él no había traído la dinamita en su maleta, sino que él había llevado la maleta vacía hasta el puente donde, según previo convenio, se había encontrado con un irlandés, procedente del Canadá, al que él dió la contraseña de "Tommy," y que este irlandés le había entregado el explosivo desapareciendo después.

"Tommy" se convirtió inmediatamente en una obsesión para todos, que llegó a eclipsar al mismo Werner Horn. Funcionarios canadienses registraron cuidadosamente la orilla del río por la parte del Canadá durante varios días en busca de este peligroso renegado, y los norte-americanos por su parte, le buscaron con el mismo celo e interés.

En tanto Horn se hallaba en una situación peligrosísima. Se discutía su linchamiento en ambos lados del río y tal vez solamente una rápida acción por parte de las autoridades locales podría evitar que aquél se llevara a la práctica. Para alejarle de este peligro se le acusó, ante el juzgado de guardia, de haber roto el cristal de una ventana en una de las casas de Vanceboro; él se declaró culpable y fue inmediatamente trasladado a Machias, la cabeza de partido, para cumplir una condena de treinta días de cárcel. Cinco días después de la explosión el Departamento de Justicia tenia la confesión firmada por Horn, que había sido tomada en persona por el Jefe de las Oficinas de Investigación.

En esta confesión fue donde Werner Horn se reveló como un patriota y como un verdadero caballero, dando a conocer, inconscientemente, que el cínico Von Papen era un embustero y un criminal de la mayor sangre fría, y, por segunda vez en los primeros meses de la guerra, se vino a saber que él y Bernstorff eran el brazo secreto de que se valía el Gobierno Imperial de Alemania, para violar la neutralidad de Norte-América.

Cuando el funcionario del Gobierno vió a Horn en la cárcel de Machias, le advirtió que de sus declaraciones dependía el que se consiguiese su extradición al Canadá o el que se siguiese aquí su causa. Horn volvió a referir la misma sincera historia del caso, con el mismo falso detalle del "Tommy".

—Encontré un hombre blanco —dijo Horn—al que nunca había visto antes, que podía tener de 35 a 40 años, afeitado por completo. Este era "Tommy". "Tommy" se me había dicho que le llamara cuando le encontrase. Yo no puedo decir nada que se relacione con la Embajada o con los Consulados. Alemania está en guerra. Yo he recibido, no obstante, una orden, de una persona autorizada para dármela. Uno orden verbal, que fue recibida por mí dos o tres días antes de salir de Nueva York para Vanceboro.

Después agregó:

—No puedo hablar de la persona que me dió las órdenes. No puedo ni siquiera decir si era un oficial. Nadie se hallaba presente cuando se me dieron estas órdenes en Nueva York. Y no puedo decir más, porque estos son asuntos de la madre patria. Prefiero mejor ir al Canadá (donde sé que quieren lincharme), que decir una palabra más a cerca de este asunto, por lo menos hasta que la guerra termine.

Horn convino en que él había encontrado varias veces a Von Papen en el Club Alemán de Nueva York, pero no hubo forma de hacerle confesar que era el mismo Von Papen el que le había dado las órdenes para la comisión del delito. Pero el Jefe de las Oficinas de Investigación hace notar que a Horn le costaba gran trabajo mentir y que cuando en su declaración afirmaba alguna cosa que no era verdad lo hacía con gran dificultad y embarazo. De todos modos viendo al acusado dispuesto a correr cualquier riesgo antes que añadir una palabra más a lo ya dicho, y determinado



Este refugio se encuentra en un bosque del frente francés.

también a sostener la existencia del absurdo cómplice "Tommy," se escribió a máquina una detallada información de los hechos y se le dió a Horn para que la firmase.

Horn la leyó y manifestó que se hallaba dispuesto a firmarla. Entonces el delegado del Departamento de Justicia añadió algunos párrafos a la nueva información, con su pluma, escribiendo, al final, las siguientes palabras:

"Yo certifico por mi honor como oficial alemán que las anteriores declaraciones son verdaderas." Y le entregó a Horn la pluma para que firmara. Este al leer el último párrafo se quedó perplejo. Volvió a leer las primeras páginas de la declaración, se sonrojó, se rascó la cabeza, y por último hizo una mueca pronunciando una sola palabra:

"Tommy".

El delegado le interrogó:

—¿Quiere usted decir que todo es verdad excepto "Tommy"?

—Sí.

Horn era incapaz de firmar una mentira, declarando por su honor que era verdad, antes de la firma escribió: "excepto en lo de "Tommy," y que yo no compré la nitroglicerina sino que me la entregaron en Nueva York y la llevé conmigo en la maleta. Yo no puedo decir quien me la dió.—**Werner Horn**".

Si Werner Horn hubiera sido menos honrado, menos humanitario, la infame maldad de sus imperiales señores hubiera estado menos claramente visible. El fue el único que demostró tener un pundonoroso respeto hacia la neutralidad norte-americana, mientras ellos se burlaban de ella. El fue el único que no vaciló en arriesgar su propia vida, antes que poner en peligro la de los demás, mientras ellos cómodamente en Washington desarrollaban los planes para colocar en los timones de los barcos norte-americanos las bombas que habían de añadir otro capítulo de horror a sus crímenes.

Un simple criminal en Vanceboro podría haber sido acusado de excederse en las instrucciones recibidas. Werner Horn rehusó el llevar a cabo las instrucciones que se le habían dado.

No podemos sustraernos al deseo de referir aquí un humorístico incidente relacionado con este caso, y que refleja la actitud general de los norte-americanos en aquella época. Desarrollábase allí un drama de política internacional en el que germinaban las semillas que habían de dar como fruto su entrada en el conflicto, viéndose en lontananza el derroche consiguiente de lágrimas, de oro y de sangre. Y en medio de esta lúgubre perspectiva, aparecía la figura del comerciante **yankee**, ofreciendo a Horn un pomo de ungüento para curar sus manos heladas y solicitando un testimonio que sirviera para comprobar el sorprendente efecto de la citada medicina.

Pero aunque esto no tiene importancia su significado es grande porque demuestra cual era el espíritu que predominaba en Norte-América en el mes de febrero de 1915, cuando el pueblo se hallaba aún dormido y sin darse cuenta de los peligros a que estaba expuesto, pero en cambio se encontraba bien despierto para ver las ventajas que la guerra pudiera ofrecer al comercio. Bien podían Bernstorff y Von Papen y bien podía el Kaiser en Berlin, sonreírse y asombrarse ante un pueblo **tan cándido.**

Pero el Gobierno de los Estados Unidos seguía ya la pista a los conspiradores y ni era estúpido ni estaba dormido. En tan-

to que se hallaban ocupadas las autoridades con el largo proceso legal en el cual los intrigantes alemanes trataron en vano de evitar que Werner Horn fuera entregado a las autoridades canadienses, en todo el pueblo norte-americano se desarrollaba una gran actividad al mismo tiempo que un acendrado patriotismo. Cómo el Departamento de Justicia, ayudado de comerciantes, abogados, doctores, etc., tejió pronto una red de agentes especiales en cada ciudad y en cada pueblo, ya ha sido relatado al hacer la historia del complot organizado para colocar las bombas en los barcos, que era otra de las infernales maquinaciones de los alemanes; otra de las más terribles crueldades concebidas por Von Bernstorff y Von Papen, y al mismo tiempo fue la más admirable de las obras realizadas por el cuerpo de detectives creado por el Gobierno de los Estados Unidos.

SECCION CIENTIFICO - INDUSTRIAL

Descripción de las enfermedades y parásitos que infectan a los animales domésticos, escrita por los señores Doctor Fleming y Profesor Mc. Queen, notables hombres científicos dedicados a la Veterinaria.

Traducido especialmente para "La Actualidad." por P. A. Z.

CATAPLASMAS

Las cataplasmas se usan para aliviar el dolor, suavizar el cuerno u otros tejidos, y cuando se emplean como antisépticos, limpian y promueven la acción curativa en las heridas. Para que sean beneficiosas han de ser grandes y han de conservarse húmedas. Para aplicar las cataplasmas en las patas, puede procurarse con ventaja un pedazo de saco, o mejor dicho, una bota para cataplasma que la pueden hacer los talabarteros. Las cataplasmas generalmente se preparan con afrecho, aunque éste tiene la desventaja de secarse pronto, para impedir lo cual ha de mezclarse con harina de linaza o con un poco de aceite del mismo nombre. Las cataplasmas antisépticas que contienen lysol, izal, ácido carbólico o creolina, son muy útiles en el primer tratamiento de las heridas infectadas o punzadas. Se emplea una cataplasma de carbón de leña cuando se trata de quitar un dolor ofensivo. Para hacerla, se mezcla harina de linaza con agua hirviendo, y se mueve hasta que se forma una masa blanda; a esta masa se le mezcla un poco de carbón de leña en polvo, y cuando ya está lista la cataplasma para aplicarla, se le rocía más carbón en la superficie.

Hagamos notar que, en vez de estos materiales que sirvan para la preparación de cataplasmas, se puede emplear con éxito la espongiopilina. Se empapa en agua caliente un pedazo de suficiente tamaño, y se aplica a la parte, cubierta con seda aceitada o una sábana impermeable asegurada con cintas. Hasta una esponja ordinaria, empapada en agua caliente y cubierta con una tela impermeable, hace las veces de un buen emplasto; es a propósito para adaptarla a la garganta, en el espacio comprendido entre las ramas del maxilar inferior, así como puede adaptarse también a las articulaciones inferiores de las piernas.

ENEMAS O LAVATIVAS

Las enemas o lavativas se aplican cuando hay fiebre, estreñimiento, cólico, etc., para vaciar la porción posterior de los intestinos. Se pueden administrar con una jeringa grande capaz de contener un litro o más de agua, provista de una boquilla o tubo de 12 pulgadas de largo, o con un gran embudo que tenga una boquilla larga en ángulo recto. Puede emplearse agua, jabón y agua, o aceite. Para poner una ayuda es preciso levantar una de las patas delanteras del caballo, y mantenerla levantada, mientras el operador introduce la boquilla, untada de aceite o de manteca, con mucha suavidad y firmeza, en el recto; en seguida se inyecta el agua. La cantidad que se inyecte dependerá de la clase de enfermedad y del tamaño del caballo; de dos a cuatro litros hasta varios galones de agua pueden usarse.

ENFERMEDADES EPIZOOTICAS Y CONTAGIOSAS

Las enfermedades epizoóticas que afectan al caballo no son numerosas, y generalmente han de considerarse como específicas e infecciosas o contagiosas por su naturaleza. Una clase de epizootia favorable se extiende debido a la propagación de un agente que es el que la origina. Se ha probado que ese agente, en la mayor parte de enfermedades, es un micro-organismo, y no cabe duda que es el mismo en todas las demás.

EL MUERMO COMUN Y CUTANEO

El muermo, o equinia, una de las enfermedades más graves del caballo, del asno y de la mula, prevalece casi en todas partes del

mundo. Es una enfermedad inoculable y contagiosa, causada por el bacilo mallei, y afecta de manera especial los pulmones, la membrana mucosa respiratoria y el sistema linfático. El agente virulento del muermo parece desarrollarse con mayor facilidad en los caballos que se mantienen en establos sucios, repletos y mal ventilados; o en los que han trabajado demasiado, y están mal alimentados o débiles. El muermo, sin embargo, se debe siempre al contagio, y en la infección natural puede contraerse inhalando los bacilos, ingiriendo el virus con el alimento o con el agua, o por inoculación en una herida de la piel o de la membrana mucosa. Los animales carnívoros — leones, tigres, perros y gatos — se han infectado al comer la carne de caballos que han muerto de muermo; y las personas que asisten a los caballos enfermos están expuestas a infectarse, especialmente si tienen lastimaduras en las partes del cuerpo que quedan a descubierto. Aunque es por las heridas por donde el hombre contrae con mayor facilidad la infección, los bacilos pueden penetrar también por los órganos digestivos, los pulmones, las membranas mucosas de los ojos, la nariz y los labios.

En la descripción de la equinia se hacen algunas veces diferencias entre el muermo con úlceras nasales y otros síntomas de enfermedades de las vías respiratorias, y el muermo cutáneo; pero en realidad, no hay diferencia esencial. El muermo y el muermo cutáneo se deben al mismo microbio que los origina, y ambos pueden ser agudos o crónicos. El muermo agudo es siempre rápido y fatal, y el crónico puede convertirse en agudo o terminar por una recuperación aparente de la salud.

Los síntomas del muermo agudo, son: fiebre inicial con lo que siempre le acompaña: sed, pérdida de apetito, pulso y respiración acelerados, extenuación, languidez y pereza en el movimiento. Algunas veces las piernas y las coyunturas se inflaman, y el caballo se mantiene tieso; pero los síntomas característicos, son: derrame viscoso y amarillo-verdoso de una o de ambas narices; engrandecimiento y abultamiento de una o de las dos glándulas linfáticas submaxilares, las cuales aunque estén muy doloridas, raras veces supuran; en la membrana nasal aparecen barrillos de color amarilento, o pústulas que se convierten en úlceras profundas de bordes rasgados, y algunas veces en el septo o tabique hay grandes manchas de profunda ulceración. El derrame de la nariz se adhiere a las ventanas y al labio superior, y esa especie de forro nasal infiltrado, impide la respiración y causa resoplidos y bufidos frecuentes. Los vasos linfáticos de la cara quedan a menudo envueltos, y aparecen como "cordones" subcutáneos dolorosos que pasan por los carrillos. Estos vasos algunas veces presentan nódulos (abultamientos) que se rompen y echan pus glutinoso. A medida que la enfermedad avanza, las úlceras de la nariz se vuelven más numerosas, se engrandecen o se tornan confluentes, aumentan su profundidad y algunas veces perforan del todo el tabique. El derrame nasal, ahora más abundante y tenaz, sale estriado de sangre y es repulsivo; la respiración es ruidosa, y puede haber tos con hemorragia nasal. Inflamaciones edematosas y dolorosas aparecen en el hocico, en el cuello, entre las patas delanteras, en el costado, en las patas traseras, y los "botones del muermo" (como se les llama) pueden formarse en algunas de las partes inflamadas. Los síntomas de congestión pulmonar, o neumonía y pleuresía, con postración extrema, diarrea y respiración dificultosa, preceden a la muerte que se debe a la asfixia o al agotamiento.

El muermo crónico o latente presenta por lo general pocos síntomas definidos. El animal sospechoso puede padecer de derrame nasal, o de glándulas submaxilares abultados, o de ambas cosas, y pueden existir nódulos enteros en el septo, sin que haya ulceración visible en la membrana de la nariz. En algunos caballos la sospecha del muermo puede ser provocada por lastimadura o repentina hinchazón de una coyuntura, por soltura de orina, pereza, malestar y prodigalidad general, o por inapetencia, elevación de temperatura, cernejas inflamadas, con tos seca y entrecortada, catarro nasal y otros síntomas del resfriado común. Con el descanso en el establo mejora el caballo, no obstante continúa, de un lado, el derrame nasal, aumenta de tamaño la glándula submaxilar, y después de un intervalo, aparecen las úlceras en la nariz, o se forman los "botones de muermo" en la pierna inflamada. En el muermo oculto el caballo puede aparecer como si se hallase en buena salud, y realizar el trabajo ordinario. En estos casos la enfermedad sólo se descubre recurriendo a la inoculación o por medio de la prueba de la malleína.

En el muermo cutáneo los síntomas se presentan en la piel de una pata, generalmente trasera, en la que los vasos linfáticos se inflaman y se ulceran. La pierna se presenta muy hinchada, y el animal se mueve con dolor y dificultad. Los linfáticos aparecen como líneas prominentes ("cordones"), y al tocarlos se sienten duros y el animal experimenta dolor; a lo largo surgen inflamaciones nodulares que son precisamente los llamados "botones de muermo". Estos pequeños abcesos se revientan y de ellos sale un pus estriado de sangre, glutinoso, dejando aberturas que curan con mucha lentitud. Hay elevación de temperatura junto con otros síntomas propios del malestar general.

El tratamiento médico del muermo o muermo cutáneo no ha de intentarse. De este mal se ocupa la Ley sobre Enfermedades Contagiosas (de los animales). Los caballos que presentan síntomas sospechosos, o los que han estado en contacto o permanecido en el mismo establo con caballos atacados de muermo, es necesario

separarlos y probarlos con malleína. Los animales que se encuentren enfermos han de ser destruidos inmediatamente, y los harneses, cobertores y demás utensilios que se hayan empleado, deben limpiarse perfectamente, al mismo tiempo que se desinfectan los pesebres, compartimentos de la cuadra y demás lugares que haya frecuentado el caballo. El forraje que hayan dejado los caballos atacados de muermo debe quemarse.

LA MALLEINA

La malleína, que es casi indispensable en el diagnóstico de muermo latente, fue descubierto en 1888 por Helman, cirujano veterinario del ejército ruso, y la primera demostración completa de su valor diagnóstico, la dio Kalming, también ruso, en 1891. La malleína, preparada para el diagnóstico del muermo en los animales, es el líquido esterilizado y filtrado de la cultura de los bacilos del muermo. Por tanto no contiene ni microbios muertos, pero tiene en solución ciertas substancias que deposita en el líquido el bacilo durante el período de su crecimiento (McFadyean). Empleada con las precauciones adecuadas, e inyectada subcutaneamente en un animal atacado de muermo, la malleína da origen a una marcada elevación de temperatura y a una inflamación extensa y dolorosa en el sitio donde se puso la inyección.

LINFANGITIS EPIZOOTICA

La linfangitis epizoótica es una enfermedad eruptiva y contagiosa del caballo, ocasionada por el cryptococus farciminosus, caracterizada por inflamaciones nodulares y supuración de los linfáticos superficiales. La enfermedad puede trasmitirse por contagio mediato o inmediato. La erupción generalmente aparece en las piernas, pero puede presentarse también en el cuerpo, o en la cabeza y el cuello. Los síntomas se parecen mucho a los del muermo cutáneo, de la cual esta enfermedad se diferencia rápidamente por medio del examen microscópico del pus que sale de las llagas, o haciendo en el caballo la prueba de la malleína. El muermo y la linfangitis pueden coexistir en el mismo animal. Es enfermedad incluida en la lista de las contagiosas, y no ha de intentarse el tratamiento médico.

(CONTINUARA)

UNA OPINION ACERCA DE LOS TERREMOTOS

La tierra, como ya se sabe, es de naturaleza cavernosa, y esas cavernas están llenas de gases, de sustancias líquidas o de ambas cosas a la vez, que actuando sobre sí mismas o sobre cuerpos sólidos producen en definitiva grandes cantidades de electricidad. Esa electricidad se queda acumulada dentro de las mismas cavernas, en completa calma o absoluto reposo, mientras una causa poderosa sobreviene y rompe la tranquilidad.

Nubes eléctricas corren por nuestra atmósfera planetaria en tales o cuales direcciones a virtud de diferentes causas; y originan el rayo, la tempestad en distintas formas, y un sinnúmero de fenómenos conocidos o desconocidos.

Cuando una nube, poderosa digamos, bien cargada de electricidad contraria a la que existe en las cavernas terrestres, pasa sobre ellas a una altura proporcionada, las influencias a través de la corteza terrestre, siempre que esa corteza no sea suficientemente densa o aisladora; y tiende, mientras pasa, a recomponerse bruscamente con la electricidad interior, —ni más ni menos que cómo se produce el rayo. Si la corteza resiste, la recomposición no se efectúa, que es precisamente lo que ha venido sucediendo en Guatemala; y por el contrario cuando no resiste se verifica la recomposición, ocasionando ese fenómeno que se llama erupción de los volcanes. En uno y en otro caso tienen lugar los sacudimientos de tierra que denominamos temblores o terremotos.

Son los temblores, pues, la consecuencia de un fenómeno eléctrico bastante conocido,—el resultado del rayo poderoso que tiende a verificarse o que se verifica al igual que entre dos nubes o una nube y un árbol, entre una nube que pasa y una caverna que yace bajo nuestro suelo, quizá ignorada de nosotros.

Que existen gases interiores que pugnan o no por salir, lo creemos cierto; pero no pensamos que esos gases sean la causa eficiente de los terremotos. Esos empujes, esos aparentes desprendimientos, no parece que fueran el efecto de la expansibilidad de gases cuya tensión es más o menos continua, —sino que obedece a una causa que llega y pasa, y que a veces se repite.

Que los sismos provengan de hundimientos y compresiones de gases, de alojamiento de éstos en cavernas llenas y de ampliaciones de acomodación, lo conceptuamos posible; pero vemos muy remoto, en casos como los de Guatemala, que esos hundimientos se estén verificando a cada rato y enviando en una misma dirección para las mismas regiones, esos gases, que ya fueron desalojados por cierto desde el primero de los hundimientos. Creemos por ello que la causa que origina nuestros terremotos o temblores no puede ser esa, ni que tampoco lo es en otras partes, sino que, conforme a lo que dejamos expuesto, es una causa menos localista que actúa en diferentes lugares del planeta terrestre impresionando o no, según la naturaleza del terreno.

Que hay terrenos volcánicos y no volcánicos creemos efectivamente que los hay, pero no los conceptuamos tales porque tengan o no montañas y gases comprimibles, sino porque la electricidad química de sus cavernas interiores

pueda o no ser influenciada por la electricidad atmosférica, dado el espesor de la corteza aisladora o la naturaleza del terreno.

Que las regiones montañosas son más influenciables, fácilmente se comprende, pues que su estructura misma obedece a esas influencias, que continúan donde otras veces lo hicieron con alguna eficacia. Como a manera de tanteo pasan las corrientes eléctricas pretendiendo extraer lo que casi extrajeran en épocas pasadas; y extraen efectivamente en muchas ocasiones los depósitos de electricidad que quedan en el subsuelo; de la misma manera que en tiempos de la formación de nuestro planeta extrajeron del fondo de los mares los vastos continentes.

Ya se ve, pues: nos estamos refiriendo a una fuerza formidable de atracción, que es la misma que rige al Universo; que produjo el crecimiento del planeta cuando joven, y que ahora, siendo viejo, rugoso y endurecido por los años, produce apenas la tempestad, el rayo y nuestros deplorables terremotos.

Conclusión:

Si se descarga una nube para evitar el rayo, ¿no podría descargarse una nube para evitar los terremotos?

Cien mil dólares para quien descubra el aparato.

Ge. Ce.





El Príncipe de Gales interroga a un sargento francés.




EPIGRAMAS

Al llamarte *recatada*,
te tratan como mereces:
que, aunque pareces honrada,
en tu vida disipada
te han catado muchas veces.

*
* *

A su linda novia, Arturo,
el pañuelo le pidió
como prenda de amor puro;
pero ella se lo negó.

Y viendo triste al cuitado,
un amigo le decía:
—Si el pañuelo te ha negado
es que ....motivos tendría.........

CHAS CARRILLO.

LOS PAJES DE TU LEYENDA

A una bella rubia

Cerca de la estatua de una bailarina griega toda ritmo, impecable blancura y alucinante voluptuosidad, el viejo mercader judío puso dos turquesas. De su fulgor daría ligera idea el más bello azul de nuestros cielos; son las más valiosas de sus ricos tesoros; son dos piedras preciosas de milagro comparables únicamente con el brillo de tus ojos cuando miran pasar las nubes vagabundas, los astros que en el misterio de la noche diríase que tiemblan o acarician—desde lejos—alguna flor. Las turquesas son como tus ojos inundados de sueño: Tus grandes ojos son dos turquesas radiantes de vida.

Recordando el subyugador brillo de tus ojos de ternura y de pasión; contemplando las turquesas arrancadas tal vez a la corona de una diosa, un poeta, un juglar que narra muy románticas historias, deleite de tu soñadora imaginación, me recitó un poema: el de los pajes de tu leyenda.

*
* *

Empezaba....

Eres una linda princesa. ¿Qué manos más níveas y suaves que las tuyas? ¿Qué carmín más sangriento que el de tu boca? ¡Ninguna fragancia tan embriagadora como la de tus cabellos!

Hay en tu vida tres pajes que mueren de tristeza si no te ven, que intensamente gozan cuando oyen pronunciar tu preclaro nombre. Pajes de ensueño; adivinos de tu juvenil pensamiento; tres súbditos: el Paje Blanco, el de color de Rosa y el Paje Azul....

El Paje Blanco evoca los jubilosos días de tu infancia: cuando corrías en tus jardines persiguiendo mariposas, y amabas los gorriones y llorabas si se marchitaba alguna flor: cuando arropabas a tu rubia muñeca porque tenía frío y dormías sobre el regazo materno oyendo cuentos....

El Paje Rosa, sonriente y parlero—un poeta que sabe de todas las galanterías—te explicó la divina primera ilusión. Te dijo cómo Eros, irresistible y traidor, dispara a sabiendas—por más que le pinten ciego—las flechas de su arco. Con un poeta amigo respondió a tu florida interrogación: ¿Qué es amor? Y te dijo de la canción arrulladora que en la noche silenciosa vibra y al corazón asciende; del pensamiento que siempre te sigue; de la melancolía de los jardines cuando tú no llegas en la grata mañana; del placer del rayo de luna que filtrándose entre el follaje rueda por tus blancas mejillas y te besa en

la boca; del amor del agua cuando con sus ondas te acaricia y te cubre....

El Paje Azul es un príncipe. Viene de muy lejos: Trae fragantísimas flores para tu cabellera, tus manos y tu corpiño. Su palabra es música y miel que una vez oída nunca podrás olvidar, porque desde entonces Amor, Pasión y Ternura, tres hermanos gitanos, vivirán en tu corazón: En él tendrán tibio nido.

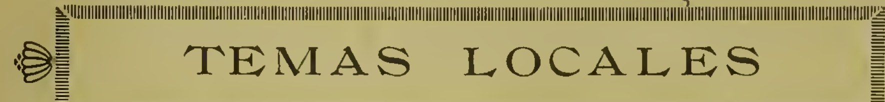
Y aunque embelesada escuchas el poema, imagino que tus ojos de milagro—las dos turquesas vivas —allá muy lejos divisan al Paje Azul que ya se aproxima.... Se advierte, por más que procures disimular, el júbilo de tus ojos, el ligero temblor de tu cuerpo y se oye el latir de tu corazón....

Envío

Que el Paje Azul, adorable Princesa Rubia, prontamente llegue mientras mayor felicidad traiga para tí.... Mira hacia tu jardín de ensueño que está floreciendo: hay en él bandadas de mariposas y gorriones.... Tu vida, noble por el sentir y el pensar, es una canción de esperanza y un poema de dicha. Alegría es ahora tu compañera. ¡Quiera el Destino que siempre lo sea!...

Andrés LARGAESPADA.

Guatemala-1918.




TEMAS LOCALES

CARTAS A CLARA

Mi muy amiga y muy amada:

Un hecho sensacional ha ocurrido aquí: el puñal empuñado por mujer de 18 años envió a la tumba a un joven estudiante de Derecho. El caso de una mujer que mata no es nuevo; el de un joven que muere a manos de la mujer que amó, tampoco lo es; pero ello no quiere decir que deje de ser lamentable y triste eso de que lo que comenzó en idilio concluya en tragedia, de que la sangre venga en pos de los besos y el puñal escriba la página última de una historia de amor.

El está muerto. Al cementerio se fue rodeado por los compañeros suyos que demostraron apreciarle mucho, pues según dicen mucho valía. Hubo discursos. Sus amigos sinceramente han deplorado la desgracia ocurrida al estudiante. Mas, dentro de poco, la vida con sus múltiples facetas les irá disminuyendo la impresión que hoy experimentan y el amigo muerto concluirá por ser para ellos un recuerdo, uno de esos muchos recuerdos tristes que todos los humanos seres llevamos en el alma, como en una caja que abrimos cuando las tardes son sombrías y las noches son largas.... Pero queda ella, la mujer que amó, la que supo de la alegría del querer, de la gloria de la cita, del calor del beso; y supo después de las amarguras del desengaño, de la tristeza infinita de la hembra que ve alejarse al amado sin tener ya ocultos hechizos con que retenerle. Queda ella en cárcel en plena juventud, frente al espectro sangriento del hombre que inoculó en sus venas el veneno del amor, y que después, pasada la hora de la ilusión, quiso alejarse como se aleja el dueño de la bestia en que ha cabalgado durante una jornada, como se aleja el jardinero de un rosal al que ha despojado de sus flores.

Este caso, como bien comprenderás, me ha preocupado mucho. A varios abogados y a un muchocho que estudia leyes les he preguntado: ¿Es culpable esta mujer? ¿Será condenada? Unánimemente me han respondido todos que sí. Claro, como que las leyes han sido hechas por los hombres, les he respondido. Me han querido convencer de que ante la ley el hombre y la mujer son en este caso iguales; que el juez lo mismo condena al hombre que mata a una mujer por amor, que a la mujer que por amor mata a un hombre.

No he podido con ventaja replicarles. Sus argumentos, quizás, serán muy fuertes bajo el punto de vista legal; pero en mi modo de pensar hay una enorme diferencia entre el hombre que mata y la mujer que mata, cuando son celos o amores impetuosos los que a ambos guían.

Un hombre dispone de mil medios para conquistar el amor de una mujer y para conservarlo. Basta leer a nuestro viejo Balzac para formarse idea de los mil y mil recursos que el destino ha dejado en poder de los hombres en esa que podríamos llamar guerra eterna del amor.

Una mujer, en cambio, no dispone más que de ella misma para conquistar un corazón y para conservarlo. Cuando ella ya no despierta en el amado ninguna sensación amorosa, está perdida irremisiblemente perdida para ella la partida. Esto lo sabemos todas, por experiencia unas, por intuición otras, pero es cosa que a ninguna hay que demostrar. Pues bien, esto que para cualquier mujer es claro como el agua, no lo entienden los hombres. Estoy convencida de ello.

No me han comprendido cuando quise establecer ante ellos la diferencia existente entre estos dos casos: que un amante mate a su amada, y que una ex-amada mate a su ex-amante. El otro día, les dije, un joven disparó su revólver sobre una jovencita que le corres-

pondía en sus amores, que era su novia, que lo quería mucho. El fue a la cárcel y creo que en ella debe estar. Era amado y sin embargo mató. Ya estuviese borracho de alcohol, ya borracho de celos, que es también borrachera esta, lo cierto es que mató. ¿Cómo va la ley a castigar lo mismo a este hombre que a la muchacha que ayer le dió una puñalada al hombre que le había jurado amor eterno?

¿Podrá ser jamás igual un caso al otro?

¿No hay en contra del primero mil circunstancias agravantes y en favor de la segunda mil atenuantes?

El primero mató siendo amado; la segunda habiéndolo sido. El hombre mató cuando era triunfador; la mujer cuando era vencida.

¿Sabes lo que me han contestado? Que la ley no puede apreciar estas cosas y estados del amor, que si así se hiciera, habría que promulgar una ley para cada caso; y mil otras cosas más muy sensatas, muy razonables, muy... de hombres, en fin, de hombres que nada saben de la tristísima impotencia de la mujer que después de haber amado mucho y sacrificado su virtud en aras del amor, se ve menospreciada por el que le juró cariño eterno, por el hombre en el que las cenizas del hastío, han venido a sustituir a la hoguerra de la pasión.

Te lo repito, Clara: las leyes han sido hechas por los hombres y por esto en ellas aparece la garra del león, el sello del señor, del amo, del que quiere serlo todo y la mujer nada. Si una mano femenina hubiese escrito algunos artículos de los códigos, créeme, querida, que serían mejores, más humanos; irían más acordes con la vida, habría en ellos muchas cosas que no hay, más amparo para la mujer, más garantía, más respeto para el amor.

La mujer casada no puede aquí disponer de sus bienes, ni contratar, ni hacer casi nada sin permiso del marido. Pero si una mujer casada comete un delito no es el marido el que va a la cárcel sino ella. ¿Te parece esto justo? Si el marido es el dueño y señor, que cargue también con la responsabilidad de los actos de la mujer. Para ellos las gangas; para nosotras las cargas. Para ellos en el amor todos son triunfos. Deshonrar a una chica es una gloria, dejar a una mujer la carga de la maternidad, sin el honor de ser esposa, es muy legítima victoria!

Siempre tuya.

Luz de LUNA.

* * *

POSTAL DE CLARA

No pude, carísima amiga, resistir a la tentación de enseñar tu carta a mi marido y se ha reído de lo lindo. Telegrafía, me dijo, inmediatamente a Lucita que no deje perder la oportunidad de integrar la Comisión Codificadora, que hasta hoy todavía no ha reformado los códigos. Dile que las **luces de esa luz** no pueden quedar perdidas y que se apresure a introducir en el Código Penal un largo capítulo que trate del amor, de los derechos y deberes de los amantes, de las penas en que incurran los hombres que dejen de amar, y de los derechos que adquieran las mujeres que como Magdalena "mucho hayan amado". Después, ya más formal y serio, me dijo: "al contestarle, no te olvides de decir a Luz una cosa: que recuerde que si los hombres hacen las leyes, las mujeres hacen las costumbres y aque aquéllas vienen a ser reflejo de éstas. Píntale el profundo respeto que hay por la mujer en los Estados Unidos y cómo allá no se juega con el amor ni el corazón de ninguna". No necesito pintártelo, pues tú, aunque no hayas estado allá, ya lo sabes por tus lecturas.

Perdónale sus bromas acerca de tus teorías de innovación en las leyes. Deploro profundamente el caso ese de que me hablas. No absuelvo ni condeno a la chica. Me limito a compadecerla, y te digo con toda el alma:

¡Pobre ella!

CLARA.

LA DEMOCRACIA NORTE-AMERICANA

Todo juicio severo que se formule de los americanos del Norte debe empezar por rendirles, como se haría con altos adversarios, la formalidad caballeresca de un saludo. Siento fácil mi espíritu para cumplirla. Desconocer sus defectos no me parecería tan insensato como negar sus cualidades. Nacidos—para emplear la paradoja usada por Baudelaire a otro respecto—con la **experiencia innata** de la libertad, ellos se han mantenido fieles a la ley de su origen, y han desenvuelto, con la precisión y la seguridad de una progresión matemática, los principios fundamentales de su organización, dando a su historia una consecuente unidad que, si bien ha excluido las adquisiciones de aptitudes y méritos distintos, tiene la belleza intelectual de la lógica. La huella de sus pasos no se borrará jamás en los anales del derecho humano, porque ellos han sido los primeros en hacer surgir nuestro moderno concepto de la libertad de las inseguridades del ensayo y de las imaginaciones de la utopía, para convertirla en bronce imperecedero y realidad viviente; porque han demostrado con su ejemplo la posibilidad de extender a un inmenso organismo nacional la inconmovible autoridad de una República; porque, con su organización federativa, han revelado—según la feliz expresión de Tocquevile—la manera como se pueden conciliar con el brillo y el poder de los Estados grandes la felicidad y la paz de los pequeños. Suyos son algunos de los rasgos más audaces con que ha de destacarse en la perspectiva del tiempo la obra de este siglo. Suya es la gloria de haber revela-

do plenamente — acentuando la más firme nota de belleza moral de nuestra civilización—la grandeza y el poder del trabajo, esa fuerza bendita que la antigüedad abandonama a la abyección de la esclavitud y que hoy identificamos con la más alta expresión de la dignidad humana, fundada en la conciencia y la actividad del propio mérito. Fuertes, tenaces, teniendo la inacción por oprobio, ellos han puesto en manos del **mechánic** de sus talleres y el **fármer** de sus campos la clava hercúlea del mito, y han dado al genio humano una nueva e inesperada belleza ciñéndole el mandil de cuero del forjador. Cada uno de ellos avanza a conquistar la vida, como el desierto los primitivos puritanos. Perseverantes devotos de ese culto de la energía individual, que hace de cada hombre el artífice de su destino, ellos han modelado su sociabilidad en un conjunto imaginario de ejemplares de Robinsón, que después de haber fortificado rudamente su personalidad en la práctica de la ayuda propia entraran a componer los filamentos de una urdimbre firmísima. Sin sacricarle esa soberana concepción del individuo han sabido hacer al mismo tiempo del espíritu de asociación el más admirable instrumento de su grandeza de su imperio, y han obtenido de la suma de las fuerzas humanas, subordinadas a los propósitos de la investigación, de la filantropía, de la industria, resultados tanto más maravillosos por lo mismo que se consiguen con la más absoluta integridad de la autonomía personal. Hay en ellos un instinto de curiosidad despierta e insaciable, una impaciente avidez de toda luz, y profesando el amor por la instrucción del pueblo con la obsesión de una monomanía gloriosa y fecunda, han hecho de la escuela el quicio más seguro de su prosperidad, y del alma del niño la más cuidada entre las cosas leves y preciosas. Su cultura, que está lejos de ser refinada ni espiritual, tiene una eficacia admirable siempre que se dirige prácticamente a realizar una finalidad inmediata. No han incorporado a las adquisiciones de la ciencia una sola ley general, un solo principio, pero la han hecho maga por las maravillas de sus aplicaciones, la han agigantado en los dominios de la utilidad, y han dado al mundo, en la caldera de vapor y en el dinamo eléctrico, billones de esclavos invisibles que centuplican, para servir al Aladino humano, el poder de la lámpara maravillosa. El crecimiento de su grandeza y de su fuerza será objeto de perdurables asombros para el porvenir. Han inventado, con su prodigiosa aptitud de improvisación, un acicate para el tiempo, y al conjuro de su voluntad poderosa, surge en un dia, del seno de la absoluta soledad, la suma de cultura acumulable por la obra de los siglos. La libertad puritana, que les envía su luz desde el pasado, unió a esta luz el calor de una piedad que aún dura. Junto a la fábrica y la escuela, sus fuertes manos han alzado también los templos de donde evaporan sus plegarias muchos millones de conciencias libres. Ellos han sabido salvar, en el naufragio de todas las idealidades, la idealidad más alta, guardando viva la tradición de un sentimiento religioso que, si no levanta sus vuelos en alas de un espiritualismo delicado y profundo, sostiene, en parte, entre las asperezas del tumulto utilitario, la rienda firme del sentido moral. Han sabido también guardar, en medio de los refinamientos de la vida civilizada, el sello de cierta primitividad robusta. Tienen el culto pagano de la salud, de la destreza, de la fuerza: templan y afinan en el músculo el instrumento precioso de la voluntad, y obligados por su aspiración insaciable de dominio a cultivar la energía de todas las actividades humanas, modelan el torso del atleta para el corazón del hombre libre. Y del concierto de su civilización, del acordado movimiento de su cultura, surge una dominante nota de optimismo, impulsándolos al porvenir bajo la sugestión de una esperanza terca y arrogante, la nota del **Excelsior** y el **Salmo de la vida** con que sus poetas han señalado el infalible bálsamo contra toda amargura en la filosofía del esfuerzo y de la acción.

Su grandeza titánica se impone así, aun a los más prevenidos por las enormes desproporciones de su carácter o por las violencias recientes de su historia. Y por mi parte, ya veis que, aunque no les amo, les admiro. Les admiro, en primer término, por su formidable capacidad de **querer**, y me inclino ante "la escuela de voluntad y de trabajo" que — como de sus progenitores nacionales dijo Philaréte Chasles — ellos han instituido.

En el principio la acción era. Con estas célebres palabras del **Fausto** podría empezar un futuro historiador de la poderosa República el génesis, aún no concluido, de su existencia nacional. Su genio podría definirse, como el universo de los dinamistas, **la fuerza en movimiento**. Tiene, ante todo y sobre todo, la capacidad, el entusiasmo, la vocación de la acción. La voluntad es el cincel que ha esculpido a ese pueblo en dura piedra. Sus relieves característicos son dos manifestaciones del poder de la voluntad: la originalidad y la audacia. Su historia es, toda ella, el arrebato de una actividad viril. Su personaje representativo se llama **Yo quiero**, como el **superhombre** de Nitzsche. Si algo le salva colectivamente de la vulgaridad, es ese extraordinario alarde de energía que lleva a todas partes y con el que imprime cierto carácter de épica grandeza aun a las luchas de interés y de la vida material. Así, de los especuladores de Chicago y de Mineápolis ha dicho Paúl Bourget que son a la manera de combatientes heroicos en los cuales la aptitud para el ataque y la defensa es comparable a la de un **grognard** del Gran Emperador. Y esta energía suprema con la que el genio norteamericano parece obtener—hipnotizador audaz—el adormecimiento y la sugestión de los hados, suele encontrarse aun en las particularidades que se nos

presentan como excepcionales y divergentes de aquella civilización. Nadie negará que Edgardo Poe es una individualidad anómala y rebelde dentro de su pueblo. Su alma escogida representa una partícula inasimilable del alma nacional, que no en vano se agitó entre las cosas con la sensación de una soledad infinita. Y sin embargo, la nota fundamental—que Baudelaire ha señalado profundamente—en el carácter de los héroes de Poe es todavía el temple sobrehumano, la indómita resistencia de la voluntad. Cuando ideó a Ligeia, la más misteriosa y adorable de sus criaturas, Poe simbolizó en la luz inextinguible de sus ojos el himno de triunfo de la Voluntad sobre la Muerte.

José Enrique RODÓ.

EL MOTOR "HISPANO-SUIZO,

HOY HISPANIA, ESTA A LA VANGUARDIA DE LA AVIACION

La comisión "Aircraft Production Board" que estudia detenidamente el problema de la aviación, reconoce que la experiencia de cuatro años de guerra ha demostrado, la absoluta superioridad del motor **"Hispano-Suiza"** que en los últimos años ha estado unido en las admirables proezas de los aviadores franceses y británicos.

Anteriormente al mes de agosto de 1914, el motor **"Hispano-Suiza"** ya se fabricaba en Barcelona, donde está situada la fábrica principal con sucursal en París. En Francia desde un principio se tuvo la certeza que el motor de la fábrica **"Hispano - Suiza"** podía adaptarse admirablemente a su servicio aéreo, pero existía en aquel país, lo mismo que en los Estados Unidos el propósito firme de no aceptar ninguna innovación que no fuera de origen y construcción francesa.

Durante cuatro meses fue imposible que las autoridades francesas de aviación estudiaran seriamente el motor, más en septiembre de 1915 intervino personalmente el general (ahora mariscal) Joffre y ordenó al alcalde Martinol La Garde que se trasladara a Barcelona para hacer un informe completo del motor y en diciembre de 1916, se pidieron ochocientos motores para el servicio aéreo francés.

En el movimiento de 1915-16 la aviación progresaba rápidamente. La preparación alemana tenía absoluta supremacía en el aire y la situación llegó a un punto tan crítico (que la influencia política e industrial de Francia, dejó a un lado prejuicios y vacilaciones). Inmediatamente las fábricas francesas abandonaron la idea de mejorar sus motores de tipo fijo y gradualmente las fábricas francesas, inglesas y americanas, hicieron contratos para fabricar el motor **"Hispano-Suiza"**.

Es verdaderamente sorprendente el éxito de este motor, ya que el noventa por ciento de los aeroplanos enemigos destruidos corresponde al motor **"Hispano-Suiza"** mientras que el diez por ciento restante se distribuye entre otras marcas en uso. Unicamente el 19 de mayo último, el primer aviador francés, "el As de los aviadores franceses," desde que Guynemer tuvo su fin, derribó seis aeroplanos en un día y tres en el próximo día después, empleando máquina de combate equipada con motor **"Hispano-Suiza"** de 200 caballos.

Un aeroplano Goudon equipado con motor **"Hispano - Suiza"** ha desarrollado velocidades a varias alturas superiores a ningún otro motor hoy en uso en el frente francés. En efecto, es la máquina que mayor velocidad ha desarrollado. Cifras exactas, no pueden darse de momento. En la actualidad ya han recorrido los aires más de cuarenta mil motores de la fábrica **"Hispania"**.

(Tomado de la Revista "Scientific American" del 6 de julio de 1918.—Traducción libre por T. P. Analp.)

El acuerdo sobre avisos de remate.—Con general aplauso por parte de los jurisconsultos y hombres de negocios ha sido recibido el acuerdo dado con fecha 20 de julio en curso ordenando que desde el día primero de agosto todos los avisos de remate de bienes sean por ventas voluntarias o por ejecuciones judiciales deben ser publicados en el Diario Oficial, y que además dichos avisos deben contener la nómina de los acreedores hipotecarios con especificación de sus respectivos créditos garantizados con el inmueble o con el bien que sale a pública subasta. El aviso publicado en el Diario Oficial será la mejor garantía para los acreedores que antes para enterarse de si alguna propiedad iba a ser rematada tenían que repasarse todos los periódicos que se publicaran en la República, pues en cualquiera de ellos podía ser publicado el aviso de remate. Además así se evitan posibles abusos como el que según se cuenta en corrillos abogadiles una vez cometió cierto diario haciendo en un día dos ediciones diversas, en una de las cuales aparecía el aviso del remate y estaba destinada a servir de prueba en el juicio ejecutivo, y en la otra destinada al público no aparecía tal aviso. La especificación de los acreedores en el aviso también contribuirá de manera notable a evitar tinterilladas y golpes de mano, de los que por desgracia ha habido antes ejemplos viéndose a acreedores con derechos preferentes postergados en ejecuciones por la habilidad y sigilo con que han obrado para el remate otros acreedores. He aquí el acuerdo de 20 de julio sobre avisos de remate.

Palacio del Poder Ejecutivo: Guatemala, 20 de julio de 1918.

El Presidente Constitucional de la República,

Acuerda:

que desde el primero de agosto próximo se publiquen en el Diario Oficial todos los avisos de remate de bienes ya sean en venta voluntaria o por ejecuciones judiciales, sin perjuicio de anunciarse también en uno de los de la localidad, si lo hubiere.

Los avisos, además del número, folio y libro del Registro de la Propiedad Inmueble, correspondiente al bien que sale a remate, el cual se determinará claramente, y de los otros datos que la ley manda, deben contener la nómina de los acreedores hipotecarios con especificación de sus créditos, a fin de que con esta notificación puedan hacer valer sus derechos ante los Tribunales de Justicia.

Sin los requisitos apuntados anteriormente no podrán los Jueces de 1ª Instancia verificar ni aprobar los remates.

Comuníquese.

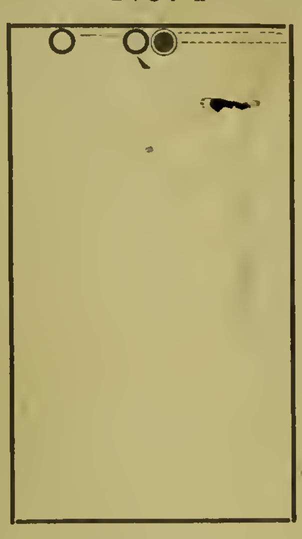
Estrada C.

El Secretario de Estado en el Despacho de Gobernación y Justicia,

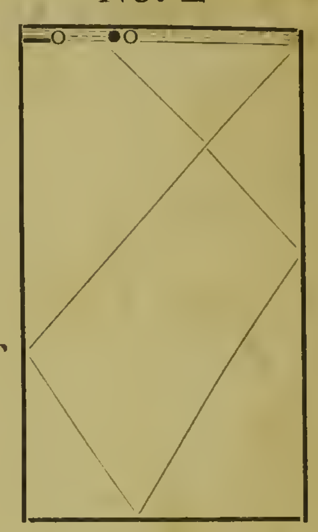
J. M. Reina Andrade.

Carambolas de mucha vista

No. 1



No. 2



SOLUCION AL No. 1.—Ejecútese el golpe de ataque con suavidad, calculando que la bola roja camine lo suficiente para regresar al punto de partida. A la bola jugadora se le dará efecto alto, contrario; debido a ese efecto, la bola jugadora irá quitando poco a poco la bola de en medio para lograr la carambola. Quedarán en posición magnífica para seguir ejecutando.

SOLUCION AL No. 2.—El golpe de ataque deberá ser más que medio fuerte, tomando media bola y algo de efecto; debe calcularse la trayectoria de la bola roja, ésta debe tocar dos bandas y al regresar a la primera que tocó, se efectúa la carambola. Es de bonita vista y muy fácil. NO HAY retruque.

F. LÓPEZ F.